

Jorge Pinto Rodríguez y Rodrigo Iribarren Avilés

RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD

Pueblo Viejo de Punitaqui y Valle de Elqui (1947-1970)



RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD

**Pueblo Viejo de Punitaqui
y Valle de Elqui (1947-1970)**

PUEBLO VIEJO DE PUNITAQUI Y VALLE DE ELQUI (1947-1970).

RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD

Jorge Pinto Rodríguez y Rodrigo Iribarren Avilés

EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

Colección Historia y Ciencias Sociales

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-956-236-403-4

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

Av. Francisco Salazar 01145, casilla 54-D, Temuco

Rector: Eduardo Hebel Weiss

Vicerrector académico: Renato Hunter Alarcón

Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Carlos del Valle Rojas

Coordinador de Ediciones Universidad de La Frontera: José Manuel Rodríguez

COMITÉ CIENTÍFICO ACADÉMICO ED. UFRO

Mg. Leonardo Castillo Cárdenas

Dr. Mauricio Godoy Molina

Dra. Yéssica González Gómez

Dr. Pablo Navarro Cáceres

Dr. Nicolás Saavedra Cuevas

Dra. Berta Schnettler Morales

Ilustraciones: Consuelo Aguirre M.

Imagen de portada: foto de la iglesia de Pueblo Viejo e ilustración de Consuelo Aguirre M.

Diseño de portada: Ediciones UFRO

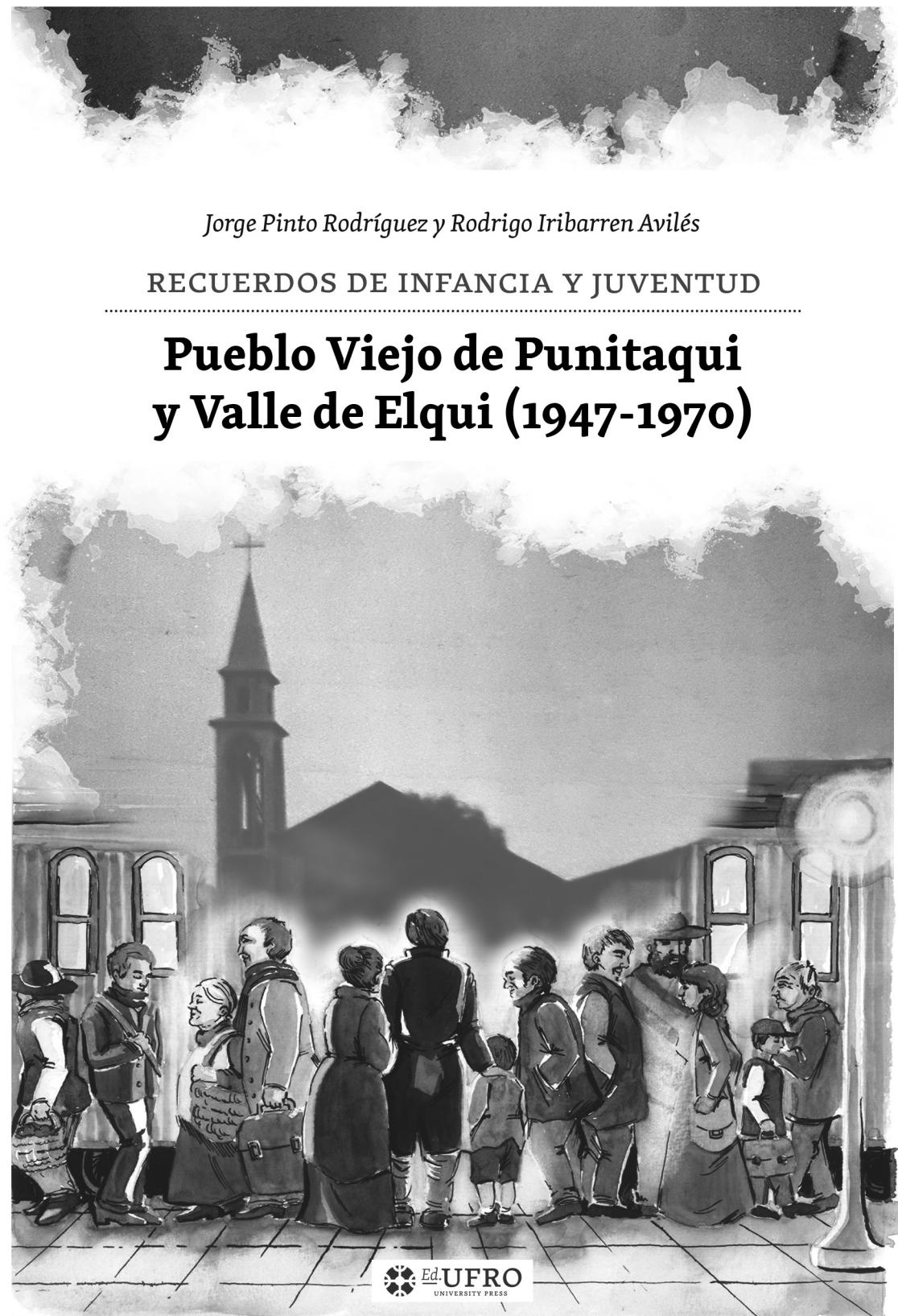
Este libro fue preparado en el marco del proyecto Fondecyt n.º 1161253, *La construcción socioimaginaria del Estado y de la democracia en el discurso de las memorias personales de actores políticos, militares y religiosos en Chile*, dirigido por el Dr. Juan Manuel Fierro.



Jorge Pinto Rodríguez y Rodrigo Iribarren Avilés

RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD

Pueblo Viejo de Punitaqui y Valle de Elqui (1947-1970)



Dedico este libro a mi familia, a los amigos y amigas, y a los alumnos y alumnas, que me ayudaron a mejorar muchas de mis debilidades; a los vecinos de Pueblo Viejo y Pisco Elqui; a quienes me formaron en la educación básica y media, profesores inolvidables: Alfonso Gómez, en el Colegio San Luis de Antofagasta; Hernán Moreno, en la Escuela Pública n.º 1 de Tocopilla, y Floreal Recabarren y Miguel Núñez, en el Liceo de Hombres de Antofagasta; a mis grandes maestros en la Universidad de Chile de Valparaíso: Sergio Villalobos y Mario Góngora; a los profesores que me apoyaron en Inglaterra: Frank Colson, David Brading y John Lynch; a los médicos Rolando Sepúlveda, Rodrigo Wolf, Martín Dib, Eduardo Briceño y Paulina Jofré; a las enfermeras Elizabeth Galdámez y Alejandra Cancino, y a todo el equipo que me prolongó la vida en el Hospital Clínico de la Universidad Católica, en Santiago. A todos, muchas gracias.

Jorge Pinto Rodríguez

Dedico este libro a la memoria de mis padres; al tío Antonio, que me acogió en Punitaqui; a la tía Jovita, por el cariño maternal que me transmitió; a mi esposa, hijos, nietos, y a todos quienes me han ayudado a crecer personal y profesionalmente durante mi vida. De un modo particular quisiera dedicarlo también a la Junta de Vecinos de Pueblo Viejo y a los amigos que conocí en Punitaqui, Ovalle, Vicuña y La Serena. Sus recuerdos inspiraron el libro publicado en 2018 y el que ahora ve la luz.

Rodrigo Iribarren Avilés

ÍNDICE

PREFACIO

Jorge Pinto Rodríguez..... 13

PRÓLOGO. MEMORIA, HISTORIA E IDENTIDAD

Alonso Azócar Avendaño 19

PRIMERA PARTE

AUTORRETRATO TESTIMONIAL Y RECUERDOS DE

JORGE PINTO RODRÍGUEZ 27

AUTORRETRATO TESTIMONIAL..... 29

RECUERDOS DE JORGE PINTO RODRÍGUEZ..... 33

 Algunas noticias históricas 33

 Las minas de azogue de Punitaqui 37

 Las rutas y senderos de Punitaqui 38

 El Cerro Grande 40

 Los «luchos» de la región y los posibles orígenes de Pueblo Viejo 42

 La Escuela Parroquial de Pueblo Viejo y mi primera «fuga» del
sistema educacional..... 43

 Mi primer y último rodeo 45

 La Llorona y otras historias de penaduras 48

 «Las flores de Punitaqui» y la leyenda de Añañuca 49

 El Fisco 50

 La bajada del estero..... 51

 Punitaqui, tierra de terremotos 52

 El Viejo Pío, los Tanos y doña Hilaria 53

 Ovalle y La Serena..... 56

 La estación de Las Cardas..... 57

 Jorgito 58

 Mi primer viaje a Antofagasta 58

 «Adiós, pampa mía» 59

 Tren al sur..... 63

 El «atajo» de doña Lastenia 64

A La Habana me voy..... 65

 Pintos y pintillos 66

 Mis tías Pabla y María..... 68

PREFACIO

Jorge Pinto Rodríguez

Varios de los relatos que aparecen en este libro fueron publicados en un texto titulado *Pueblo Viejo de Punitaqui. Relatos en blanco y negro*, auspiciado por la Junta de Vecinos de Pueblo Viejo, gracias al apoyo de su presidenta, Ana Honores, y financiado por el Fondo de Cultura Tradicional del Gobierno Regional de Coquimbo. Esa publicación tuvo que ajustarse a las normas establecidas en las bases del concurso que permitió adjudicarla, y la mayor parte de los ejemplares se distribuyeron entre las autoridades comunales, los vecinos de la localidad, y los amigos y parientes a quienes hicimos llegar algunos de los libros que nos tocaron a nosotros, de modo que su circulación fue muy acotada.

Esta segunda entrega contiene tres cambios. En primer lugar, incorpora un prólogo del profesor Alonso Azócar Avendaño, a quien agradezco su desinteresada colaboración. En segundo lugar, incluye al Valle de Elqui en el título, donde ambos autores vivimos también parte de nuestra infancia y juventud. Por último, se agregaron varios relatos y se corrigieron algunos errores de la edición anterior, además de estructurarla de manera diferente.

La iniciativa del primer libro fue de Rodrigo Iribarren, director del Museo Gabriel González Videla, luego de descubrir que ambos habíamos pasado parte de nuestra infancia, adolescencia y juventud en Pueblo Viejo, con una

diferencia de unos siete años. Los dos también habíamos nacido en la región y vivido en el Valle de Elqui, lugares con los que mantenemos vínculos muy estrechos.

En lo que a mí respecta, el interés en insistir en una reedición, ampliada y corregida, se basa en varias razones. Primero, reiterar el afecto que siento por la tierra que forjó mi identidad, admirable y de una belleza que no encuentro en otros lugares. Segundo, profundizar los estudios sobre la memoria como fuente de primer orden para lo que los historiadores llamamos «historia del tiempo presente». Hasta hace algunos años, su utilidad todavía era negada por considerarse subjetiva, lo que la mantenía excluida de nuestra disciplina. Al respecto, un libro muy iluminador es *La última catástrofe*, de Henry Rousso, recientemente traducido al español, no solo por las referencias que hace al debate que se ha producido en torno a la memoria, sino por la convicción que tiene de su importancia, y por la amplia bibliografía que aporta a un tema que empezó a plantearse en la década de 1950 y que derivó en Francia en la creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente, en 1978. Es, por lo demás, un asunto que desde hace algunos años venimos estudiando en la Universidad de La Frontera de Temuco, en un Proyecto de Investigación financiado por el Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile (Fondecyt), bajo la dirección del Dr. Juan Manuel Fierro y la colaboración, en calidad de coinvestigadores, del Dr. Luis Nitrihual, la Dra. Orietta Geeregart, y el suscrito.¹

Al comienzo, el proyecto se propuso estudiar las memorias de personajes que alcanzaron notoriedad pública e intervinieron directamente en la conducción política del país. Sin embargo, como en todo proyecto, a medida que avanzaba, se fue ampliando hacia otros grupos. Orietta Geeregart incluyó a dirigentes y loncos mapuches, hombres y mujeres, en una región en la cual su presencia es muy significativa. En la misma línea, quien escribe centró su atención en los estudios sobre las emociones y los sentimientos instalados en la memoria, que inciden en los comportamientos sociales. De este modo, el recuerdo de hechos infaustos ocurridos durante la ocupación de sus tierras en la segunda mitad del siglo XIX tendría una fuerte gravitación en las acciones de algunas comunidades mapuches que expresan su ira por los abusos cometidos por el Estado y algunos particulares.

¹ Proyecto Fondecyt n.º 1161253, *La construcción socioimaginaria del Estado y de la democracia en el discurso de las memorias personales de actores políticos, militares y religiosos en Chile*.

No sin razón, Baldemar Carrasco recordó una frase que reconoce la importancia de la memoria en nuestras tomas de decisiones y en la identidad o sentido de pertenencia, tan fundamental en nuestras vidas. Este interés por la memoria hizo posible la creación de lo que Luciana Hedrera y Catalina Álvarez denominan «cultura de la memoria»,² una vez recuperada la democracia en varios de nuestros países.

Los pueblos que no conocen su historia, no solamente carecen de ella, sino que vagan irresolutos en el tiempo, sin saber qué hacer, ni cómo actuar frente a determinados hechos, que, muchas veces, son la copia fiel de otros ya ocurridos en el tiempo y que antepasados nuestros resolvieron con lucidez, constancia e inteligencia, considerando, a la vez, principios fundamentales de nuestra humana existencia: justicia, igualdad, respeto, constancia, sentido de pertenencia.³

Más tarde, al compromiso derivado del proyecto Fondecyt, se agregaron las memorias de niñas y niños, que actualmente concitan gran interés en Chile. En estricto rigor, la infancia ha sido un tema de preocupación desde comienzos del siglo XX, sobre todo en materias laborales, de salubridad y educación. La producción en este campo es frondosa. En 1972 Cecilia Urrutia publicó en Quimantú un trabajo titulado *Historia de niños*, que recoge las experiencias de niños de escasos recursos, y más recientemente la Biblioteca Nacional distribuyó una breve actividad titulada *El cuaderno de la memoria*, destinada a estimular a los niños a que plasmen sus recuerdos y los de sus familias. De este modo, se amplía un campo muy interesante en nuestras disciplinas, más aún si incluimos novelas como *Cuando era muchacho*, de José Santos González Vera; *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán, y *El niño que enloqueció de amor*, de Eduardo Barrios, para citar solo algunos ejemplos.

Sin embargo, lo decisivo para mí fue la lectura de una tesis de maestría en Historia presentada en la Pontificia Universidad Católica de Chile en 2017 y titulada *La voz de los tuberculosos: una historia desde abajo sobre la experiencia*

² Luciana Hedrera y Catalina Álvarez, «Los niños y las niñas recuerdan: memoria colectiva y participación en Memorial Paine, Chile», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 16, n.º 2, 2018, pp. 961-977.

³ Baldemar Carrasco, José Antolín Silva Ormeño: *La imagen de un visionario*, Aysén, Corporación de Desarrollo Regional Aysén por Aysén, 2013, p. 15.

de enfermar en Chile (1896-1943), dirigida por la profesora Ximena Illanes. Su autora, María Jesús Martínez, comenta el caso de tres niñas (Lucía Mantecola, Lily Iñiguez y Laura Bustos) provenientes de familias con suficientes recursos para atender sus necesidades de salud, que escribieron diarios y poesías cuando ya estaban condenadas a morir. Son historias conmovedoras y desgarradoras que aumentaron mi interés por la memoria de los niños.

En un ámbito muy distinto, también influyó el propósito de valorar la historia local cuando las visiones estructuralistas empiezan a ceder terreno. Es lo que algunos llaman «historia del campanario», la historia de comunidades pequeñas, situadas en torno a parroquias, que establecen relaciones sociales, de poder y económicas con su propio ritmo, siguiendo el ejemplo de *Pueblo en vilo* (1968), del historiador mexicano Luis González.

Por último, aunque en varios de los recuerdos emerge mi condición de historiador, al iniciar este proceso me encontraba en un estado de salud muy precario, con escasas expectativas de vida si no me sometía a un trasplante de hígado. Cuando el doctor Rolando Sepúlveda, de la Clínica Alemana de Temuco —y también profesor de la Universidad de La Frontera—, me comunicó que el diagnóstico era una cirrosis irreversible, estaban conmigo mis dos hijos, Claudio y Pablo, que habían llegado a la ciudad el mismo día en que me hospitalizaron, uno desde Ovalle y el otro desde La Serena. Aunque ambos se ofrecieron para ser donantes sin vacilar, Claudio resultó ser el más compatible. Finalmente, terminé estos relatos en mi proceso de recuperación, que hasta ahora ha ido bien, lo que me dio tiempo para pensar, reflexionar y recordar. Y eso tuvo sus efectos: incluí varios recuerdos que no aparecieron en la primera edición y los estructuré tratando de seguir un orden cronológico. Sé que están marcados por la experiencia que viví estos últimos meses, particularmente, la gratitud.

Cuando desperté en la UCI, después de cuatro días que tengo perdidos en la conciencia, me encontré con Claudio y le di las gracias por haberme salvado la vida. «Papá —me dijo—, tú me la diste primero». Esto explica que algunos de mis relatos se alarguen e incluyan aspectos que no forman parte de mis recuerdos propiamente tales. Es una manera de saldar deudas con tanta gente que me ayudó desde que partí en Punitaqui hasta que estuve en Villa Alemana, Temuco y, finalmente, Algarrobito, en el Valle de Elqui.

En el caso de Rodrigo Iribarren, las motivaciones son muy parecidas, salvo por las que expliqué en el párrafo anterior. En primer lugar, expresa su afecto por la tierra en la que nació y vivió durante parte de su infancia y

juventud. Fueron años felices junto a un sacerdote, el tío Antonio, amigo de su padre, y la tía Jovita, que le brindó el cariño de una madre. Disfrutó de la libertad que requiere todo niño que está forjando su personalidad y adquiriendo una identidad, que en su caso se cimentó en el cariño que encontró en Pueblo Viejo y en sus amigos, a quienes siempre recuerda.

Al igual que yo, deambuló por varios lugares de la zona y el país. Río Hurtado, su lugar de nacimiento; Pueblo Viejo; Vicuña; La Serena, y Ovalle le permitieron seguir sus estudios básicos y concluir su enseñanza media en el Seminario Conciliar de La Serena, ya al alero de su padre, Jorge Iribarren, un destacado arqueólogo que tuve la oportunidad de conocer personalmente en un inolvidable viaje por Arica, Iquique y Antofagasta, cuando asistí al Primer Congreso del Hombre Andino, en 1973.

Rodrigo tuvo la oportunidad de continuar sus estudios superiores en México, pero no resistió la idea de tener que viajar a un lugar tan lejano y se convirtió en profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica titulado en la sede de La Serena de la Universidad de Chile. Era la carrera que más lo acercaba a la arqueología y la antropología, disciplinas por las que mostraba el mayor interés.

Errante como buena parte de la gente del Norte Chico, Rodrigo nunca olvidó Pueblo Viejo, el Valle de Elqui y los años felices que vivió ahí.

En síntesis, los recuerdos que se incorporan en este libro provienen de dos niños que vivieron sin grandes recursos, pero también sin estrecheces. De su infancia y juventud conservan una buena imagen, y saben que fue entonces cuando fraguaron sus identidades, fuertemente asociadas al terruño. El cariño por Pueblo Viejo de Punitaqui se acrecentó durante la presentación del primer libro, tanto en la Municipalidad de Punitaqui como en la Junta de Vecinos de Pueblo Viejo. Reencontrarnos con personas que conocían a nuestras familias, los apodos que reemplazaban nuestros nombres y tantos otros detalles nos demostraron que la historia no se olvida.

Solo resta agradecer a quienes hicieron posible tanto la primera como esta segunda publicación. A Fondecyt por el apoyo financiero al proyecto de investigación que permitió preparar este libro; al Museo Gabriel González Videla por acogernos para desarrollarlo; a Rodrigo Iribarren, su director, por compartir su iniciativa; al Dr. Juan Manuel Fierro, decano de la Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de La Frontera, por su permanente apoyo y libertad para orientar nuestras preocupaciones en el marco del proyecto que dirige; al Dr. Eduardo Hebel, rector,

por los recursos que aportó para concretar esta edición; al Dr. Rubén Leal, exvicerrector académico, por sus palabras de aliento y aportes económicos; al Dr. Carlos del Valle, director de Bibliotecas y Recursos de Información, y a Ediciones Universidad de La Frontera. Por último, quisiera agradecer de forma particular a la presidenta de la Junta de Vecinos de Punitaqui, Ana Honores, y a Fernando Ortiz, que presentó el libro en noviembre de 2019, así como a los vecinos de Punitaqui y Pueblo Viejo por los momentos tan gratos que vivimos durante esa oportunidad.

Algarrobito, Valle de Elqui, septiembre de 2019

PRÓLOGO

MEMORIA, HISTORIA E IDENTIDAD

Alonso Azócar Avendaño

Cuando este libro sea leído por alguno de los pocos historiadores que aún cuestionan los aportes de los estudios de la memoria para construir conocimiento científico, aduciendo que están escritos desde la subjetividad, seguramente se extrañará de que los autores de *Pueblo Viejo de Punitaqui y Valle de Elqui (1947-1970)*. *Recuerdos de infancia y juventud* sean dos destacados historiadores, uno de los cuales recibió el Premio Nacional de Historia en 2012.

Trabajos como el que Jorge Pinto Rodríguez y Rodrigo Iribarren Avilés nos presentan en esta oportunidad están concebidos desde una nueva perspectiva en la forma de hacer historia. Esta perspectiva considera ilusoria la postura tradicional acerca de que el historiador puede escribir una historia no sesgada y realizar un trabajo objetivo, dado que no podemos evitar mirar al pasado desde una perspectiva personal.¹

Es interesante destacar que el enfoque con que los autores asumen su papel les permite trabajar temas considerados de poca importancia por los historiadores tradicionales, más preocupados por los grandes acontecimientos y

¹ Al respecto, Carlos Bascuñán señala que «desde el momento en que el historiador aborda un objeto de estudio, pone en él toda su formación, su ideología, sus valores y, en definitiva, su propio tiempo». Y, más adelante, agrega que el trabajo del historiador del presente debe desarrollarse «con pasión, comprometidamente, pero también con honestidad». Carlos Bascuñán, «El historiador y su tiempo», *Mapocho*, n.º 32, 1992, p. 164.

personajes. Otra de las características de este trabajo es que sus autores no consideran las fuentes escritas,² salvo para la crónica introductoria «Algunas noticias históricas», sino que buscan en su propia memoria los recuerdos que les son significativos para construir la historia del pueblo en el que sufrieron y gozaron durante la niñez.

Como consecuencia del interés por una mayor diversidad de temas, esta perspectiva historiográfica considera una variedad mayor de fuentes. Es aquí donde encuentran acogida los estudios de la memoria. Al respecto, Peter Burke sostiene que los historiadores que han desarrollado problemas o ámbitos «nuevos» o, si se quiere, más recientes, «no habrían podido llevar a cabo sus investigaciones [...] si se hubieran limitado a las fuentes tradicionales».³

En este sentido, los estudios de la memoria han ganado un espacio importante en la construcción de conocimiento historiográfico significativo. Se hace necesario, entonces, conocer cómo operan los procesos de memoria, tanto individual como colectiva, para poder darles un uso adecuado en la creación de este conocimiento.

En lo que sigue, intentaremos reflexionar modestamente sobre la relación entre historia, memoria e identidad, en el marco de la propuesta teórica de autores como Bartlett, Halbwachs, Vázquez y Jelin. Ellos sostienen que la memoria no funciona de manera automática, sino que «hacemos memoria» en contextos específicos que nos exigen determinadas formas de recordar, ya que quienes recuerdan son personas concretas en situaciones concretas. Es decir, «hacer memoria» es una práctica social relacionada con el presente, y el acto de recordar tiene que ver con inferir un pasado a partir de referentes probables que pudieron haber influido en la construcción de ese presente. Esto no quiere decir que los recuerdos individuales o de los distintos grupos que conforman la comunidad, en relación con los hechos recordados, y las causas y consecuencias atribuidas, sean iguales. Pensar así implicaría considerar que existe una sola representación de lo acontecido, la que puede ser conservada sin sufrir modificaciones o pérdidas en el transcurso del tiempo.

Al contrario, como sostiene Vázquez: «Cuando las personas recordamos confrontamos versiones de los acontecimientos, disputamos sobre qué es recordar bien o mal, dilucidamos qué es lo importante de un recuerdo,

tratamos de recordar lo mejor posible una versión sobre el pasado, intentamos no olvidar para qué y para quién estamos recordando».⁴

En el caso de las crónicas sobre Pueblo Viejo, escritas por Jorge Pinto y Rodrigo Iribarren, el contexto es importante. No se trata de entrevistas para construir historias de vida. Los autores no están frente a un entrevistador, sino ante el computador, confrontándose con ellos mismos y, seguramente, pensando en los lectores a quienes quieren llegar. Este es un ejercicio que les permite activar mecanismos poderosos de recuerdos y asociaciones que producen narrativas nuevas y frescas de los acontecimientos, e incorporan elementos tanto intelectuales como emocionales.

Esto es importante puesto que las personas no solo recordamos el pasado de manera diferente, sino que, incluso, no recordamos lo mismo (del mismo hecho) en todas las circunstancias. Lo recordado depende también de otros aspectos del contexto, como el lugar, la situación particular, la persona a quien le estamos narrando nuestros recuerdos, etc.⁵

La memoria como construcción social

¿Por qué no coinciden los recuerdos que las personas tienen sobre un mismo hecho? ¿Cuál es la versión correcta de lo ocurrido? ¿Qué pasa dentro de la cabeza de cada uno de los «recordantes»? ¿Recuerdan de forma diferente debido a que sus procesamiento cognitivos son distintos? ¿Quizá una tercera persona podría aclarar quién recuerda correctamente? ¿O más bien este tercer testigo aportará una tercera versión de los hechos?

Para encontrar respuesta a estas y otras preguntas, debemos entender que lo que recordamos son interpretaciones de lo que ocurrió en el pasado. Cuando recordamos, partimos del presente, del sistema de ideas generales que está siempre a nuestro alcance, del lenguaje y de los puntos de referencia adoptados por la sociedad, es decir, de todos los medios de expresión que están a nuestra disposición, y los combinamos de manera que podamos re-encontrar tal o cual detalle o matiz de las figuras o de los acontecimientos pasados y, en general, de nuestros estados de conciencia de antaño.⁶

² La historia tradicional consideraba que debía basar su trabajo, casi exclusivamente, en documentos (escritos).

³ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 11.

⁴ Félix Vázquez, «Ensayo sobre sabios y necios, espejo y dunas. La memoria como construcción social», en I. Piper (ed.), *Memoria y derechos humanos, ¿prácticas de dominación o resistencia?*, Santiago, Ediciones Clacso-Arcis, 2005, p. 216.

⁵ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 16.

⁶ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Antrophos, 2004, pp. 40-41.

El recuerdo es una reconstrucción del pasado hecha en el presente, que incluye datos tomados del ahora y también representaciones hechas en épocas anteriores, por lo que la imagen sobre lo ocurrido en el pasado llega ya bien alterada.⁷ Para Bartlett, «la memoria es una práctica social que produce aquello que recuerda [...]. Memorizar no es un acto mecánico, es un proceso de reconstrucción, y lo hacemos de múltiples maneras». De acuerdo con el autor, recordar es

una reconstrucción o construcción de imágenes formada a partir de la relación entre la actitud que mantenemos ante todo un conjunto activo de reacciones o experiencias pasadas, y ante un detalle sobresaliente que suele aparecer en forma de imagen o de lenguaje. Por ello, el recuerdo casi nunca es realmente exacto, ni siquiera en los casos más rudimentarios de recapitulación repetitiva.⁸

En este sentido, coincide con Halbwachs, para quien la memoria individual es

un punto de vista sobre la memoria colectiva, que este punto de vista cambia según el lugar que ocupa en ella, y que este mismo punto de vista cambia según el lugar que ocupó en ella y que este mismo lugar cambia según las relaciones que mantengo con otros entornos. Por lo tanto, no resulta sorprendente que no todos saquen el mismo partido del instrumento común. Sin embargo, cuando tratamos de explicar esta diversidad volvemos siempre a una combinación de influencias que son todas de tipo social.⁹

Para Vázquez, el pasado emerge de una acción comunicativa en que participa la persona (o las personas) que «hacen memoria» con otra u otras. Es por eso que resulta muy difícil sostener que la memoria es un fenómeno intra-individual: «La memoria se construye en y para cada relación. Sin embargo, cada relación es deudora de otras simultáneas y precedentes, así como de la historia y cultura de una sociedad». Hacer memoria, más que tratar de recuperar literalmente lo que queremos recordar, más que intentar ser exacto y

preciso, «supone un esfuerzo en la producción de una exposición adecuada, una explicación comprensiva, una descripción satisfactoria de aquello de lo que queremos dejar constancia o de aquello a lo que queremos darle una explicación».¹⁰

En el intento de ofrecer una narración coherente, creamos un pasado original, distinto al que otros recuerdan. Además, el lenguaje también cambia el pasado, ya que manifestamos los recuerdos mediante expresiones específicas. Nuestro discurso sobre un determinado hecho no es el frío reflejo de datos exactos sobre el mismo, sino que construimos narraciones complejas que pueden ir variando en el tiempo, «donde interviene el presente, el pasado y el futuro, donde nosotros/as somos o podemos ser protagonistas, donde se incluyen informaciones actuales, donde se incorporan conocimientos aprendidos, donde se confrontan versiones sobre un mismo fenómeno». Las versiones construidas al «hacer memoria» deben ser entendidas en el contexto social y conversacional específico en el que se producen «y no han de ser tomadas como el reflejo de una representación mental de las personas que recuerdan».¹¹

Las interpretaciones del pasado elaboradas por los grupos de la sociedad que controlan el poder son consideradas por sus autores como saber histórico, es decir, se convierten en «la versión oficial sobre el pasado, en historia».¹² En este sentido, la existencia de una «historia oficial» (de la legitimación del discurso de los grupos dominantes) tiene como contrapartida su intento por silenciar otras memorias sobre los hechos. Es lo que Ricoeur llama usos y abusos de la memoria.

Esta situación de manipulación de la memoria se da especialmente en contextos de lucha política, en los cuales los detentadores del poder legitiman su discurso sobre los hechos bajo la lógica de la conservación de lo propio y la negación o anulación de las interpretaciones que pongan en duda o dificulten la puesta en práctica del proyecto de consolidación ideológica. Entonces, nos encontramos con lo que Ricoeur denomina «memoria manipulada».¹³ La ideología es un elemento central para entender los

7 Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 119.

8 Frederic Bartlett, «Los factores sociales en el recuerdo», en H. Proshansky y B. Seidenber (eds.), *Estudios básicos de psicología social*, Madrid, Tecnos, 1973, p. 283.

9 Halbwachs, *La memoria colectiva*, p. 50.

10 Vázquez, *op. cit.*, pp. 223-224.

11 Vázquez, *op. cit.*, p. 224.

12 Isabel Piper, *Obstinaciones de la memoria: la dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo* (tesis de doctorado), Departamento de Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona, 2005, p. 49.

13 Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 96.

finés que persigue la autoridad al manipular la memoria y desvirtuar los discursos y las identidades que plantean interpretaciones alternativas a las que defienden los dispositivos ideológicos hegemónicos.

Lo anterior permite la existencia de aprendizajes normativos de la historia, contruidos en el marco de la ideología que instrumentaliza la memoria en beneficio de la clase dominante y que, al lograr la hegemonía discursiva, silencia a las otras memorias, las que son condenadas a guardarse en el olvido. Sin embargo, el silenciamiento de las otras memorias debe entenderse en términos relativos, ya que, «si la memoria es una práctica discursiva que construye su objeto por medio del recuerdo, entonces no existen los hechos olvidables». ¹⁴ Esto coincide con el planteamiento de Vázquez, quien señala que al hablar de la memoria debemos asumir que nos referimos, simultáneamente, al olvido: «Olvido y memoria son inseparables en el sentido de que la identificación de un olvido se infiere a través del reconocimiento de una pérdida y en la medida en que es necesario haber olvidado, ya que hacer memoria no es copiar un acontecimiento, sino que regenerarlo, revivirlo, engendrarlo». ¹⁵

La construcción de la memoria está fuertemente influenciada por la manera en que cada sociedad institucionaliza las formas de significar los hechos considerados relevantes, «ya que es en cada sociedad en donde se decide lo que es importante recordar y lo que no lo es, qué es pertinente decir y lo que es pertinente hacer». ¹⁶

Aun así, los intentos de producir un orden social que considere versiones congruentes con la ideología de quienes organizan dicho orden no logran efectos totales y, por lo tanto, los grupos que no se sienten representados por el discurso hegemónico elaboran versiones distintas y memorias alternativas sobre los hechos pasados.

Semiótica de la cultura, memoria colectiva e identidad

Nos parece importante relacionar el proceso de hacer memoria con lo que Humberto Eco denomina «función semiótica», entendida como el despliegue de construcciones de sentido posibilitadas por sistemas de

significación. ¹⁷ La asignación de sentido o significación de la realidad está determinada por —o se produce en— contextos socioculturales específicos, un «espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis». ¹⁸

Son las relaciones sociales concretas el espacio donde se estructuran modelos de significación simbólica de la realidad. Es decir, la realidad social, entendida como un conjunto complejo de significados, solo puede ser comprendida en el marco de una estructura social determinada.

Para Halbwachs, «nuestros recuerdos se apoyan en aquellos de todos los otros, y en los grandes marcos de la memoria de la sociedad», ¹⁹ marcos asociados a tiempos y espacios, cuya expresión se concreta en hitos históricos ocurridos en fechas determinadas, en lugares específicos, en objetos concretos. Vázquez coincide con él cuando nos dice que «construimos el pasado cada vez que hacemos memoria y la memoria la construimos en el tiempo, en la superficie en la que articulamos y organizamos la vida». ²⁰

Para Lotman, es posible hablar de «memoria colectiva» cuando su reconocimiento está dado por «semánticas locales» ²¹ que dependen de los mecanismos de decodificación del pasado, en un proceso que se articula por códigos identitarios que los individuos comparten, los cuales son resultado de sus asentamientos en espacios, acontecimientos, tiempos, mediaciones y relaciones comunicacionales que los configuran como pertenecientes a redes de acción y reflexión donde producen significaciones que los agrupan como colectividad. Estas memorias se nutren del medio social, se configuran y proyectan, atribuyendo sentidos ideológicos al ejercicio mnémico y contribuyendo al sistema de ideas que moviliza el presente del sistema social, pues «no existe idea social que no sea, al mismo tiempo, un recuerdo de la sociedad». ²²

Para autores como Julio de Zan, la memoria es un elemento constitutivo de la identidad tan importante que una persona que viviera solamente el presente «sin detenerse a rememorar su pasado, no sabría quién es». ²³ Otros

¹⁴ Isabel Piper, conferencia dictada en el seminario realizado en Temuco el 11 de agosto de 2007.

¹⁵ Vázquez, *op. cit.*, p. 227.

¹⁶ Vázquez, *op. cit.*, p. 226.

¹⁷ Umberto Eco, *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen, 1995.

¹⁸ Iuri Lotman, *La semiósfera. Semiótica de la cultura y el texto*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 24.

¹⁹ Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, p. 56.

²⁰ Vázquez, *op. cit.*, p. 220.

²¹ Lotman, *op. cit.*, p. 158.

²² Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, p. 343.

²³ Julio de Zan, «Memoria e identidad», *Tópicos*, n.º 16, 2008. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28815531003>

van aún más allá y consideran la memoria «un componente indispensable de la identidad, un recurso del que puede llegar a depender su permanencia en el tiempo»,²⁴ dado que una de sus funciones más importantes es crearle anclajes temporales y espaciales a la identidad, permitiéndole controlar el pasado y legitimar su existencia.

Estamos de acuerdo con Mansilla cuando plantea que la noción de identidad, en tanto autoimagen singularizadora, se materializa, en la práctica de la vida social, a través del hecho de que una comunidad de individuos comparte un determinado conjunto de condiciones de vida que posibilitan una constelación común de significados asumidos como patrimonio digno de defenderse y preservarse y que, en todo caso, proveen patrones de funcionamiento y de comprensión intersubjetiva de la realidad sustentables en el tiempo.²⁵

Serían entonces las experiencias vividas, a partir de prácticas sociales, por los profesores Pinto e Iribarren, en el tiempo de su niñez en Pueblo Viejo de Punitaqui, las que conforman la base de su identidad, tan fuerte que, hoy, setenta años después, podemos leer en la introducción al libro frases como «la tierra que forjó mi identidad, admirable y de una belleza que no encuentro en otros lugares».

Crónicas como estas, que nos traen recuerdos frescos y emocionados sobre lugares, personas, hechos y procesos vividos por sus autores en espacios determinados, son un aporte significativo para la creación de la memoria histórica y el fortalecimiento de las identidades de comunidades locales.

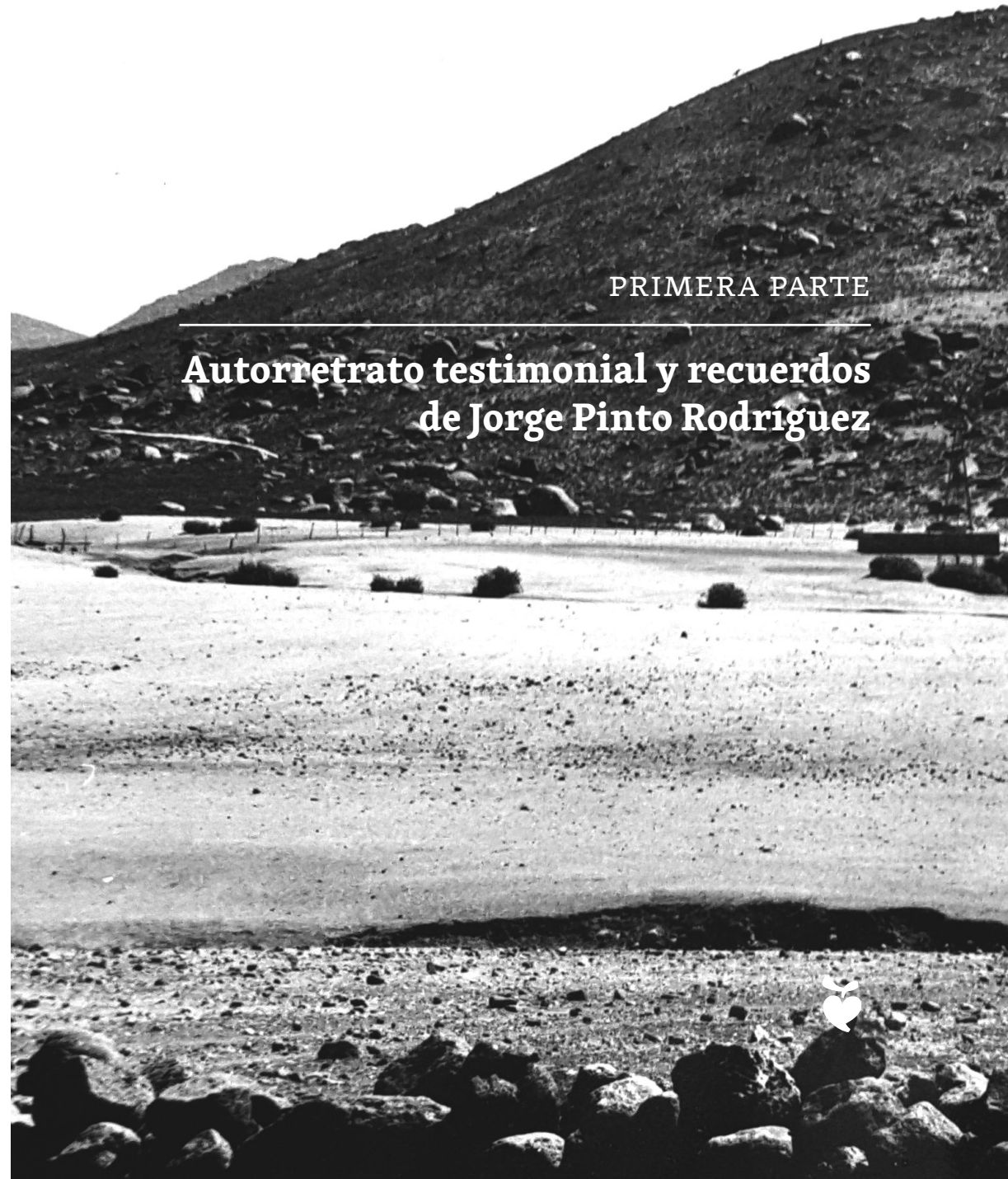
Temuco, agosto de 2019

24 Claudia Zapata, «Memoria e historia. El proyecto de una identidad colectiva entre los aymarás de Chile», *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, vol. 39, n.º 2, 2007, pp. 171-183.

25 Sergio Mansilla, «Literatura, historia y memoria», *Estudios Filológicos*, vol. 41, 2006, pp. 131-143. Disponible en <http://dx.doi.org/10.4067/S0071-17132006000100010>

PRIMERA PARTE

Autorretrato testimonial y recuerdos de Jorge Pinto Rodríguez





AUTORRETRATO TESTIMONIAL



Jorge (el más pequeño) y Hugo Pinto Rodríguez, La Serena, ca. 1948.

Aunque nació en La Serena, mis primeros recuerdos se remontan a Punitaqui, un pequeño pueblo ubicado al sur de Ovalle, en la actual provincia de Limarí. De clima semiárido, sus habitantes viven de la agricultura, la minería y la crianza de ganado caprino. De un paisaje para mí inolvidable, sus cerros están cubiertos de «montes» —plantas y hierbas silvestres— que crecen a duras penas por la falta de agua. Llueve muy poco, tal vez una o dos veces al año; pero esa carencia les da un colorido especial, que siempre he buscado en todos los lugares en los que he vivido. Es mi referente obligado.

Hacia 1950 el pueblo estaba dividido en dos partes, separadas por un estero que los días de lluvia intensa se transformaba en un río que se secaba al poco tiempo. Nosotros vivíamos en Pueblo Viejo, que debió ser el lugar donde se establecieron los trabajadores que llegaron atraídos por las faenas de unas minas de azogue que se desplomaron cuando Ambrosio O'Higgins descubrió que era un fraude manipulado por los interesados en obtener utilidades a costa del erario colonial. Allí, en ese lugar, se forjó mi identidad.

Al otro lado del estero estaba la Calle Larga o solo Calle Larga. Era la ruta que conducía al sur, cuando los automóviles eran muy escasos; los buses inexistentes, y los camiones, mitad de pasajeros, mitad de carga, hacían el transporte a Ovalle. La Escuela Pública y los servicios del Estado funcionaban allí. Mi padre y mi madre recorrían ese camino todos los días, el primero para ir a la oficina de la Tesorería de la República y la segunda para dirigirse a la escuela donde trabajaba como profesora normalista, titulada en la Escuela Normal de La Serena.

Mis primeros contactos con la educación están ligados a la Escuela Parroquial de Pueblo Viejo, donde estuve hasta la mañana en que con mi compañero Tito Castro decidimos convertir la muralla de la sala en un pizarrón que utilizamos para practicar caligrafía. Cuando vimos los resultados nos fugamos para no volver. Mi madre decidió entonces llevarme a la Escuela Pública, bajo su estricto control. A esa escuela iba también Hugo, mi hermano mayor, que en los recreos me mandaba a buscar dulces donde nuestra tía Pabla que tenía un pequeño almacén. A falta de reloj, mojaba el suelo con agua, o un escupo, para indicarme que debía volver antes de que se secara. Una buena parte de los relatos de este libro provienen de aquellos años, particularmente de la casa quinta de la familia, con frutales que producían duraznos, nísperos, granadas y brevas de un sabor inigualable.

Pero mi identidad tiene matices. Pueblo Viejo era el lugar de mi familia paterna. Mi madre provenía de Pisco Elqui. Allí vivía mi abuela Celsomina, una tía y dos tíos, en una casona con sus respectivas ramadas para la seca de duraznos y unos viñedos que se extendían hasta las cercanías del río Claro. Eran pequeños agricultores que enviaban una parte de la uva convertida en pasas, y la otra a la pisquera, que daba sus primeros pasos como cooperativa.

A Pisco Elqui íbamos en las vacaciones de invierno y de verano a disfrutar de los cariños de la abuela y las frutas que allí abundaban. La abuela nos servía en una olla pequeña una porción de porotos, que seguramente también les entregaban a los demás trabajadores. Su sabor se me grabó para siempre.

A mi identidad punitaquina se agregó la influencia del pueblo de mi madre. Al final, son esas tierras las que le han dado sentido a mi vida. En el Norte Chico somos todos migrantes, desde los tiempos coloniales; pero todos terminamos retornando.

Cuando aún era niño mi padre inició el viaje al Norte Grande, a Antofagasta y Tocopilla. Sin embargo, nunca dejamos de regresar en nuestras

vacaciones a Punitaqui y Pisco Elqui. Era un viaje que preparábamos durante todo el año. En el Longino duraba dos días. Más adelante, íbamos solos, bajo el cuidado de mi hermano mayor y de Ana, pariente de nuestra tierra, que ayudaba a mi madre en los quehaceres de la casa. El ritual de llegada incluía que nos pesaran para retornarnos más gordos. Era la señal de que habían sido unas buenas vacaciones.

Mis padres también se mantuvieron fieles a su tierra. Recuerdo que los jueves en la noche, alrededor de las ocho, solía acompañarlos a la estación de Antofagasta. Era el día y la hora en que llegaba el tren del sur. El pretexto era siempre el mismo: «Por si viniese algún conocido». La mirada atenta escondía un dejo de nostalgia por los lugares donde habían vivido en su infancia, juventud y sus primeros años de adultez. Esa nostalgia ha convivido conmigo en todos los lugares en los que me ha tocado vivir. Recuerdo que en Southampton, un hermoso puerto del sur de Inglaterra, se me perdió el sol. El césped y el pavimento lo invadían todo. Era un paño verde que no me permitía tomar contacto con la tierra. Una tarde de verano, durante las largas caminatas que hacía con Julia y nuestros hijos, descubrí un pequeño rincón que se había salvado: había tierra. En un gesto absolutamente espontáneo, me incliné y la cogí. Era la tierra que asocié a Punitaqui y al Valle del Elqui.

Más tarde me tocó vivir en Temuco, cuyos alrededores están cubiertos por un verdor que no es mío. Reconozco su belleza, pero me resulta incomparable a tantos lugares del Norte Chico. Por lo mismo, muchas veces he dicho que la historia de la Araucanía la escribo con la cabeza, mientras que la de mi tierra, con el corazón.

De todas maneras, viviendo en Inglaterra, al encontrarme con estudiantes de casi todos los países de nuestra América morena, me di cuenta de que a las identidades que llevaba conmigo podía agregar la latinoamericana. La mayoría de los que estábamos allá podía regresar a la patria, otros estábamos condenados a la suerte que corrieran nuestros papeles en el consulado chileno. Por suerte, yo pude volver y lo hice a La Serena, donde trabajé en labores muy lejanas a mi oficio de aprendiz de historiador, igual que en 1973, cuando fui expulsado de la Universidad de Chile de Valparaíso después del golpe de Estado.

Durante tres años, Julia y yo nos ganamos la vida vendiendo artesanías en una de las primeras ferias dedicadas a ese tipo de productos. Yo instalaba el puesto en la mañana y lo atendía hasta el mediodía. En la tarde lo hacía Julia, mientras yo me dedicaba a la historia, disciplina a la que me

he mantenido leal desde que ingresé a la universidad. Hasta entonces había deambulado por diversos lugares, pero sin olvidar mis orígenes. Justamente en ese momento escribí un libro, *La Serena colonial*, que trasunta mi cariño por la tierra en que nací.

Recuerdo una conversación que sostuve hace unos años con Pedro Cayuqueo, que me preguntó por el personaje con el que me sentía más solidario. No dudé un instante: el migrante. En él veo al mapuche obligado a buscar en Concepción, Santiago, Valparaíso y al otro lado de los Andes un lugar donde superar la pobreza. Veo también a los trabajadores peruanos y bolivianos, hombres y mujeres, esperando en los terminales de buses a otros migrantes o intentando conseguir pasajes baratos para retornar a su tierra. Sus rostros están curtidos. Veo también a otros trabajadores y trabajadoras que retornan a encontrarse con sus familias. El mundo es ancho y ajeno, escribió Ciro Alegría a mediados del siglo xx. Los migrantes lo saben. Con ellos me identifico y a ellos expreso mi solidaridad.

Más recientemente, comentando la vida y obra de Gabriela Mistral, Juan Manuel Fierro, decano de nuestra facultad, habló de una migrante inmóvil. Y eso pasa con buena parte de quienes nacimos en el Norte Chico. Muchos migramos en busca de mejores horizontes, pero la mayoría regresa a la tierra. Somos, en el fondo, migrantes inmóviles: trabajamos en distintos lugares, pero con el corazón siempre en los valles que abandonamos cuando éramos jóvenes. Yo mismo escribo estas líneas desde Algarrobito, a la entrada del Valle de Elqui, donde me refugio luego de concluir mis labores en la Universidad de La Frontera.

Los relatos que vienen a continuación rescatan mis primeros recuerdos de niño, mi adolescencia y juventud. Inicialmente se publicaron conforme a las normas que establece el fondo del Gobierno Regional de Coquimbo para el fomento de la cultura y circularon entre las autoridades y algunos vecinos de Pueblo Viejo. En esta ocasión mantuvimos los textos originales, a los que agregamos otros relatos. Es nuestra manera de rendirle tributo a esta tierra maravillosa que nos vio nacer.

RECUERDOS DE JORGE PINTO RODRÍGUEZ

Algunas noticias históricas

Punitaqui debió ser un antiguo asentamiento indígena, de acuerdo con los restos encontrados por arqueólogos. Su nombre proviene del quechua y podría significar «senda de la puna» o «camino de altura fría».

Durante la Colonia y hasta bien entrada la República surcaban la región diversas rutas que comunicaban La Serena con el norte y con el sur, una de las cuales pasaba por Punitaqui. Eran rutas que recibían como afluentes a otras menores y a senderos por los que transitaba la gente y los productos requeridos por las economías locales y otros que se exportaban al extranjero.

Durante el periodo colonial, el sector correspondiente a Punitaqui fue un conocido asiento de minas perteneciente a la diputación de La Chimba. Una carta de José Antonio de Rojas (comisionado para la exploración, reconocimiento y beneficio de los minerales de La Jarilla y Majada de Cabritos en Andacollo y, posteriormente, de los minerales de azogue de Punitaqui) a Tomás Álvarez de Acevedo (subdelegado del ramo de azogues), fechada el 10 de septiembre de 1786, menciona la existencia de un caserío próximo a la faena minera con el nombre de Punitaqui.

Un par de años más tarde, Álvarez de Acevedo visita la faena minera de Punitaqui, ocasión que Miguel José de Lastarria (quien había reemplazado a José Antonio de Rojas) aprovecha para proponerle la fundación de un pueblo

que brindara a sus habitantes las ventajas de la vida civilizada. En el informe que entrega a Álvarez de Acevedo, fechado el 22 de julio de 1788, le comunica además que los vecinos del lugar ya habían cedido varias cuerdas de terreno con este fin.

Probablemente incidió en su fundación la explotación de las minas de azogue en la década de 1780, que atrajo a numerosos peones, comerciantes y funcionarios de la corona. Esta idea se confirmaría si se considera que Thaddaeus Haenke, un naturalista alemán que recorrió Chile por aquellos años, fue uno de los primeros en mencionar Punitaqui, describiendo largamente las faenas destinadas a la obtención de azogue. Haenke lamentaba la escasez de madera, que significaba un atraso para el beneficio de la mina de Punitaqui, tanto para enmendar las galerías como para los molinos y demás ingenios que facilitaban estas faenas.

Claudio Gay, el eminente investigador y naturalista francés contratado por el Supremo Gobierno, visitó los yacimientos mineros de Punitaqui entre el 19 y el 20 de abril de 1837 y se formó la impresión de que en general los minerales eran de ley muy mediocre, por lo que había que invertir en nuevos hornos y adaptar nuevas tecnologías para explotar el oro, la plata y el azogue.

Cuando en 1831 se crea el departamento de Ovalle, lo que es hoy Punitaqui y otros amplios sectores pasaron a conformar la subdelegación del mismo nombre, territorio que, a su vez, se subdividía administrativamente en once distritos.

El censo de 1865 clasifica a Punitaqui como una aldea que forma parte de una de las veinte subdelegaciones en las que se divide el departamento de Ovalle. La población del departamento era de 11 588 individuos. El censo no entrega mayores detalles por subdelegaciones o distritos. La aldea seguramente correspondía a lo que conoceremos posteriormente como Pueblo Viejo.

El censo de 1875 menciona a Punitaqui como un lugarejo con 490 habitantes, de los cuales 240 corresponden al distrito n.º 1 y 250 al distrito n.º 2. Hay claramente una subdivisión administrativa entre ambos centros poblados a un lado y otro del estero, y el distrito n.º 1 corresponde a Pueblo Viejo. El censo de 1885 establece la existencia de 700 pobladores en el distrito n.º 1 y de 920 en el distrito n.º 2, ambos catalogados como urbanos.

En el informe que elaboró para el Gobierno acerca del estado de la agricultura y la minería de la zona, Eugenio Chouteau señala que hay una escuela

de hombres y mujeres, una iglesia arruinada y que el pueblo vive de la minería y la crianza de animales. En otra parte agrega que Punitaqui subsiste, si así se puede decir, principalmente de la industria del oro, ya que todos sus moradores se dedican a la lucrativa tarea de lavar tierras auríferas.

La Ley de Organización y Atribución de las Municipalidades, más conocida como ley de comuna autónoma, publicada en el diario oficial el 22 de diciembre de 1891, estableció que la recién creada municipalidad de Punitaqui comprendería las subdelegaciones n.º 17 de Barraza, n.º 18 de San Julián, n.º 19 de Punitaqui y n.º 20 de La Chimba.

El censo de 1895 calcula una población urbana de 579 habitantes para el distrito n.º 1 y de 704 para el distrito n.º 2. El de 1907, establece que la población del departamento de Ovalle es de 59 328; la subdelegación n.º 19, correspondiente a Punitaqui, aparece con 5945 habitantes, de los cuales 1675 corresponden a población urbana. El distrito n.º 1, correspondiente a Pueblo Viejo, con 682 habitantes y el distrito n.º 2 con 693, que comprendía todo el extenso sector de la actual calle Caupolicán, dan un total de 1675 pobladores para el pueblo de Punitaqui.

El crecimiento de la población en la comuna de Punitaqui entre 1875 y 1920 fue bastante moderado. Solo en el periodo 1930-1940 se produce un alza considerable de los guarismos. La crisis mundial de 1929, el cierre de las salitreras y el regreso de una parte importante de sus trabajadores son algunos de los factores que, de alguna manera, ayudan a explicar este aumento sustantivo de 12 925 pobladores en 1930 a 20 967 en 1940. De acuerdo con el censo de 1940, las actividades económicas fundamentales eran la agraria y la minera: 845 personas de la comuna se habían declarado agricultores, 1194 mineros y 2151 jornaleros.

El censo de 1952 arroja una población comunal de 17 896 individuos, de los cuales 16 492 corresponden a población rural y solo 1404 a población urbana, lo que indica una disminución incluso en relación con el censo de 1907.

Poco a poco se habían ido delineando los tres sectores que contempla su trazado. Primero está Pueblo Viejo, el primer asentamiento reconocido por las autoridades coloniales, ubicado al sur poniente del estero de Punitaqui, que lo separa de la calle Caupolicán, su segundo sector, conocido también como Calle Larga. Por último, hacia el sur, cerca del mineral de Los Mantos, estaría Pueblo Nuevo, de más tardío establecimiento. A mediados del siglo pasado, creo que solo reconocíamos dos sectores: Pueblo Viejo y Pueblo Nuevo o Calle Larga.

La creación de la Compañía Minera Punitaqui en 1935, que al año siguiente se transformaría en sociedad anónima, fue un hito importante para toda esa zona. A comienzos de la década de 1950, la compañía era ya la empresa más importante del grupo Tamaya. La explotación de la veta Los Mantos dio auge a este sector, minero por excelencia, y se construyeron un cine, establecimientos escolares, nuevos servicios públicos y un nuevo centro poblado que llamaron indistintamente Pueblo Nuevo o sencillamente Los Mantos. Hasta comienzos de los años cincuenta, aún eran varios los pobladores de Pueblo Viejo que realizaban labores mineras en el yacimiento y la planta de Los Mantos.

En 1992 la comuna tenía una población de 8723 habitantes y el pueblo propiamente tal, de 2372. De acuerdo con el censo de 2002, el pueblo de Punitaqui tenía 3615 habitantes y la comuna 9539. El censo fallido de 2012 estableció que la comuna contaba con 10 418 habitantes y sus proyecciones para 2015 eran de unos 10 805 individuos.

En suma, se trató de un poblado que dependió de la minería y una producción agrícola, trigo preferentemente, antes del ciclo vitivinícola iniciado a fines del siglo pasado, hacia 1980.

* * *

Sin embargo, junto con rescatar su historia, quisiéramos terminar esta introducción señalando el valor que tiene este tipo de ejercicio. En primer lugar, los historiadores empeñados en explicar el comportamiento de la sociedad en el largo y corto plazo, nos hemos olvidado de lo que algunos llaman *petite histoire*, esa historia local que vivieron quienes poblaron comunidades más pequeñas, en las cuales forjaron su cultura e identidad. Es la «historia del campanario», marcada por el tañido de las campanas de la parroquia al anunciar los ritos religiosos, algunas tragedias y las fiestas que engalanan al pueblo.

En segundo lugar, descubrimos en esta historia la forma en que hombres y mujeres enfrentaron los desafíos que les brindó la vida sin depender de los poderes centrales que generalmente los olvidaron, emergiendo con toda sus fuerzas, su capacidad creativa y sus maneras de eludir la presión de quienes querían normar sus existencias sin preguntarse si los campesinos, peones de minas y mujeres, estaban dispuestos a someterse a ellas. Ante el «afán de normar» surgió siempre el «placer de pecar» de hombres y mujeres que lucharon por su libertad en comunidades que se rigieron por otros códigos.

Por último, en las historias locales podemos indagar sobre cómo construimos nuestras identidades territoriales. Nos reencontramos con la *matria*, la Pachamama y el *mapu*, tan vitales para quienes nos forjamos como individuos y colectivos en la patria pequeña, aquella que aprendimos a amar cuando despertábamos a la vida.

Las minas de azogue de Punitaqui

Este debe ser el cuarto relato que escribo sobre las faenas de azogue de Punitaqui. La primera vez lo hice en un libro ajustado a lo que es propiamente el trabajo de un historiador, que se publicó en los Talleres Gráficos de la Universidad Católica del Norte de Coquimbo hace ya varios años. Luego, resumí su contenido en unas breves notas que se incluyeron en mi libro *La Serena colonial*, publicado por la Universidad Católica de Valparaíso y reeditado con algunas correcciones por mi colega y amigo Patricio Cerda, en uno de los cuatro volúmenes que recogen parte de mis trabajos sobre el Norte Chico. Lo que haré ahora es volver a esos textos para dar cuenta de una faena detrás de la cual se escondió una de las grandes estafas del último siglo colonial.

Debería partir señalando que durante la segunda mitad del siglo XVIII el azogue, cinabrio o mercurio, se convirtió en un producto de primera necesidad para la corona española, por su empleo en los procesos de recuperación de la plata de las vetas de ese mineral. Hasta 1750, más o menos, la producción de las minas de Huancavelica en Perú, Almadén en España y otras mexicanas había resuelto el problema; sin embargo, una caída de su producción dejó a los mineros de América en una situación cada vez más complicada y a la corona sin los recursos que obtenía de los impuestos aplicados a su producción. En síntesis, una situación preocupante en momentos en que España requería recursos por las reformas que estaba impulsando la dinastía de los Borbones. Por esta razón, cualquier descubrimiento que abriera las esperanzas de conseguir azogue concitaba el más ferviente apoyo de la Península.

Bajo estas circunstancias se empezó a tejer la trama que concluyó con la instalación de las faenas de azogue de Punitaqui y el descalabro que se produjo cuando se descubrió que todo había sido producto de intereses que poco tenían que ver con los del gobierno colonial.

Los primeros en abrir el apetito por este mineral fueron un grupo de mineros que creyeron encontrar ciertos indicios de su existencia en las

cercanías de Andacollo, de acuerdo con las noticias que circulaban desde hacía un siglo. Sin embargo, muy pronto el interés se desplazó a Punitaqui, donde, según expertos, era más recomendable centrar las exploraciones. José Antonio de Rojas, uno de los involucrados en el complot de los tres Antonios, merodeaba entonces por estos lugares y se convirtió en uno de los promotores de iniciar cuanto antes la explotación del mineral. Mineros locales lo apoyaron y convencieron a las autoridades del reino de no demorar las cosas. Entretanto, los gastos previos a la instalación de la faena subían y subían, sin reparar en los costos que financiaba la corona. En ese momento, hacia 1783, surgieron algunas dudas y, en su afán de disiparlas, se envió a Punitaqui a un abogado arequipeño de controvertida actuación en Chile, Miguel José de Lastarria. Fue como poner al gato al cuidado de la carnicería. Tanto Rojas como Lastarria sabían que todo era un fraude, pero las utilidades que les brindaba el sueño de producir azogue los mantuvieron en el lugar hasta que el severo juicio de Ambrosio O'Higgins puso término a la estafa.

Al fin Punitaqui produjo más dolores de cabeza que azogue, pero, en desmedro de la conducta de sus promotores, habría que decir que el pueblo adquirió una agitación jamás conocida. Cientos de trabajadores, comerciantes y mujeres llegaron al lugar a ofrecer sus servicios y, tal vez, Pueblo Viejo fue por algún tiempo la placilla de aquellos mineros errantes que se desplazaron desde las haciendas vecinas para intentar sacarle al cerro lo que este nunca prometió.

Las rutas y senderos de Punitaqui

Hablar de las rutas y senderos de Punitaqui es hablar de las rutas y senderos de toda la región. Debido a la movilidad de hombres y mujeres, estos no pertenecían a un pueblo en particular, sino que eran un patrimonio regional, que concernía a todas las comunidades de la zona.

A partir de La Serena, la región era cruzada por un camino en dirección al norte y tres al sur. Estos últimos salían por la pampa, prácticamente como una prolongación de la actual calle Balmaceda, pero solo uno pasaba por Punitaqui. El primero se internaba por El Peñón hacia Andacollo, subiendo por el Manzano, conocido entonces como la cuesta del Cura, en homenaje al doctrinero Mauricio Coello, que tenía su residencia allí. Desde Andacollo seguía a Samo Alto, Recoleta, Guamalata, Sotaquí, San Marcos, Cogotí, Combarbalá, cuesta Los Hornos e Illapel, desde donde continuaba hacia Santiago, siempre por el interior.

El segundo iba por la costa, siguiendo un trazado parecido al de la actual ruta 5, pues, pasando por El Tangué, Barraza, Peñablanca, El Teniente (llamado así ya en ese tiempo), Canela, Mincha, Chigualoco y Agua Amarilla, seguía al sur por la misma dirección. Era el camino preferido por los arrieros y viajeros que iban a Valparaíso y la capital. El tercero iba entre los dos y se juntaba con el primero en Combarbalá. Fue el camino escogido cuando se trazó la primera carretera para automóviles, conocido hasta comienzos del siglo xx como el Camino Real. Desde La Serena iba a Tuquí, pasando por Las Cardas, para seguir luego a Punitaqui, cuesta Los Mantos, Manquegua, Soruco, Pama y Combarbalá. Fue la ruta que utilizó Ambrosio O'Higgins en 1789 en el viaje que hizo al norte, y la que recorrió Claudio Gay en la tercera década del siglo xix.

Estos caminos cubrían prácticamente todos los poblados del corregimiento. Existía solo otra vía importante que conectaba La Serena con el Valle de Elqui. Esta última se dividía, a la altura de Marquesa, en dos: una que seguía valle arriba y otra que partía a las minas de Condoriaco, conocidas ya a mediados del siglo xviii.

A San Juan de Cuyo se llegaba por dos pasos: uno que estaba al interior de Elqui y otro que se ubicaba al interior de Hurtado. Existían otros pasos que recorrían los arrieros y cabreros, trasladando mercancías y sus cabras a las veranadas. Entre estos, había un lugar que se convirtió en enigmático para mí: Calingasta. Recién lo pude conocer hace un año; pero de él escuché hablar desde mi niñez. Era el primer punto al que llegaban los arrieros en aquellos viajes que desafiaban nuestra imaginación. Calingasta fue siempre un pueblo envuelto en la fantasía, cobijado bajo la niebla de los recuerdos de historias que no se olvidan. Al visitarlo, evocé mi infancia en Punitaqui y el Valle de Elqui.

Desde Punitaqui mismo, las faenas de azogue dieron mayor movimiento a rutas más bien locales. Por ejemplo, la que pasaba por Andacollo y seguía a Samo Alto se desvió a Punitaqui cuando se trasladaron las faenas desde Majada de Cabritos hacia nuestro pueblo. Del mismo modo, se tuvo que recurrir a otro sendero que comunicaba con Peñablanca, Calera, Camarico y Barraza, lugares donde se obtenían alimentos para abastecer a los trabajadores y la cal necesaria para la faena.

En la segunda mitad del siglo xix el vapor empezó a reemplazar los viajes por tierra, que eran largos y agotadores. De La Serena a Santiago una tropa podía demorar dos semanas y un viaje rápido, tres días. El vapor representó un avance considerable. Más tarde, en 1913, el ferrocarril contribuyó

a mejorar el transporte e hizo posible que muchos punitaquinos, ovallinos, combarbalinos e illapelinos pudieran cursar sus estudios secundarios en los principales establecimientos de las ciudades más importantes de la región. Los viernes por la tarde y los domingos al mediodía, caravanas de estudiantes se agrupaban en las estaciones a la espera del tren que los llevaría y los traería de vuelta desde sus lugares de estudio.

De acuerdo con la memoria preparada por Gabriel González Videla al término de su mandato, la carretera Panamericana, que seguía el antiguo camino de la costa, se empezó a construir en 1946 para concluir en 1952. Sin embargo, esta información no coincide con los relatos que escuché de mi padre, quien aseguraba haber trabajado en las obras preliminares en la zona de La Cebada en la década del 30, preparando, justamente, la vía que se terminaría el año 52. Con esto se empezó a abandonar paulatinamente el Camino Real que pasaba por Punitaqui y que conocí por las carreras de autos que comentaré en otro relato.

En resumen, después de ser un punto neurálgico, Punitaqui quedó desplazado a una posición marginal, fuera del trazado principal de la ruta Panamericana, que recorrí por primera vez en 1962. Parte de la historia de estas últimas rutas la plasmaron Mario Bahamondes y Hernán Rivera Letelier en sus novelas *Ruta Panamericana* y *Los trenes se van al purgatorio*, tal como me recordara mi amigo Patricio Cerda, alumno del Liceo de Hombres de Antofagasta y de nuestro inolvidable profesor de castellano, Mario Bahamondes Silva.

El Cerro Grande

El Cerro Grande es una montaña de dimensiones admirables. Se lo ve desde cualquier punto cercano a Punitaqui, sobresaliendo entre los demás cerros que lo rodean. Mi padre solía decir que desde la cumbre se divisaba el mar. Nunca supe si lo subió alguna vez. Hoy, gracias a los videos, podemos contemplar en medio del viento lo que se ve desde sus alturas. De acuerdo con datos recogidos últimamente, alcanza los 1152 metros. Desde lo alto queda al descubierto toda la cuenca del estero, mostrando al observador un panorama de una belleza indescriptible.

El Cerro Grande también dio origen a leyendas. Me voy a apropiarme de una que publicó en *Ovallito.cl*,¹ en agosto de 2010, un punitaquino llamado

¹ Susurro de los molinos de viento XLIII-El Cerro Grande, *Ovallito.cl*, 9 de agosto de 2010. <http://www.ovallito.cl/blogs/ivan/16461>

Iván, a quien desde ya le expreso mi reconocimiento y le agradezco que la haya difundido. El relato de Iván dice lo siguiente:

Desde niño soñaba con el Cerro Grande, además una empleada de mi casa hablaba de una historia extraña, de apariciones, de ser así como ella la contaba, debe haber sido una leyenda. La empleada se llamaba Pabla Contuliano, oriunda de El Toro. Recuerdo fugazmente que hablaba de una alambrada de púas de seis hebras que se asomaba sorpresivamente en medio de la niebla y que junto a esa cerca aparecía una niña de la cabellera larga que pasaba por su pelo un peine que brillaba como si estuviese hecho de oro, la visión solo duraba unos cuantos segundos y luego se esfumaba con alambrada y todo. Todo eso ocurría un trecho antes de llegar a la cúspide del cerro, en una pequeña planada, para el lado del pueblecito de El Peral, solo por ese sector se podía ascender. Esa historia se convertía en un verdadero cuento fantástico en los labios de Pabla, la niñera, en las noches antes de dormirme.

Iván cuenta que convenció a su padre de subir el cerro. No vio el mar ni tampoco a la niña de cabellera larga de la alambrada de la que hablaba Pabla. Algo decepcionado, dice: «Solo quedó el recuerdo inolvidable de que por una sola vez en mi vida estuve en la punta del Cerro Grande».

Otra leyenda relatada en abril de 2009 en el mismo sitio por otro punitaquino, cuyo nombre no aparece, da cuenta de unas naranjas de oro que se convirtieron en piedras:

Siendo días de Semana Santa el minero Juan Eustaquio Araya venía de Los Mantos con su capacho vacío al hombro, con hambre y sed. Caminaba por la huella y de pronto vio un resplandor en la falda del Cerro Grande. A pesar de lo lejos que estaba, caminó y caminó, todo lo que había que andar para llegar hasta la luz. Allí encontró el naranjo más lindo que había visto, más lindo que los de La Rinconada cuando ofrecen sus frutos al sol.

Juan vio al pie del naranjo a la mujer más hermosa, que no conocía, sentada, peinando su cabello con el peine más brillante que jamás había visto en su vida y mirándose en un espejo aún más plateado, pensó que era un sueño. De pronto la mujer le sonrió. Se levantó del suelo y le empezó a ofrecer naranjas doradas, que él fue colocando en su capacho de minero con emoción y tembloroso. Fueron varias. El saco pesaba bastante cuando empezó a bajar del cerro. El viaje demoró lo normal que se tardaba en la bajada.

Avanzó por el estero rápido y se fue encontrando con lugareños. Al primero que vio le contó lo ocurrido: «Sabes que llevo naranjas de oro en el saco, estoy feliz». Repitió la historia a unos cuantos. Llegó a Pueblo Viejo, al final de lo que ahora es la calle Prat, ahí en su casa abrió su capacho y de nuevo otra sorpresa mayúscula, solo tenía terrones y piedras. Pensó que debió guardar el secreto, que la hermosa de la montaña lo había castigado.

Gracias, una vez más, a Iván por el relato que nos dejó y a ese punitaquino que resumió la leyenda de las naranjas de oro.

Los «luchos» de la región y los posibles orígenes de Pueblo Viejo

Un funcionario de la corona que visitó los minerales de la zona quedó sorprendido por el uso del término «lucho», que no había escuchado anteriormente. Preguntó de quiénes hablaban y le contestaron que de trabajadores detrás de los cuales iban mujeres que vivían bajo su amparo. Para más precisión, los definieron como «gentes ociosas y engavilladas, entre las cuales andan fugitivos, ladrones y algunos matadores [que] se acogen a las casas de dichas mujeres a los juegos y embriagueces de lo que han resultado varias muertes y heridas».

Sin embargo, a pesar del juicio de las autoridades, se trataba de un fenómeno más complejo. En una región donde los continuos traslados de los hombres por los valles y asentos mineros impedían que la familia tradicional, sacramentada por el matrimonio, se mantuviera en el tiempo, surgían amoríos furtivos. Las mujeres que los seguían eran, por tanto, las amantes de sujetos solitarios, embrutecidos por un trabajo agobiador, y atrapados por tensiones que aliviaban en las «placillas» o lugares de esparcimiento junto a las mujeres que los curas y tenientes de justicia se empeñaban en expulsar de los centros de trabajo. Es cierto que algunas practicaban la prostitución; pero, lejos del carácter pecaminoso que la sociedad normativa atribuía a estos amantes, sus relaciones eran una manera de transgredir las imposiciones de quienes conocían poco la manera en que estos hombres y mujeres regulaban sus vidas.

Miguel José de Lastarria, el abogado arequipeño que tuvo a su cargo las faenas de azogue de Punitaqui, fue algo más benevolente con ellos. Los describió como dóciles, justos y agradecidos, «háviles prontos para comprender. De buena complexión y fuertes para el trabajo, pero no se han alejado un

paso de la barbaridad, por cuyo estado se han habituado al engaño, haciéndose astutos, pero por su índole no son inhumanos».

Más adelante, Lastarria agregó que «prefieren la embriaguez a la satisfacción de sus necesidades físicas», que lo único que les interesa es mostrar más capacidad o fuerza, e incluso que «menos es la afición que tienen al otro sexo que a la bebida». El excesivo consumo de alcohol les provocaba enorme daño, lo que obligó a Lastarria a proponer la construcción de una cárcel «en la que se sujetarán más bien como locos, pues generalmente cometen acciones desordenadas cuando se hayan poseídos de la embriaguez o de sus entusiasmos».

Si a esto agregamos la resistencia a obedecer las órdenes que recibían de sus capataces y las continuas fugas que hacían de su trabajo, arrastrando a las mujeres con las que compartían parte de sus vidas, el panorama de la mano de obra era, en opinión de Lastarria, deplorable.

Los problemas se resolverían si se lograba establecer una población en la que residieran los habitantes dispersos que acudían a la faena. En otras palabras, un pueblo junto a una faena que requería trabajadores estables, además de un juez ordinario que resolviera los conflictos que surgían entre ellos.

¿Estará aquí el origen de Pueblo Viejo, ya que no tenemos noticias de que antes existiera un pueblo propiamente tal? ¿Debería atribuirse al comisionado Lastarria el honor de ser su fundador? Son dudas que todavía persisten y que nos obligan a seguir indagando acerca de cómo se logró fundar un pueblo para regular la vida de los «luchos», los trabajadores tránsfugas y las mujeres que los acompañaban en su paso por las faenas de azogue de Punitaqui.

La Escuela Parroquial de Pueblo Viejo y mi primera «fuga» del sistema educacional

Las primeras letras que muchos niños aprendimos en Punitaqui las adquirimos en la Escuela Parroquial de Pueblo Viejo, que funcionaba en una sala vecina a la iglesia, en uno de los costados de la plaza.

En el pueblo había otra escuela, atendida por unas señoras que recibían a los más pequeños en una casa ubicada en otro costado de la plaza. Allí tuve mis primeros contactos con la educación. Eran un par de profesoras de una paciencia a toda prueba, siempre dispuestas a que nos familiarizáramos con

la lectura y la aritmética. En Pueblo Nuevo había dos escuelas más, públicas, una de hombres y otra de mujeres. En ambas enseñaban profesoras tituladas en las escuelas normales del país. La mayoría venía de la Escuela Normal de La Serena. Aún era imposible pensar en liceos. Los que querían continuar sus estudios debían hacerlo en Ovalle o La Serena.

La Escuela Parroquial de Pueblo Viejo era sencilla pero acogedora. Trabajaban dos o tres maestros empeñados en que los niños aprendieran a leer y escribir, y las primeras operaciones matemáticas. Era lo necesario para unos muchachos que muy pronto se integrarían al mundo del trabajo en las haciendas o faenas mineras de la zona. Siempre, a media mañana, nos servían un plato de porotos o un tazón de «cocho» (agua con harina tostada), que ingeríamos con enorme placer. Sin embargo, debo reconocer que en esa escuela pasé mi primer bochorno y realicé mi primera fuga del sistema, junto a un compañero que debió ser Tito Castro, para asilarnos en nuestras casas a la espera del castigo que pensábamos llegaría tan pronto los profesores denunciaran nuestra proeza.

¿Qué había ocurrido? Antes de salir al recreo de las diez y media nada nos pareció más oportuno que ensayar las lecciones de caligrafía y dibujo que impartían los profesores, escribiendo en la pared algunas letras y dibujos que daban cuenta de la rapidez de nuestros avances. El problema se produjo cuando nos dimos cuenta de que habíamos cubierto buena parte de la pared con rayados que, además de estropear la pulcra pintura, no tenían semejanza alguna con lo que nos habían enseñado.

A la decepción siguió la angustia. Esa mañana no hubo porotos ni cocho; simplemente, mientras nuestros compañeros jugaban en la calle que mediaba entre la plaza y la escuela, emprendimos las de Villadiego, con la certeza de que no volveríamos a pisar los alrededores de la iglesia parroquial. Con lo que no contábamos era que nuestros hermanos llegarían con la novedad a nuestras casas esa misma mañana. Después de las reprimendas del caso y gracias a la buena voluntad de nuestros profesores, pudimos volver pasados un par de días a la Escuela Parroquial. Pese a todo, es un episodio que he recordado toda mi vida.

Varios de los que fueron mis compañeros en esa escuela emigraron al norte, atraídos por María Elena, Pedro de Valdivia, Sierra Gorda, Coya y las otras oficinas salitreras de Antofagasta. Otros tantos se fueron a Potrerillos y Chuquicamata a trabajar en las minas de cobre. Algo de esto aprendían en la Escuela Parroquial de Pueblo Viejo cuando contemplaban el mapa de Chile

y las profesoras y los profesores les hablaban del oro blanco que se explotaba en la pampa salitrera.

La gente de esta tierra siempre ha ido de lugar en lugar, tratando de ganarle al destino una suerte que solo les garantiza cierta pobreza material. Eso no les impide, en todo caso, ser felices. Varios de ellos, pensando en los «brillos» que pueden aparecer en cualquier recodo del camino o de la vida, van en búsqueda de la riqueza que los podría liberar, recorriendo largas distancias y transformándose en migrantes que buscan su destino más allá de sus tierras, arrastrando recuerdos, dolores y alegrías. Yo mismo me convertí en uno de ellos. Sergio Villalobos se refirió en una ocasión a las «investigaciones itinerantes de Jorge Pinto», recordándome que, por mucho que trate de descubrir las complejidades de la historia fronteriza, que tanto dolor ha provocado al pueblo mapuche, no debo olvidar que mis orígenes están en los valles del Norte Chico. Y nunca lo he olvidado: regreso cada vez que puedo para reencontrarme con los míos y con mi tierra. A ambos los llevo siempre en mi corazón.

Mi primer y último rodeo

Un domingo de un año que se borró en mi memoria, mis padres nos llevaron a mí y a mi hermano Hugo a presenciar un rodeo en la medialuna de Ovalle. Partimos temprano para llegar al mediodía a participar de una fiesta acerca de la cual yo no sabía nada. Aun así, debo decir un par de cosas.

La primera tiene relación con la aventura del viaje. El camino polvoriento, el cruce del río Limarí y el espectáculo que ofrecía Ovalle para dos muchachos pueblerinos justificaban con largueza el entusiasmo con que participábamos de la aventura. Lo segundo, una cierta rebeldía que me produjo el sufrimiento de los vacunos acorralados por los caballos diestramente conducidos por sus jinetes. Tal vez desde entonces tuve conciencia de un sentido de la justicia y de la forma en que eran tratados los animales sin que nadie saliera en su defensa.

Sin embargo, los remordimientos no fueron obstáculo para que, llegando a Punitaqui, practicáramos nuestro propio rodeo en la huerta de la casa. Como no disponíamos de caballos ni de vacunos, utilizamos gallinas y una buena caña que cortamos en la huerta. Probablemente fue a Hugo a quien se le ocurrió la idea. Algo mayor que yo, tenía una inventiva que nunca superé. Lo cierto es que, abierta



la puerta del gallinero y montados en nuestros briosos corceles, logramos varios puntos buenos hasta que nuestra madre se dio cuenta de la diversión.

Esta vez, de perseguidores nos convertimos en perseguidos, debiendo emprender de nuevo las de Villadiego, porque la caña que tomó mi madre fue más eficiente que la que montábamos nosotros. En estas situaciones, los árboles eran nuestro mejor refugio. Encaramados con la rapidez de un rayo, esperamos a que se calmara y nos propusiera una tregua bajo la condición de regresar al gallinero a todos los «vacunos» que habíamos repartido por la huerta.

Fue mi primera experiencia de un acuerdo pactado sobre la base de un diálogo iniciado desde la copa de un árbol. Nunca más volví a un rodeo y nunca más se nos ocurrió convertir a las gallinas en aquellos animales que habíamos visto en la medialuna de Ovalle.

La Llorona y otras historias de penaduras

La Llorona es una leyenda que se cuenta en todos los lugares donde hay cursos de agua. Como se sabe, representa a una mujer que perdió a un hijo en las riberas de un río y llora todas las noches, consumida por la pena.

En Punitaqui, en las noches de invierno, nuestras abuelas y tías se regocijaban contando esta y otras historias que seguíamos con la mayor atención. Todavía las recuerdo, relatadas la mayoría en la cocina del viejo caserón que habitábamos en Pueblo Viejo.

Algunas daban cuenta de pactos con el diablo que explicaban la riqueza de los vecinos más afortunados; otras, de unos hombrecitos pequeños, niños más bien, a los que llamaban duendes; las había también de entierros de tesoros cuyas señales de existencia solo algunos podían percibir. Las historias de «penaduras» eran frecuentes. Los muertos buscaban comunicarse con los vivos a través de manifestaciones que se contaban y daban por ciertas.

Recuerdo el asombro de mis padres un amanecer en Antofagasta en que sintieron ruidos en la casa. Más tarde, cuando se conoció la noticia, los asociaron a la muerte de un muchacho muy amigo de la familia, ocurrida en la mina de Los Mantos. Al regresar a Punitaqui, relataban esta manera tan extraña de enterarse de la tragedia.

En ocasiones estas historias se exageraban para mantenernos quietos y mandarnos a la cama sin protestar, pues si no obedecíamos nos exponíamos a ser víctimas de penaduras o apariciones de duendes o de Satanás.

Los viejos, sin haber pasado por la escuela, sabían siempre cómo lograr sus propósitos, y los niños, con la ingenuidad propia de la edad, les creíamos sin poner en duda sus relatos. Es la rueda de la Historia que se repite de generación en generación.

«Las flores de Punitaqui» y la leyenda de Añañuca

Pablo Neruda immortalizó las flores de Punitaqui en unos versos que escribió a propósito de una visita que hizo al pueblo en 1946, durante la campaña presidencial de Gabriel González Videla. El poeta se conmovió con la pobreza de su gente y sus condiciones laborales:

Eran en su pobreza
la fortaleza florecida, el ramo
de la ternura y su metal remoto.

Flores de Punitaqui, arterias, vidas, junto
a mi cama, en la noche, vuestro aroma
se levanta y me guía por los más subterráneos
corredores del duelo,
por la altura picada, por la nieve, y aun
por las raíces donde solo las lágrimas alcanzan.

Flores, flores de altura,
flores de mina y piedra, flores
de Punitaqui, hijas
del amargo subsuelo: en mí, nunca olvidadas,
quedasteis vivas, construyendo
la pureza inmortal, una corola
de piedra que no muere.

Sin embargo, no es de este poema de lo que quisiera escribir ahora. Me interesa, más bien, relatar una experiencia que aún no puedo explicar y que se refiere a una flor que habría nacido en Monte Patria, en las cercanías de Punitaqui.

Años atrás me encontraba en Sevilla, revisando materiales en el llamado Archivo General de Indias sobre la población de la zona. Corría el mes de septiembre, término del verano y comienzo de lo que los andaluces llaman o llamaban «el calor del membrillo». La temperatura subía sin compasión.

El archivo empezaba a atender por la tarde, en medio de ese calor abrasador que nubla la conciencia. Tomé el legajo que había solicitado en la mañana y empecé, medio adormecido, a recorrer sus páginas. De pronto me detuve en un expediente que relataba una historia que me conmovió. Se refería a una doncella indígena de belleza sin igual que vivía en Monte Patria, llamado entonces Monte Rey. La mayoría de los jóvenes trataron de conquistar su corazón, pero este se mantuvo sordo ante cualquier insinuación. Añañuca, ese era su nombre, parecía no amar a nadie.

De pronto apareció por el lugar un joven minero que buscaba, como tantos hombres, la veta que lo haría rico. Verla y enamorarse de ella fue cuestión de segundos, y Añañuca, la misma que parecía no amar a nadie, se rindió ante él. Desde ese momento decidieron vivir juntos, el minero abandonando su vida errante y Añañuca entregada al amor.

Todo anduvo bien hasta que el joven tuvo un sueño que le mostró el derrotero que debía seguir para lograr la fortuna y, sin pensarlo dos veces, partió a buscarlo. No regresó; extraviado en sus andanzas, sus huellas se perdieron para siempre y Añañuca murió de pena. El relato termina señalando que la enterraron un día de lluvia, en un campo que al día siguiente amaneció cubierto de unas flores rojas que, desde entonces, se llaman añañucas y que tapizan los campos de Punitaqui cuando amanece la primavera.

El sol caía cuando terminé de leer el expediente, que abandoné para concentrarme en las fuentes que debía revisar para avanzar en mi estudio sobre la población del Norte Chico. Cuando anunciaron que se acercaba la hora de cierre, fui a buscarlo, pero no lo pude encontrar. Al día siguiente lo busqué de nuevo, pero tuve la misma suerte. No sé qué ocurrió. El expediente desapareció por encanto o por mi descuido de no registrarlo la tarde anterior, cuando el sopor del calor me había hecho leer una historia que escritores de pluma más fina habían relatado mejor que yo.

El Fisco

Una de las figuras más extrañas que tuve en mi infancia, mientras vivía en Punitaqui, fue el Fisco. Lo imaginaba un señor gordito, pelado, con grandes bigotes, sentado en un sillón fumando pipa. Seguramente me inspiré en alguna imagen de los silabarios que usaban para enseñarnos a leer.

Lo curioso era que de este personaje dependía la felicidad de mi familia. En un momento del año, entregaba lo que mis padres llamaban el reajuste.

Vivían, en esos momentos, pendientes de lo que significaría el famoso reajuste que otorgaba don Fisco. Cuando era generoso, mis padres lo llenaban de elogios y gratitud, pero cuando no respondía a sus expectativas, era blanco de las quejas más desencantadas.

Mi padre, que trabajaba en las oficinas de la Tesorería General de la República en Punitaqui, era el encargado de reunirle el dinero que recogía en estricto control de cuanto debían enviarle. No sabía con precisión dónde vivía, pero ese era el modo que utilizaba para reunir la inmensa fortuna que poseía.

Sin darme cuenta, don Fisco fue la primera figura que conocí de ese Estado que con tanta atención estudié más tarde, sobre todo en su fase formativa.

La bajada del estero

Pocas ocasiones eran tan festivas en Punitaqui como la bajada del estero. En una zona más bien árida, las lluvias eran recibidas como un regalo divino que auguraba un buen año para las siembras. No recuerdo tragedias como las ocurridas últimamente en el Norte Chico a causa de desbordes por lluvias que sobrepasan la media anual. Por el contrario, los días de lluvia eran de regocijo y de un espectáculo que seguíamos con extraordinaria atención.

Como yo vivía al borde del estero, desde temprano nos juntábamos a contemplar el verdadero río que corría por donde diariamente transitábamos. Más de alguno de los pocos camiones que circulaban entre Pueblo Viejo y Pueblo Nuevo quedaban atascados en su intento por cruzarlo, oportunidad en que los más grandes se aventuraban por el agua para ayudar a sacarlo. Ese momento era el más emocionante. De vez en cuando llegaba una yunta de bueyes para colaborar en la tarea, mientras nosotros, los más pequeños, nos mojábamos los pies para contemplar de cerca las maniobras de aquellos camiones que habían mojado sus motores.

Por cierto, las escuelas se vaciaban. Tanto la parroquial de Pueblo Viejo como las públicas de Pueblo Nuevo. Era una fiesta que nadie se quería perder. Ignoro cómo los más grandes recibían el acontecimiento, pero siempre recuerdo que la lluvia alegraba a todo el mundo. En la cocina se preparaban las sopaipillas y los picarones y se asaban quesos que se comían con un pan amasado cocido en hornos de barro cuyo sabor no se olvida. Por cierto, el mate y las largas conversaciones acerca de los vecinos, las penaduras y otras

manifestaciones sobrenaturales no paraban de repetirse en torno a un brasero que servía también para abrigar el ambiente y secar la ropa de quienes llegábamos de presenciar la bajada del estero.

Era un acontecimiento que se grabó para siempre en la memoria de quienes fuimos niños hace ya más de medio siglo.

Punitaqui, tierra de terremotos

En los últimos años Punitaqui se ha hecho famoso por sus continuos terremotos. La mayoría afectó a toda la provincia de Coquimbo y algunos tuvieron su epicentro en el mismo Punitaqui o en poblados vecinos. De hecho, la comuna de Ovalle es la segunda en registro de movimientos sísmicos del país, por lo menos en los últimos años.

En Coquimbo, el primer gran sismo, acompañado de un maremoto que provocó graves daños en el puerto y en toda la provincia, ocurrió el 11 de noviembre de 1922, y alcanzó una magnitud de 8,6. El 6 de abril de 1943 se produjo otro terremoto que afectó a Punitaqui con mucha fuerza. Su magnitud fue de 8,2. Todavía en los años cincuenta y sesenta era posible observar sus huellas.

Cada vez que alguien tocaba el tema, los más chicos teníamos la oportunidad de conocer detalles de una tragedia que la gente recordaba con temor. Según se decía, lo más grave, junto con la caída de algunas casas, había sido que la tierra se abriera para tragarse a la gente o dejarla atrapada a medio cuerpo. Quienes habían vivido la experiencia del terremoto de Chillán de 1939 agregaban otros ingredientes que escuchábamos con atención, pero también con temor. Recuerdo a un viejo amigo de la casa que vivió en Coquimbo el terremoto y maremoto del año 22. Pocas veces como aquella nos alegrábamos de vivir lejos de la costa. Según él, las olas habían inundado el puerto y provocado más daños y muertes que el propio terremoto.

El 13 de marzo de 1975 se produjo otro movimiento que causó alarma. Su magnitud fue menor: 6,9. De nuevo la tierra se sacudió el 14 de octubre de 1997. Aunque la magnitud fue de solo 7,1 grados, varias casas cayeron en Punitaqui, especialmente en Calle Larga. Recorriendo el sector se podían observar los daños que la prensa nacional mostró en los días siguientes para reflejar el grado de destrucción producido. Viejas casonas de Pueblo Viejo también sufrieron los efectos, incluyendo una de anchos adobes en la que pasé mi infancia y parte de mi adolescencia. Esa casona ya no existe, en su

lugar se instaló otra más moderna, que sepultó para siempre aquella que habitaron mis abuelos, padres, tíos y tías.

El último terremoto se produjo el 16 de septiembre de 2015. Como también fue acompañado de un maremoto, Coquimbo sufrió los peores efectos. En Punitaqui, Canela e Illapel los daños fueron graves, particularmente en la última.

Punitaqui parece estar en el centro de un triángulo que recuerda el de las Bermudas, siempre expuesto a las sacudidas de la tierra. Su gente lo sabe, por eso no se rinde y permanece en el pueblo, desafiando, con el debido respeto, a unas fuerzas que no puede controlar.

El Viejo Pío, los Tanos y doña Hilaria

De los personajes cuyo pasado y destino final jamás conocí y que tenían cierta celebridad en Pueblo Viejo, recuerdo al Viejo Pío, a los Tanos y a doña Hilaria.

El primero solía llegar los días en que se acercaban al pueblo campesinos y crianceros a vender entre los vecinos y comerciantes de Pueblo Viejo los productos de sus tierras. El Viejo Pío se instalaba arropado, junto a alguna muralla, perdido en sus ensoñaciones. Nunca supe de dónde venía ni adónde partía después de pernoctar uno o dos días durante sus visitas. Menos dónde dormía cuando se quedaba en Pueblo Viejo. Seguramente recibía algunas dádivas de los vecinos a quienes no causaba ningún daño. Tampoco provocaba temor entre nosotros los niños. Era un personaje singular, la expresión más cabal de la vejez, con una barba blanca que cubría buena parte de su rostro. Tampoco fuimos testigos de conversaciones con él, era simplemente el Viejo Pío, testigo sin duda de historias del lugar que se llevó a la tumba.

Los Tanos eran personajes más o menos parecidos, pero más jóvenes y activos que el Viejo Pío, que llegaban también los días que podríamos llamar de comercio. Al recordarlos en mi adultez pensé que eran un matrimonio, descendientes de italianos o gitanos, llamados así por una deformación de los términos. Alguien me contó después que eran hermanos que vagabundaban por aquellos lugares, sin ocupación definida, vendiendo algunos productos o viviendo de la caridad de los vecinos.

Doña Hilaria era, en cambio, el personaje que más nos atemorizaba cuando aparecía por el pueblo o se escapaba de donde la encerraban para contener sus desmanes. Se decía que una era mujer piadosa, que vivía al amparo de la parroquia y que perdió la razón por tanta devoción y entrega al Señor. No



sé exactamente qué tipo de enfermedad mental padecía, pero sus ataques de histeria obligaban a los hombres a salir detrás de ella para encerrarla. A los niños nos provocaba verdadero terror. A la frase de «volvió la loca Hilaria», corríamos a refugiarnos en nuestras casas, desde donde salíamos solo cuando teníamos la certeza de que la habían atrapado y retenido en un lugar seguro. Solían encerrarla en una bodega del negocio de la familia Valdivia, muy cerca de la casa donde vivía. En más de alguna oportunidad contemplé los esfuerzos de los hombres por evitar que se fugara. Fue una de las escenas más traumáticas que viví en Pueblo Viejo, de la cual heredé un cierto temor al encierro.

Del Viejo Pío, los Tanos y doña Hilaria no sé más. Fueron personajes que pasaron por la vida dejando algunas huellas entre quienes vivimos en Pueblo Viejo hace ya algunos años y de los cuales seguramente las nuevas generaciones no saben nada. Forman parte de aquella historia que se pierde en el tiempo, borrada por una memoria que no tiene registro.

Ovalle y La Serena

Vivir en Punitaqui a mediados del siglo xx era como vivir en un rincón rural de Chile. Con vías de comunicación escasas y a mal traer, cualquier viaje era una odisea. Ovalle era, en cambio, una ciudad llena de comercio y dinamismo, muy distinta a mi pueblo. Y si Ovalle era eso, La Serena parecía una urbe de dimensiones descomunales.

A Ovalle se llegaba por el mismo camino que existe hoy, solo que sin pavimentar y en camiones de doble cabina que reservaban algunos asientos para las mujeres y los hombres de edad. Los jóvenes y los niños nos acomodábamos en la parte trasera, sobre los sacos y bultos que llevaban la carga que se entregaba en la Alameda a comerciantes que luego la vendían en las ferias de la ciudad. Ovalle parecía una ciudad pujante, con gente que anunciaba sus productos a los eventuales compradores. En Ovalle atendían médicos y dentistas. Estos últimos, encargados de los primeros sufrimientos infantiles y dramas familiares cuando aparecían aquellas inyecciones que asustaban a cualquiera.

De los camiones que transportaban carga y pasajeros había algunos que tenían fama de puntualidad y responsabilidad y entre estos estaban la Esmeralda y el Torito. Debieron ser camiones Ford de seis toneladas que nos parecían de un gran tamaño. Solíamos ir a Calle Larga a esperarlos, luego de haber concertado el viaje el día anterior. Como dije, la ruta era sin pavimentar y el

río Limarí se cruzaba sin puente. Aún recuerdo el ruido de las ruedas al chocar con el agua y las piedras del fondo. El viaje duraba un par de horas, para retornar casi siempre a media tarde.

La Serena era otra cosa. Ciudad pulcra, cuidadosamente ordenada y con nuevos edificios del tipo colonial en plena aplicación del «Plan Serena». Ya entonces disponía de movilización pública y buses cuyos frenos de aire resoplaban causando cierto temor entre quienes no teníamos idea de qué se trataba. De Ovalle a La Serena se viajaba en micro, con una parada obligatoria en Las Cardas, donde vendían dulces y otras meriendas para los pasajeros. También había tren, pero este corría solo en algunas oportunidades.

En La Serena estaban las reparticiones públicas y las casas comerciales que superaban largamente a las de Ovalle y Pueblo Viejo, incluso las de don Plácido Gallardo, la familia Valdivia, doña Bertita Mena y doña Pabla López.

Creo que a Coquimbo se iba menos. Como todo se tenía que hacer en La Serena, el viaje a Coquimbo estaba de más, sobre todo teniendo en cuenta que llegar a La Serena tomaba unas cuatro horas. Además, en esta última estaban los principales centros de educación: el Liceo de Hombres; el de Niñas; la Escuela Normal; la Escuela Técnica Femenina; la Escuela de Minas, precursora de la sede de la Universidad Técnica, y desde 1961 el Colegio Universitario Regional, dependiente de la Universidad de Chile.

La estación Las Cardas

Hay lugares que jugaron un papel social que hoy ha desaparecido. Es el caso de la estación Las Cardas.

Ubicada en la parte alta de la cuesta del mismo nombre y llamada inicialmente también «cuesta de Peralta» —nombres con los que ya era conocida en 1831, cuando se funda Ovalle—, era parada obligada del tren y las micros que viajaban entre Ovalle y La Serena. En su informe sobre la provincia de Coquimbo, publicado en 1887, Eugenio Chouteau la comparó con la estación de Llay-Llay, porque, como en esta última, el ferrocarril se bifurcaba: desde Llay-Llay partía a San Felipe y Los Andes; de Las Cardas salía el tramo que seguía a Ovalle y el ramal a Tambillo y Tongoy.

Todos esperábamos el momento de llegar a la estación. Vendían dulces, empanadas fritas rociadas con azúcar flor y empanadas de pino con un suave dulzor, que aún se venden al menos en un lugar de Ovalle.

Según se consigna en una investigación que coordinó Jorge Fuentes en 2012, los primeros pasos para la construcción de este ferrocarril los dio el presidente José Manuel Balmaceda el 23 de marzo de 1889, aunque solo empezó a funcionar algunos años más tarde. La estación Las Cardas surgió con la puesta en marcha de este tramo, pero, con las características que la conocí, debió de ser por los mismos años.

La moderna carretera que une actualmente ambas ciudades y el abandono del tren hicieron desaparecer la estación. A cambio, en la bajada de la cuesta hacia La Serena, venden huevos duros que solemos comprar.

Jorgito

Poco antes de que yo naciera, mi familia sufrió un golpe muy doloroso. El 13 de febrero de 1944 mi hermano mayor Jorge Guillermo fue atropellado en la playa de Los Vilos. Fue enterrado en el cementerio de La Serena y yo vine en su reemplazo, pero con los nombres de mi padre: Jorge Manuel.

Según mis recuerdos, en cada viaje que hacíamos a La Serena una visita obligada era su tumba. Llegábamos con flores y con la alegría de reencontrarnos con el hermano que había partido prematuramente.

A pesar del dolor que debió de provocar a mis padres, nunca lo evocamos con ese sentimiento. Al contrario, con una fortaleza y criterio que admiro en ellos, nos inculcaron el amor y cariño por quien seguíamos sintiendo muy cercano.

Hoy descansa en una tumba familiar que construyó mi padre cuando mi madre murió, la que sigue siendo el lugar de encuentro cada vez que vamos a La Serena.

Solo una vez sentí que esa herida seguía latente. Le sugerí a mi padre pasar un Año Nuevo en una playa cerca de Los Vilos y rehusó diciendo que no quería revivir el drama del 13 de febrero del año 44. Entonces comprendí que la memoria no olvida las penas de la vida.

Mi primer viaje a Antofagasta

A mediados de 1949 trasladaron a mi padre a las oficinas de Antofagasta. Él partió primero, para ubicar la casa donde nos instalaríamos, mientras nosotros nos preparábamos para partir a fin año. Lo hicimos en noviembre.

Primero nos trasladamos a La Serena, a la casa de mi tía Ercilia, que quedaba en la esquina de Matta con Prat, donde hoy hay un pequeño edificio.

Recuerdo que frente a esa casa había una palmera que en su parte más alta tenía clavada una daga. Se decía que la había dejado un pirata que había pasado por la ciudad en tiempos de la Colonia.

Estuvimos unos tres días esperando a que llegara la fecha en que tomaríamos el avión al norte. Todos los gastos corrían por parte del Estado, que asumía la obligación de trasladar a sus funcionarios acompañados por la familia para evitar que esta se disgregara. Más aún, en el caso de mi madre, debían ubicarla en alguna escuela o dependencia de la Dirección de Educación Primaria Provincial con el mismo sueldo que tenía en Punitaqui, más la bonificación de zona.

Pasé buena parte de la víspera con mi hermano Hugo, partiendo hojas de diario en cuadrados perfectos que lanzaríamos por la ventana del avión cuando pasáramos sobre La Serena.

Del viaje solo recuerdo la bajada en Vallenar y la llegada a Antofagasta en la tarde. En La Serena el aeropuerto quedaba en Pan de Azúcar, contiguo al camino La Cantera. En Antofagasta estaba donde siempre, en Cerro Moreno. Allí nos esperaba mi padre que había conseguido que otro funcionario de la Tesorería le arrendara un par de piezas. La casa estaba en calle Serrano, en pleno centro. Estuvimos allí solo unas semanas mientras preparaban la casa de calle Covadonga Nueva 766, donde viví años muy felices. Viajaba todos los veranos a Punitaqui.

«Adiós, pampa mía»

La imaginación y fantasía de un niño no tienen límites. Durante mi infancia viví convencido de que el famoso tango «Adiós, pampa mía» se había escrito y musicalizado a propósito de ese viaje que emprendí con mi familia a las áridas tierras del norte, cuando dejamos Punitaqui en 1949. La letra calzaba a la perfección.

¡Adiós, pampa mía!
Me voy, me voy a tierras extrañas.
Adiós, caminos que he recorrido,
ríos, montes y cañadas.
Tapera donde he nacido,
si no volvemos a vernos,
tierra querida,



quiero que sepas
que al irme dejo la vida.
¡Adiós!

Al dejarte, pampa mía,
ojos y alma se me llenan
con el verde de tus pastos
y el temblor de las estrellas,
con el canto de tus vientos
y el sollozar de vihuelas
que me alegraron a veces
y otras me hicieron llorar.

Mi pampa era el estero de Punitaqui, y las tierras extrañas aquellas que empezaba a conocer en una ciudad que me separaba irremediamente de esa tierra querida cuyo verdor se acrecentaba por la aridez del norte.

Desde entonces se despertó en mí un sentido de identidad que me acompañó durante toda mi vida. Esa identidad me conectó con Punitaqui, con mi familia paterna, nacida y criada en Pueblo Viejo, separado de Calle Larga por el estero que habría inspirado el tango de Mariano Montes y Francisco Canaro, cantado por primera vez en el Teatro Alvear de Buenos Aires en 1945, cuatro años antes de mi viaje a Antofagasta.

En aquella ciudad se inició además la vida itinerante que me ha llevado a varios lugares de Chile y durante un tiempo a Europa. Creo que esa vida tuvieron también mis padres, aunque sin abandonar los vínculos que los unían a Punitaqui y el Valle de Elqui.

Durante largo tiempo el paseo de los lunes por la tarde era a la estación de ferrocarriles. A las ocho solía llegar el tren que recorría durante dos o tres días el tramo de La Calera a Antofagasta. Tengo el recuerdo de un tren fatigado que hacía rechinar los rieles al momento de acercarse a la meta, en su afán de detenerse. Cargada de maletas y bultos, la gente bajaba, mientras mis padres recorrían ansiosos rostros y figuras por si llegaba alguien del sur que se hubiese subido en Ovalle o La Serena. No recuerdo habernos encontrado con alguien conocido, pero era el rito semanal que nos mantenía unidos a esas tierras con un vínculo que habría inspirado, según pensaba, los versos de la canción.

Esa condición de migrante, que suele ir acompañada de la nostalgia provocada por el desarraigo, me conmueve hasta el día de hoy. En mis largas

estadias en los terminales de buses los veo cargando bultos y maletas que me remontan a mis años de infancia en Antofagasta. Los he encontrado también en la literatura y la historia que hace referencia a las migraciones de campesinos que buscaron mejores horizontes en la ciudad. Contemplo a los migrantes con mis ojos de historiador, pero, también, con los ojos de aquel niño que tempranamente tuvo conciencia de vivir en tierras extrañas. De alguna manera, esa condición inspiró un artículo que escribí hace años sobre la rebelión de los esclavos de la fragata Trial, que empezó en las costas del Perú y terminó en Concepción.

Es este sentimiento de desarraigo la razón por la cual Punitaqui o, más bien, Pueblo Viejo vuelve siempre a mi memoria, tal vez ahora con algo de desilusión, porque con los años me di cuenta de que «Adiós, pampa mía» no se había inspirado en aquel viaje que emprendí a Antofagasta cuando finalizaba 1949.

Tren al sur

Como he recordado en otros relatos, todos los veranos partíamos a Punitaqui y el Valle de Elqui. Era casi un mes en cada lugar, aunque durante los últimos años permanecíamos solo en Punitaqui. El viaje se hacía en tren.

El tren salía de Antofagasta los jueves a las ocho de la mañana, para llegar a La Serena al día siguiente a las cuatro de la tarde, hipotéticamente. Eran comunes los atrasos, a veces de hasta doce o dieciocho horas. Nosotros nos bajábamos en Ovalle, unas tres o cuatro horas más tarde, desde donde seguíamos a Punitaqui en micro o en un auto que se ofrecía a un precio razonable.

Al empezar la tarde, el tren pasaba por la estación Los Vientos, donde vivía una familia que conocíamos desde hacía mucho tiempo. Por telégrafo mi padre avisaba que pasaríamos por allí, y allí los encontrábamos todas las veces. Siempre nos tenían pan o cualquier cosa que manifestara su cariño. Nosotros les dábamos diarios, dulces o frutas. Era un encuentro que recordaba los viejos tiempos del Valle de Elqui.

Hacia las nueve de la noche llegábamos a Pueblo Hundido. Hasta ahí el viaje se hacía en la Compañía de Ferrocarriles de Antofagasta a Bolivia, que utilizaba locomotoras a petróleo, modernas para esos años. Pueblo Hundido tenía una estación inolvidable. Todavía resuena en mis oídos la expresión «cazuela de ave» que ofrecían las cocineras del lugar. Las servían en unos mesones largos con bancas de similar tamaño en donde se sentaban los

viajeros. En dos o tres horas estábamos listos para seguir al sur, desde ese punto en los Ferrocarriles del Estado, que utilizaban locomotoras a carbón.

Hacia las cuatro de la madrugada se llegaba a Copiapó. Lo pintoresco de esta ciudad, la primera desde Antofagasta al sur, era que el tren pasaba por sus calles. Recuerdo que, en una oportunidad, estuvimos detenidos cerca de dieciocho horas mientras reparaban la vía dañada por el accidente de una locomotora. En esa ocasión conocimos la plaza y su centro comercial.

Si no había inconvenientes, se amanecía en Vallenar. Era el primer encuentro con lo que llamábamos «el sur». Se veía algo de verdor y aparecían las vendedoras ofreciendo los famosos «canastillos». Eran cestas muy pequeñas que contenían unos cinco granos de uva, una breva, un durazno y, tal vez, otra fruta. Costaban un ojo de la cara y eran un lujo que muy pocos podían darse. Junto con los canastillos, ofrecían pajarete, una bebida típica del Valle del Huasco.

Ya estábamos cerca de La Serena. Lambert era la estación que daba la voz de alerta para preparar las maletas. Luego venía Islón y La Serena. Si nos bajábamos allí, se tomaba un coche para llegar a la casa de alguna de nuestras tías. Si seguíamos a Ovalle, nos quedaban unas tres horas más de viaje, para continuar a Punitaqui en el medio que encontráramos. Allí nos esperaba la tía Pabla, con sus dulces de alcayota, mermeladas y cuantas cosas nos gustaban.

Así empezaban nuestras vacaciones, con nosotros libres y dispuestos a aprovechar el tiempo en cualquier cosa que fuera entretenida. Del viaje de regreso mis recuerdos son menos claros.

El «atajo» de doña Lastenia

Con los años, la tía que nos recibía en Punitaqui en los meses del verano, cuando ya habíamos abandonado el pueblo, se trasladó a Calle Larga o Pueblo Nuevo. La vieja casona de Pueblo Viejo seguía siendo nuestra y, atraídos por los frutales de su huerta, siempre preferíamos quedarnos allí y partir por las tardes a Pueblo Nuevo a visitar a la tía Pabla, admirable mujer que nos regaló un cariño que no se olvida. Había un camino, habilitado para los vehículos, y varios «atajos» que acortaban la distancia. Obviamente preferíamos los segundos.

El más usual era uno que pasaba por el frente de la casa de la señora Lastenia. Su apellido no lo recuerdo, pero siempre estaba rodeada por sus hijas,

casi todas de nuestra edad. Fueron nuestras compañeras de juegos cuando éramos pequeños o cuando ya empezábamos la juventud.

Doña Lastenia era una mujer bondadosa, siempre dispuesta a ayudarnos y acogernos con calidez. Tenía una edad indefinida y siempre estaba trabajando para llevar el sustento a sus hijas. Le perdí el rastro como a tantos punitaquinos, hombres y mujeres, que vivimos en el pueblo entre fines de los años cuarenta y los sesenta. Sobreviven en mi memoria los nombres de Abel Gallardo y Tito Castro, este último compañero en la Escuela Parroquial de Pueblo Viejo.

El atajo de doña Lastenia tenía una ventaja adicional. Estaba lejos de la casa de un funcionario de carabineros cuyos perros simbolizaban la peor amenaza para un ser humano. Nos causaban terror. Se comentaba que su bravura hacía impenetrables los campos que estaban alrededor. Nunca supe de alguna queja o ataque de aquellos perros, pero, como ya se dijo, todo recomendaba estar lejos de su alcance.

A La Habana me voy

En Punitaqui vivía una comunidad que me parecía feliz a pesar de las pocas diversiones que ofrecía el pueblo. Las radios eran escasas y funcionaban con baterías de auto en una época en que no había luz eléctrica. Recuerdo haber escuchado más radios argentinas que chilenas, cuyas ondas traspasaban la cordillera de los Andes. Nos iluminábamos con lámparas de carburo y nuestros juegos se limitaban a correr detrás de lagartijas, sapos y culebras que perseguíamos con hondas por el curso del estero, desde la laguna de Las Veas hacia el poniente.

Sin embargo, había episodios que nos sacaban de la rutina. Uno de ellos eran las fiestas de la primavera, con elección de reina, bailes de disfraces y todo lo que acompañaba la llegada de una de las épocas más hermosas del año. No alcancé a verlas, pero sí en cambio las que nos congregaban en febrero, cuando retornaban a Punitaqui los estudiantes que habían partido a La Serena o a las ciudades del sur a continuar sus estudios. Se celebraban en la plaza de Pueblo Nuevo, frente a la municipalidad. Duraban al menos tres días; o, más bien, tres noches, en las cuales se disfrutaba con los bailes de la época.

Cerca de la plaza estaba el estadio. En ocasiones íbamos a ver algunos partidos para celebrar las proezas de un arquero a quien llamaban, si mal no recuerdo, Gambeta. Era un muchacho de un físico respetable que parecía

instalar un murallón delante del arco, el cual impedía que la pelota penetrara al fondo de las redes. De los resultados no me acuerdo, pero era otra diversión en los años cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando aún no teníamos mayor idea del fútbol profesional.

Las carreras de autos también nos mantenían atentos. Los preparativos se hacían con mucha anticipación. Por aquella época aún no se trazaba definitivamente la carretera Panamericana, hoy ruta 5 norte, de manera que los autos debían pasar irremediamente por Calle Larga en dirección a Combarbalá. Nada estaba pavimentado, por lo tanto, antes de la carrera, los vecinos regaban diariamente la calzada para evitar que el polvo invadiera las casas. El día del evento nos apostábamos en la berma de la ruta para aplaudir a Lorenzo Varoli, Bartolomé Ortiz y otros corredores cuyos nombres se me escapan. Allí estábamos desde las ocho o nueve de la mañana hasta que pasaba el último coche. Al anuncio de «coche a la vista», buscábamos la mejor posición para ver a los bólidos que nos llenaban de entusiasmo. Probablemente salían temprano de La Serena para llegar a Santiago el mismo día. Eran las proezas más admirables que presencié en mi niñez.

Sin embargo, más tarde llegó el cine o algo que se parecía a una sala de cine. Se trataba de una especie de galpón en la parte trasera de la zapatería del señor Maturana, en el cual se exhibían algunas películas cuando ya se disponía de los medios para hacerlo. De esas películas recuerdo *A La Habana me voy*, la cinta argentina dirigida por Luis Bayón Herrera que se había filmado en 1949 o 1950 en Cuba y Venezuela. La recuerdo no tanto por su contenido como por una camioneta que recorría Calle Larga y Pueblo Viejo anunciando el acontecimiento.

Por un megáfono el locutor repetía innumerables veces: «Hoy, en selecta y noche, se pasa la gran película *A La Habana me voy*», y después anunciaba a las estrellas que actuaban y otros datos para atraer al público.

A La Habana me voy fue, tal vez, el primer salto a la modernidad que viví en Punitaqui.

Pintos y pintillos

Hace algunos años, un amigo venezolano que trabajaba en la industria petrolera de Barquisimeto me comentó que los vecinos del lugar llamaban «barquisimetanos» a los nacidos en la ciudad y «barquisimetidos» a los que llegaban atraídos por el auge económico de los petrodólares. Tiempo después,

otro amigo, que trabajaba en una universidad del norte, me relató una historia más divertida. En los tiempos de la Unidad Popular, un joven profesor llamado Ramiro oscilaba permanentemente entre adherir al Partido Comunista y sumarse al MIR. Cuando algún discurso de Luis Corvalán, el secretario general del PC, lo convencía con sus propuestas de avanzar sumando fuerzas y con todas las prevenciones para evitar el golpe de Estado, sus amigos decían que amanecía «Ramirillo», pero cuando el fervor de los dirigentes miristas estaba a punto de lanzarlo a las quebradas de la pampa a organizar la guerrilla, entonces era «Ramiracho». En ese tiempo, Ramirillo y Ramiracho eran como el barómetro del clima político que se respiraba en el país.

Recordé ambas historias cuando Rodrigo Iribarren me comentó que en el Valle de Elqui llamaban «pintos» a los nacidos en la quebrada de Pinto o alrededores, y «pintillos» a los afuerinos que se arrimaban a esa parte del valle. Como siempre asocié mi apellido —Pinto— a mi padre, a quien suponía miembro de una vieja familia de Punitaqui, asumí mi condición de pintillo cada vez que viajaba a visitar a mi familia materna, elquina sin lugar a duda. Sin embargo, las cosas eran más complejas, porque la facilidad con que la gente de estos parajes se traslada de sitio hace difícil precisar su verdadero lugar de origen. Tal es el caso de la rama de los Pinto a la que perteneció mi padre.

Mi tatarabuelo fue Vicente Pinto, originario de Pisco Elqui, arriero y comerciante, dueño de una tropa de mulas con la cual se desplazaba por la zona. En uno de sus viajes conoció a doña María (al parecer, de apellido Segovia), residente en Ovalle o algún lugar cercano. De ese matrimonio nació mi bisabuelo, también llamado Vicente, quien se casó con Eusebia Bravo. Ellos tuvieron a Lorenzo Pinto, que, junto con Filomena López Olivares, fueron mis abuelos. Ambos murieron muy jóvenes. Mi abuelo Lorenzo, que al parecer nació en Combarbalá, tenía una embotelladora de cerveza Floto, de La Serena, que llegaba en barriles a Punitaqui, donde la envasaban y distribuían por los pueblos que quedaban entre Punitaqui y Combarbalá.

Mi padre me contó que en ocasiones lo acompañaba en esos viajes, en carretas cargadas de botellas que vendían a pequeños comerciantes. Yo jugué con esas maquinarias, en desuso por el paso de los años, en la casa de Pueblo Viejo.

Mi padre se casó con María Raquel Rodríguez Huerta, profesora normalista titulada en la Escuela Normal de La Serena, profesión que ejerció en El

Horcón tan pronto egresó de la escuela. De ese matrimonio nació la generación a la cual pertenezco.

Estas alianzas matrimoniales vincularon apellidos tradicionales de Punitaqui: Segovia, Bravo, López y Olivares, a los cuales se agregó Pinto, aportado por la familia de mi padre. Como ignoraba el verdadero origen de su apellido, asumí en Pisco Elqui mi condición de pintillo. Al enterarme de que mi tatarabuelo Luciano era oriundo del valle, recuperé en ese lugar mi condición de pinto, aunque debo admitir que pasé a convertirme en pintillo en Pueblo Viejo. Mi familia era un árbol frondoso de gente que siempre, como todos los habitantes de estas tierras, se movía de lugar en lugar sembrando semillas y parentescos que a veces permanecen desconocidos.

Mis tías Pabla y María

Siempre recuerdo a mis tías Pabla y María, hermanas de mi abuela Filomena. La primera vivía en Punitaqui, muy cerca de nosotros. La segunda vivía en La Serena, en la casa a la que solíamos llegar cuando viajábamos a la ciudad.

Mi tía Pabla era de un carácter adusto. No era afectuosa, pero nos quería mucho. Su manera de probarlo era preparar los dulces que nos gustaban: mermeladas, empanadas de alcayota, fruta confitada y todo lo que estaba a su alcance. Tenía un negocio que le había instalado mi padre, que la consideró su madre desde que mi abuela falleció prematuramente. Ese negocio terminó surtiéndonos de otras cosas, no preparadas por ella, a Hugo y a mí. Por ejemplo, sacábamos cigarros Baracoas —recuerdo su nombre— e intentábamos fumarlos cuando aún no cumplíamos los diez años.

Con el tiempo, mi tía Pabla trasladó su almacén a Pueblo Nuevo o Calle Larga. Ese era el negocio al que me mandaba mi hermano a buscar golosinas durante los recreos en la Escuela Pública, a la que yo debía regresar antes de que se secara el agua o, por lo general, el escupo. Cuando éramos adolescentes nos encantaba hacerle bromas y pullas con supuestos pololos que se acercaban como clientes al negocio. Vivía acompañada de Adela, una especie de ayudante que pasó a formar parte de la familia. Su desquite lo cobraba en las noches. Dormíamos todos en una sola pieza empapelada con diarios de la época. Cuando ya estábamos acostados, ella y Adela nos contaban historias de penaduras y sobre el diablo, que acompañaban con señales que decían escuchar, lo que nos aterraba.

Falleció en Punitaqui en 1964.

El caso de mi tía María era diferente. Casada con mi tío Eliseo, descendiente de un trabajador británico que llegó a la zona en enganches hechos para traer trabajadores mineros a la región, vivía en calle Brasil esquina Matta, en La Serena.

Mi tío Eliseo era un ebrio consumado. Creo que nunca lo vi en su sano juicio. En realidad, nos divertía mucho por las bromas que le hacía a mi tía y por las botellas de vino que guardaba en su ropa y hacía aparecer sin que nos diéramos cuenta. Parece que ya no trabajaba, debía de estar jubilado o simplemente cesante. Ambos mantenían el hogar recibiendo a estudiantes que pagaban una mensualidad y arrendando un par de piezas. Acompañaba a mi tía doña Ernestina, un miembro más de la familia. Cuando falleció mi tío, mi tía María se fue a Punitaqui a vivir con su hermana.

Ver a las dos tías juntas era un espectáculo. Como nuestra tía Pabla era más seca y la tía María algo sorda, terminaban en un diálogo que aún recuerdo. «Vieja sorda», le gritaba mi tía Pabla, a lo que mi tía María contestaba: «¡Ah, vieja de mierda!».

A ambas las recuerdo con mucho cariño. Fueron tías muy bondadosas.

La «pela» de duraznos

Una actividad típica en los pueblos cercanos a Punitaqui y Pisco Elqui era la «pela» de duraznos. Se llevaba a cabo en febrero de cada año, cuando aún no existían medios más modernos para pelar la fruta destinada a la producción de huesillos. Era un trabajo de mujeres, las que debían pelar ocho canastas grandes en un día. Como la producción era abundante, se reunían entre diez y doce trabajadoras que, siguiendo el procedimiento artesanal, depositaban los duraznos pelados en un fondo, y así se iban llenando las ramadas que existían en todas las casas donde se practicaba la faena. Por cierto, junto con el cuchillo que recorría velozmente los frutos, estaba la lengua, que no paraba de hablar. Creo que de ahí proviene el dicho popular «las viejas peladoras».

Yo contemplé varias veces esta práctica en Pisco Elqui, mientras esperaba a que desecharan los frutos pequeños, los que iban a parar, irremediablemente, a nuestro paladar. Al mismo tiempo, aprovechábamos la ocasión para escuchar a los mayores, cuyas historias seguíamos con la mayor atención. La abuela Celsomina nos llevaba porotos en ollitas y nos hablaba del

viejo Pisco Elqui, cuando aún se llamaba La Unión. Pero el personaje que más nos entretenía era el abuelo Lucho, medio hermano de mi abuela que, al parecer, vivió siempre junto a ella.

El abuelo Lucho era el prototipo del abuelo. Más pequeño, algo excedido de peso y con el pelo y la barba blanca, solo hablaba de vez en cuando. Nunca durmió bajo techo. En las noches instalaba una payasa o algo que se parecía a una cama bajo las ramadas donde se ponían a secar los duraznos. Y ahí dormía hasta las seis de la mañana del día siguiente. No creo haberlo visto enfermo, ni siquiera durante el invierno, cuando el frío era penetrante. Los días de «pela» hacía como que custodiaba el trabajo, mientras nosotros escuchábamos sus relatos. El sonsonete de su voz era el típico de la zona, una mezcla de cuyano con el acento que tenemos en Chile.

Todos los años los arrieros iban a las veranadas, un viaje a la cordillera que nunca pude hacer porque era muy pequeño. Los preparativos duraban tres o cuatro días. Llevaban pan, yerba mate, azúcar y charqui en las alforjas que sujetaban a las ancas de los mulares. La excursión duraba solo un poco más que los preparativos. El abuelo Lucho contaba que hubo temporadas en las que se quedó en Argentina. El pueblo de Calingasta formó parte de mi imaginario infantil hasta que hace un par de años pude conocerlo. Por cierto, nada tenía que ver con las descripciones del abuelo.

A veces venía de visita el tío Juan, que sazónaba las historias que contaban sus hermanos con ingredientes propios. Su inventiva no tenía límites, entraban en sus cuentos las apariciones del león, los coches de amanecida para cuidar el ganado de sus garras, los muertos que habían quedado enterrados en la montaña y otras cosas de ese estilo que nosotros dábamos por ciertas.

Entre los más jóvenes estaba mi tío Guillermo y la Chita, que siempre nos prohibió decirle tía y que todo el mundo llamaba por su apodo. Católica como pocos, pertenecía a la comunidad que giraba en torno a la parroquia. Con ella ejercitaba la lectura en el *Simbad* y *El Herald*, que nunca faltaron en la casa. El jovencito de la película era Juan, hijo de mi tío Juan, que aparecía de vez en cuando. Vivía en el fundo La Hortiga, muy cerca de El Horcón. Desde allí partía a caballo, pues no había otro medio de transporte. Para nosotros era el símbolo del héroe que no se amilana con nada. Lo admirábamos.

El Tato

En el verano de 1956, cuando fuimos a pasar nuestras vacaciones a Pueblo Viejo, encontramos en la casa al Tato. Era un niño de tez morena, pelo corto, más bien bajo y de una edad parecida a la nuestra, unos doce años. Participaba de nuestros juegos y compartía con nosotros la mayoría de las cosas que hacíamos. Sin embargo, me parecía desconfiado y, por su figura y las imágenes que aparecían en las revistas de la época, como recién salido de una casa correccional.

Ignoramos si nuestra tía Pabla lo acogió porque su familia se lo encargó temporalmente o porque concitó su compasión. En el Norte Chico la familia solía desintegrarse. Hombres y mujeres errantes cambiaban sus sentimientos con cierta facilidad y eso repercutía en la familia. ¿Ese fue el caso del Tato? Nunca lo supimos, tampoco qué fue de su vida, pero nunca lo olvido. Es un recuerdo de mi niñez que permanece imborrable.

Mi tío Juan de Dios Huerta Rojas

Mi tío Juan de Dios era hermano de mi abuela Celsomina, tío de mi madre y tío abuelo mío. Vivía en el fundo La Hortiga, a unos veinte kilómetros de Pisco Elqui, valle arriba. Cuando lo visité, las primeras veces, el único medio de transporte era el caballo o la mula. Mi tío era un mediano agricultor que con el tiempo progresó gracias a la producción de uva, nueces y pasas. Su casa estaba en un cerro. Para llegar había que subir por un camino de caracol de unos quinientos metros, intransitable por otro medio que no fuera el caballo, la mula o el burro.

Era una casa amplia y cómoda. Sin luz eléctrica ni agua de cañería. Pero se vivía bien. Lo ayudaban en su trabajo sus hijos Jaime y Juan, y sus hijas Teresa y Ester. Las menores, Natalia, María y Elena, seguían estudiando. Eran casi de mi edad.

Su hijo Juan fue el primer personaje al que admiré. Era joven (debe de haber tenido unos veinte años), fuerte y su expresión ofrecía la máxima seguridad. Varias veces pasé parte del verano en su casa. Me llevaban por unos días desde la casa de mi abuela, en Pisco Elqui, a lomo de caballo hasta La Hortiga. Allí mi tío Juan de Dios tenía preparado un burro para cada uno, el que nos servía para pasear por los alrededores. Éramos felices, aunque no siempre nos portábamos bien. Eran parientes comprensivos y

pacientes. Más de joven seguí yendo. Entonces nos juntábamos con otros jóvenes y organizábamos pequeñas fiestas, mientras los mayores hacían lo propio. Continuaron siendo días felices.

El sueño dorado en esos viajes era ir a la cordillera a ver cómo estaban los animales que se llevaban desde el valle en las veranadas para aprovechar el pasto cordillerano. Estos viajes se preparaban con anticipación. Había que llevar alimentos, ropa y todo lo necesario para permanecer unos seis días casi en el límite con Argentina. Las historias que se contaban atrapaban toda nuestra atención: la presencia del puma, las penaduras y los imprevistos que se debían superar.

Mi hermano Hugo logró que lo incorporaran una vez a uno de esos viajes. Era para mí la gran aspiración que no pude lograr. Desde entonces llegar a la cordillera y pasar a la Argentina fue una especie de obsesión. En mi adultez no sé cuántas veces logré este propósito. Nunca dejó de ser un sueño de niño.

Este hecho, aparentemente intrascendente, tiene un significado más profundo. Cuando las elites construyeron los estados americanos lo hicieron pensando de norte a sur, postergando las relaciones que la población tenía mirando sus espacios de oeste a este. Tuve conciencia de la existencia de Santiago más adelante; en Pisco Elqui y La Hortiga, mi país se extendía hacia Cuyo. Y eso ocurría en todo Chile. En Arica e Iquique se pensaba en La Paz y parte de Bolivia. En Antofagasta lo más importante era Oruro, Jujuy y Salta. En el Norte Chico, San Juan y Cuyo en general; en Santiago y Valparaíso, Mendoza; en la Araucanía, Neuquén y Bahía Blanca, y así podríamos seguir hasta Magallanes, mirando siempre nuestros territorios de oeste a este.

En la academia, Rafael Sagredo lo ha planteado en algunas publicaciones y encuentros disciplinarios. Y le encuentro toda la razón, porque viví personalmente esa experiencia en mi niñez.

Las trampas del amor

Cuando me iniciaba como historiador tuve la suerte de trabajar en el Archivo Parroquial de San Felipe gracias a la ayuda de uno de mis grandes amigos, monseñor Guillermo Echeverría, su cura párroco. Era mucho mayor que yo, tenía unos setenta y cinco años, y su afición a la historia lo había hecho ordenar el archivo y conservarlo en condiciones inmejorables.

En realidad, a lo largo de mi vida he tenido numerosos amigos, Tito Castro, en Punitaqui; el Rubio, el Beto, Luis Ordenes, Alberto Galleguillos y Miguel Carvajal, en Antofagasta; Pato Cerda, Hernán Pávez, Reinaldo Tapia,

Enrique García, Itamar Olivares, Víctor Cortés y mis otros compañeros del pensionado de la Chile, en Valparaíso; mis colegas y exalumnos de la Universidad de La Serena, como Jorge Zúñiga y Sergio Peña; Bernard Lavalle, Fernando Casanueva y su esposa Ximena de la Vega, en Burdeos; mis colegas, funcionarios/as y exalumnos/as de la Universidad de La Frontera: Elisa Pérez, Sergio Bravo, Juan Manuel Fierro, Valeska Geldres, Gonzalo Bravo, Pablo Muñoz, Alfonso Cayul, Pablo Marimán, el Chico Durán, Erik Castillo, Gonzalo Padilla, Mily Balboa, Belén Delgado, Patricia Paz, Belén Delgado, Alejandra Concha, Luchito, Florentino Parra, Liova Gamboa, Víctor Caro, Christian Martínez, Jaime Flores, Yéssica González, Pablo Marimán, Sergio Caniuqueo, Andrés Sáez, Alonso Azócar, Luis Abarzúa, Carolina González y Pedro Canales, por mencionar a algunos; mis amigos y amigas de Temuco, Alicia, don Miguel Oñate, Teresa Cornejo, Ana Lincoqueo, Myriam Hernández, Luis González, Lidia Alvarado, Bily y su esposa Claudia Huircán, además de sus hijos Guillermo, Claudio y Paulo, Isolda Reuque, monseñor Héctor Vargas y el pastor Esteban Fonseca, y, finalmente, Jorge Hidalgo, Luis Ortega, Leonardo León, Guillermo Bravo, Carmen Norambuena, Igor Goicovic y varios otros que me han ayudado a lo largo de mi vida desde Santiago. Sin embargo, las dificultades que tengo para mantener estas relaciones son una de las limitaciones que no he podido superar.

En el Archivo Parroquial de San Felipe los documentos más interesantes fueron las dispensas matrimoniales que solicitaban los curas al obispo para casar a algunas parejas que tenían impedimentos. En el siglo XVIII don Alfredo Moreno y Merino, un sacerdote muy escrupuloso, ordenado y fiel al cumplimiento de sus labores, informaba al obispo de todos los detalles que consideraba convenientes. Los había de distinta naturaleza, desde los vínculos familiares, las relaciones «ilícitas» practicadas antes del matrimonio, hasta razones que nos causaron sorpresa cuando las leímos con el padre Guillermo. Escribía el párroco: «Era la novia de tan limitada hermosura, que corre el riesgo de que el pájaro eche vuelo y deje a la mujer deshonrada». Junto con los juicios que se conservan en los archivos judiciales y notariales, estas son fuentes de primer orden para recrear la vida cotidiana.

El párroco de San Felipe confirmaba lo que ya más cerca de nosotros explicaron el historiador mexicano Sergio Ortega, en su libro *El placer de pecar y el afán de normar*; Judith Brown, en *Afectos vergonzosos: Sor Benedetta, entre santa y lesbiana*, y la *Relación autobiográfica de Sor Úrsula Suárez*, que publicó la Editorial Universitaria en Santiago en 1984.

Hago estas referencias porque me recuerdan dos episodios vividos en La Hortiga y Punitaqui. En el primero debía de tener unos siete años. Mi hermano Hugo, a quien ya las hormonas le empezaban a funcionar, me llevó un día a un pajar donde había una niña de unos doce o trece años, que hablaba de una forma que todavía recuerdo. Ella ya tenía experiencia en relacionarse con hombres por un cigarro, algo de plata o, como dicen las fuentes del siglo XVIII, simplemente «por dar gusto al cuerpo cuando el diablo hace lo suyo». Nunca más supe de ella: solo me quedó el recuerdo de lo transgresora que es nuestra sociedad y de la temprana iniciación sexual de las niñas.

La experiencia de Punitaqui fue diferente. Yo estaba en plena niñez, sin experiencia en el arte de amar. Pero, como escuchaba hablar a mis hermanos y a mis compañeros en la Escuela Pública n.º 1 de Tocopilla, pensé que ya debía intentarlo. La escogida fue una chica también de unos doce o trece años que iba a la casa de la tía Pabla. El asunto es que la historia salió un poco al revés, porque la niña empezó a tomar la iniciativa sin que yo pudiera reaccionar. A partir de ese momento, la niña se esmeró en mostrarnos ante los demás como «pololos», en tanto yo hacía todo lo posible por evitarlo. La verdad es que siempre fui enamorado, desde que tenía unos seis años empecé a mirar a las chicas de mi edad. Eran amores platónicos que se conformaban con mirarlas. En eso estuve hasta ya entrada la adolescencia, cuando llegaron los amores más profundos que me acompañaron toda la vida.

El caso de Punitaqui me hizo pensar en las trampas del amor, tema para un artículo que quise escribir desde que revisé el Archivo Parroquial de San Felipe, cosa que nunca hice, en parte porque perdí todas las anotaciones de sus registros que sumaban cientos de fichas.

Mi primo Juan Rodríguez

Conocí a mi primo Juan Rodríguez en 1963, cuando ya estudiaba en la universidad. Era hijo de mi tía Chita, esa que siempre nos prohibió que la llamáramos tía. Juan nació en Antofagasta mientras su mamá nos acompañaba en el norte. Era muy querida por nosotros y por toda nuestra familia. Después retornaron a La Serena para reunirse con su familia. El 63, Juan viajó a Antofagasta para acompañar a mis padres que ya se estaban quedando solos y yo fui el encargado de ir a buscarlo. Como él era menor, me sentí su protector. Vivió un par de años con ellos, para luego reintegrarse de forma definitiva a su hermana Juanita y a sus hermanos Luis y José Antonio. Continuó sus

estudios, que concluyeron en la Universidad de Chile, sede La Serena, donde se tituló de profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica. Desde entonces ha ejercido como profesor en Vicuña, comunidad en la cual es muy conocido.

Si recuerdo este episodio es porque su familia, unida y acogedora, es uno de los vínculos que más me une al Valle de Elqui. Cuando estaba viva mi tía Chita, viajábamos a menudo a verla; ahora vamos menos, pero siempre nos estamos viendo.

Creo que Manfred Max Neef dijo en alguna oportunidad que la verdadera patria es el lugar donde uno nació y vivió su infancia. Juan, Juanita, Luis, José Antonio y, ahora, sus hijos me mantienen unido al Valle de Elqui. Ellos refuerzan mi identidad, junto con la que adquirí en Pueblo Viejo de Punitaqui. Soy un hombre del Norte Chico, cuya historia, como dije antes, la escribo con el corazón.

He vivido largos años en Temuco. Allí conocí la historia del pueblo mapuche. También dije que esa historia la escribía con la razón. Ahora no estoy tan seguro, porque el mismo derecho que tengo yo para identificarme con mi tierra lo tienen las comunidades de la Araucanía. Y eso se lo ha negado el Estado en su afán de consolidar una unidad y homogeneidad que va contra la historia.

Los «chamelos» de Pisco Elqui

Si hubo algunas amenazas que nos asustaron durante nuestras vacaciones en la casa de mi abuelita Celsomina, estas eran las historias que nos contaban sobre los «chamelos». Las repetían mis tías y tíos cada vez que no nos portábamos bien y querían corregir nuestras conductas de niños. Ignoro a quién se le ocurrió la amenaza, podría haber sido a mi tía Chita, pero tenía un efecto inmediato.

Al parecer era una tradición europea referida a un extraño dragón anciano llamado Chameloe, que en nuestra región se asoció con los lagartos, bajo el nombre de Chamelo, al menos por lo que dicen Claudio Reyes-Olivares y Antonieta Labra.

Los imaginábamos como unos ancianos harapientos, chascones, de rostro deformado, que se refugiaban en un hueco que separaba la casa del cerro. Eran figuras terroríficas que podían venir a llevarnos, si nos portábamos mal, vaya saber uno a qué lugar.



Por cierto, nunca los vimos ni tampoco oímos hablar a otros niños de estos personajes. Aunque en la infancia nos causaron temor, no dejaron huellas entre nosotros. Los recordaba ahora porque me pareció curiosa esa historia que nos obligó a portarnos mejor.

Los «brillos» del Norte Chico

Siempre he pensado que los trabajadores y trabajadoras del Norte Chico han sufrido la pobreza, la injusticia y la explotación; que sus vidas han sido duras. Pero hay un espíritu que no se pierde: la oportunidad de doblarle la mano al destino mediante el descubrimiento o el encuentro azaroso con algún «brillo». Esto dio origen a una serie de leyendas que escuché desde niño en Punitaqui y el Valle de Elqui, y que en mi infancia creí a pie juntillas.

Las que más llamaron mi atención fueron las devociones marianas (a las que me sigo manteniendo fiel), las leyendas de entierros, los pactos con el diablo y los amores encontrados a la vera del camino.

Tanto en Punitaqui como en el Valle de Elqui me formé en un hogar muy católico. Esta es la razón por la que escuchaba hablar tan a menudo de las novenas y las festividades religiosas. En Punitaqui recuerdo las fiestas de La Higuera, Maquehua y, por cierto, la de Andacollo. La virgen aparecía como una madre protectora que, en medio de las dificultades de la vida, prestaba una ayuda inmensa. Era la salvación o el «brillo» en el cual podían refugiarse los hombres y mujeres de mi tierra. En un grado no menor estaba el Niño Dios de Sotaquí, a cuya fiesta asistíamos en enero de cada año.

Las leyendas de entierros eran también frecuentemente relatadas en las reuniones familiares. Tesoros que estaban escondidos y que eran descubiertos por afortunados que lograban, al fin, derrotar a la pobreza. Para ello era necesario estar atento a cualquier señal que denotara la presencia de uno. Varias veces con mis amigos recorrimos campos completos tratando de ver algo que nunca vimos.

Los pactos con el diablo eran lo que más nos sobrecogía. Se hablaba de las grandes fortunas que habían acumulado algunos hombres muy ricos por medio de pactos con Satanás. Eso condenaba el alma hasta la eternidad, pero, había una solución: las palabras redobladas. Aún las recuerdo:

Amigo, dígame la una;
Amigo, no soy su amigo, pero se la diré:
Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las dos;
Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:
Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las tres;
Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:
Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las cuatro;
Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:
Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las cinco;
Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:
Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las seis;
Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:
Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las siete;
Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:



Siete son los siete sacramentos, Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las ocho;

Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:

Ocho son los ocho planetas, Siete son los siete sacramentos, Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las nueve;

Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:

Nueve son los nueve meses, Ocho son los ocho planetas, Siete son los siete sacramentos, Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las diez;

Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:

Diez son los diez mandamientos, Nueve son los nueve meses, Ocho son los ocho planetas, Siete son los siete sacramentos, Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las once;

Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:

Once son las once mil vírgenes, Diez son los diez mandamientos, Nueve son los nueve meses, Ocho son los ocho planetas, Siete son los siete sacramentos, Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por

la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las doce;

Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:

Doce son los doce apóstoles, Once son las once mil vírgenes, Diez son los diez mandamientos, Nueve son los nueve meses, Ocho son los ocho planetas, Siete son los siete sacramentos, Seis son las seis candelas, Cinco son las cinco llagas, Cuatro son los cuatro evangelistas, Tres son las tres Marías, Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa Santa de Jerusalén; Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

Amigo, dígame las trece;

Amigo, no soy su amigo, pero se las diré:

Quien de doce pasa a trece solo el infierno merece...

¡Reviéntate, Diablo!

Estas palabras provenían de una tradición española, probablemente andaluza, que se repartió por nuestro continente y, como decía antes, dio origen a relatos que escuché siendo niño.

Al final, en nuestra imaginación infantil, desaparecía la imagen dantesca de Lucifer, para convertirse en un «pobre diablo». Pobre porque había sido derrotado y más pobre aún porque lo había sido por los propios pobres.

Por último, los amores encontrados en los caminos de la vida eran otro de los brillos del Norte Chico. Los descubrí cuando era ya un historiador. Revisando archivos judiciales, criminales en su mayoría, me di cuenta de lo que ya dije sobre la familia: que se desintegraba con cierta facilidad debido a que hombres y mujeres deambulaban como migrantes por toda la región. En este deambular, aparecían amores que despertaban intensos sentimientos. Desde este punto de vista, eran uno de los brillos que servían para suavizar la dureza de la vida.

«Soy socialista acérrimo»

Entre la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo pasado se produjo una fuerte migración de trabajadores y trabajadoras del Norte

Chico al Norte Grande, atraídos por el «oro blanco». Fue la época del *boom* salitrero. Sin embargo, a muchos los sorprendió la crisis que se produjo hacia 1930 y debieron retornar a sus lugares de origen. Al Valle de Elqui llegaron muchos, pero no llegaron solos, venían con ideas nuevas que habían madurado en los campamentos y las oficinas mineras, y que les dieron a sus vidas un cariz diferente.

Desde niño y hasta mi juventud me hablaban de ese retorno y me recitaban los versos escuchados a mi abuela Celsomina. Decían los trabajadores:

Soy socialista acérrimo,
oigo la voz triunfal,
ansiosos de luchar y luchar,
en pro de la justicia,
que pronto llegará,
con nuestros ideales de amor,
de libertad e igualdad.

Estábamos en los albores del surgimiento de las demandas de los trabajadores y trabajadoras, silenciadas y aplastadas en el siglo XIX. Chile iniciaba una nueva etapa, que la literatura y los historiadores sociales han reconstruido en las últimas décadas.

Las estaciones de trenes y los terminales de buses

Evocaré dos lugares que han formado parte del paisaje que ha rodeado mi vida: las estaciones de ferrocarriles y los terminales de buses.

Primero fueron los terminales de buses, o algo parecido, cuando esperábamos los camiones que nos llevaban a Ovalle. Los preferidos eran la Esmeralda y el Torito. Se trataba de un medio de transporte muy propio de mediados del siglo XX, la mitad destinada a pasajeros en una amplia cabina y la otra para llevar la carga: habitualmente, frutas y verduras que iban a la feria. Lo que más recuerdo es la llegada a Ovalle. Como ya dije, el río Limarí no tenía puente y el paso del camión por el lecho producía un ruido que todavía evoco a menudo.

Más tarde fueron las esperas de las micros que nos llevaban a La Serena. Entonces pasábamos por la cuesta Las Cardas, a la que me referí antes.

Finalmente se sumaron las estaciones de trenes, cuando nos instalamos en Antofagasta. Las podría enumerar: Ovalle, La Serena, Rivadavia, Antofagasta, Valparaíso, La Calera, San Felipe, Llay-Llay, Santiago y Temuco.

En los últimos años, han sido los terminales de buses de Villa Alemana, Viña del Mar, Santiago y Temuco, sin mencionar los que he compartido con otros viajeros en varias capitales y ciudades del Cono Sur de nuestra América. Una cierta aversión al avión me lleva irremediablemente a esos lugares.

Me instalo con paciencia a esperar la salida del bus. Veo a mucha gente y sus rostros. Son migrantes como yo. Los peruanos, bolivianos y colombianos, por mencionar algunos, llegan cargados de bultos, ansiosos por regresar a sus lugares de origen. Creo haber dicho que esos migrantes me conmueven. Recuerdo mi primera estadía en Inglaterra, luego del golpe del 73, con la ansiedad de volver a mi tierra. Aunque viajé con mi compañera y nuestros dos hijos, aquí se quedaba el resto de mi familia y el mundo que tuve que abandonar.

Una lección de historia y modestia

Quisiera terminar estos relatos contando una experiencia que viví hace pocos años, cuando ya había concluido mi formación de historiador. En esa oportunidad fui invitado por la Universidad Tecnológica de Pereira y el Banco Nacional de Colombia a dialogar sobre historia con estudiantes y un público muy entusiasta que acudió a la reunión, y otro historiador colombiano, cuyo nombre lamentablemente no recuerdo.

Yo, un estructuralista consumado, me referí a la diferencia que existía entre el historiador profesional y los cronistas locales, cuyos aportes por cierto valoraba. Conocía también, como ya he recordado, los libros *Pueblo en vilo*, y también *El queso y los gusanos*, pero insistí en la responsabilidad de explicar cómo surgen las estructuras sociales en las cuales nos desenvolvemos, cómo se comportan, así como sus cambios y transformaciones.

El historiador colombiano, con una tranquilidad y modestia propia del hombre que conoce su disciplina, lamentó tener que corregir algunos de mis juicios y habló de la historia del campanario. Valoró el sentido que tiene y nos habló de una comunidad pequeña, vecina a su ciudad, que había forjado su identidad, y de las relaciones sociales, económicas y culturales que allí se tejían, las alegrías y pesares de la gente común que también forman parte de la historia, y de la responsabilidad que teníamos los historiadores de incorporarlos a nuestro trabajo. Evoqué el libro de Lucien Febre, *Combates por la*

historia, y a mi Punitaqui y Valle de Elqui, que fueron tan importantes para mí. Ambos forman parte de mi propia historia del campanario.

En ese momento había incursionado poco en la historia del tiempo presente y de la emergencia de sujetos que más tarde llamé periféricos del poder, de los beneficios económicos, y de su permanente exclusión, que ya por esos años empezaban a expresarse como una amenaza al poder de las elites. Recordé también el libro de Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, en el cual sugería que el capitalismo no sería cuestionado en el corto plazo por el proletariado, sino por el lumpen al cual Marx no le dio importancia.

Pocas veces como esa tarde aprendí tanto de historia y de la modestia con la que debemos asumir nuestro trabajo. Siempre lo recordaré.

SEGUNDA PARTE

Autosemblanza y relatos de Rodrigo Iribarren Avilés





AUTOSEMBLANZA DE RODRIGO IRIBARREN AVILÉS



Rodrigo Iribarren Avilés.

Nací el 24 de noviembre de 1951 en Los Lavaderos, en el límite con la hacienda El Bosque, en la comuna de Río Hurtado. La hacienda era propiedad de la familia Iribarren Charlín y estaba administrada entonces por los hermanos Cristian y Jorge, este último mi padre, quien, aprovechando la interrupción de sus estudios de Medicina y Derecho en la Universidad de Chile, conjugaba el cuidado de las actividades agrícolas con el examen de los petroglifos encontrados en el valle, la atención de salud de la gente de los alrededores y la mediación de pequeños conflictos entre los pobladores. Mi madre, Blanca Avilés Cuello, que había llegado a Los Lavaderos procedente de los alrededores de Ovalle, junto con sus padres, hermanos y hermanas, casi todos mayores, colaboraba en las labores de la casa.

En Los Lavaderos y El Bosque viví hasta los cinco años. Mirando retrospectivamente mis primeros años de vida en estas localidades, recuerdo mis esporádicas y atrevidas incursiones en los libros y documentos de mi padre, momentos en los que miraba con especial regocijo las imágenes fotográficas de paisajes, gentes y costumbres de la región de Coquimbo, y los dibujos de la época prehistórica. Ciertamente, poco entendía de lo que observaba, pero ahí creo ver el germen de mis intereses futuros en el campo de la historia y la antropología.

En 1956, mi padre me envió a vivir a Pueblo Viejo de Punitaqui, donde había sido designado como párroco el presbítero Antonio Olivares Carvajal, su amigo desde los tiempos en que el sacerdote ejerció su ministerio en la parroquia de Hurtado. Hasta hoy desconozco las circunstancias exactas en que lograron tal grado de amistad, suficiente para que mi progenitor le encomendara el cuidado y la formación de un niño de apenas cinco años, y el sacerdote aceptara. Recuerdo que aquel día me recibió en la casa parroquial la tía de don Antonio, Jovita Isabel, quien desde entonces me quiso como a un hijo y a la que yo llamaría también, cariñosamente, tía Jovita.

Pueblo Viejo tenía en aquella época un cierto aire colonial. Sus construcciones eran muy antiguas y modestas, solo había dos escuelitas —una parroquial y otra privada—, dos almacenes, una pequeña iglesia y una hermosa plaza, muy oscura de noche, puesto que, aunque la luz eléctrica había llegado al pueblo, aún no contaba con luminarias. La monotonía de la vida social solo se veía alterada por los bautizos, bodas, santos y cumpleaños, y las fiestas religiosas y seculares.

Yo tuve la suerte —la bendición, me habría corregido mi tío Antonio— de vivir cinco años muy felices en este querido Pueblo Viejo, cuyo paisaje y costumbres me maravillaron hasta el punto de recordarlos todavía con mucha nitidez. Pero, sobre todo, aprendí a valorar con el tiempo lo importante que es para la persona adulta haber vivido una infancia en la que pudo sentirse libre para crecer plenamente, explorando el mundo y haciéndose de amigos.

Apenas llegado a Punitaqui, inicié mis estudios prebásicos en la escuela particular de la señorita Lina Rivera, y luego mi enseñanza primaria en la Escuela de Niños n.º 16, ubicada entonces en la calle Caupolicán o Calle Larga, donde cursaría solo hasta el tercer año.

No recuerdo haber sido un alumno destacado durante mi enseñanza primaria, aunque tenía facilidades para el estudio. Lo mío no era estar sujeto a la disciplina de la sala de clases; creo que disfrutaba mucho más de los recreos, porque estos tenían algo de la libertad y la alegría que encontraba en las largas excursiones que hacía con mis amigos a la ribera del estero o a las llanuras y lomajes de Pueblo Viejo.

En el verano de 1961, mi tío Antonio fue trasladado a Vicuña, para hacerse cargo de la parroquia de la Inmaculada Concepción. No hubo mucho tiempo para despedidas. Yo me resistía a aceptar este cambio inesperado, pero mis tutores se encargaron de convencerme, argumentando, entre otras

razones, que residir en Vicuña me permitiría estar más cerca de mi padre y que allí encontraría tan buenos amigos como en Pueblo Viejo.

En marzo ya estaba matriculado en la Escuela Superior de Niños n.º 1, cuyo director era don Renato Álvarez. Hacia fines de mes, ya participaba en concurridos partidos de fútbol en el centro de la Plaza de Armas de Vicuña, con los Caroca Lazo, los Munizaga Miranda, los Retamales Barraza y otros tantos. Lejos físicamente, pero cercanos siempre, quedarían en Pueblo Viejo, junto al estero y los molinos de viento, mis amigos y amigas de la primera infancia.

Las humanidades las cursé en La Serena, en el Seminario Conciliar San Luis de Gonzaga, circunstancia que me permitió reunirme y vivir con mi padre, que en esos años era el director del Museo Arqueológico de esa ciudad. En las temporadas de vacaciones lo acompañaba en sus trabajos de campo en diversos lugares de la región de Coquimbo y volvía a vivir las experiencias gratificantes de mi niñez en Punitaqui: la curiosidad por conocer paisajes, gentes, costumbres, y la libertad y alegría que acompañaban estos recorridos.

Hoy pienso que todas estas experiencias jugaron un papel muy importante en el esclarecimiento de mi vocación y en la elección de mi carrera profesional. También veo en ellas mi interés permanente por conocer la historia de la región de Coquimbo, en sus diversas expresiones: social, económica, urbanística, cultural.

En 1971, habiendo concluido mi enseñanza secundaria, ya había decidido que tendría que optar por una de estas dos carreras profesionales: arqueología o antropología. Pero como la carrera de arqueología recién se estaba creando en Chile, la única posibilidad era matricularme en antropología en la Universidad de Concepción, lo que, por una u otra razón, no fue posible.

Con mi padre analizamos también la opción de que yo estudiara arqueología en Perú o México; sin embargo, pudo más en mí la voluntad de no salir de Chile, más aún cuando aquí se había iniciado un programa de cambios políticos radicales, de suyo interesantes y prometedores, que yo compartía con el entusiasmo de mi juventud. Así, pues, terminé matriculándome en la Universidad de Chile, sede La Serena, en pedagogía en Historia, Geografía y Educación Cívica, carrera que se había creado recientemente y que incorporaba las materias de mi interés en las cátedras de Historia de Chile y Prehistoria.

Una vez recibido, en 1977, inicié mi magisterio en Ovalle con el título de profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, en el Liceo de Niñas, la Escuela Media de Adultos y la Escuela Técnica La Providencia.

Poco después asumí como director del Museo de Limarí, perteneciente a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, por lo que debí renunciar a la mayoría de las clases. Me quedé solo con diez o doce horas en La Providencia, que era lo permitido por el estatuto administrativo de los funcionarios públicos. Fruto de este periodo son mis libros *Reminiscencias. José Silvestre, Rostro urbano de Ovalle y Río Hurtado. Historia y tradición*, además de una serie de crónicas costumbristas que publicaba semanalmente en el diario *El Ovallino*.

En 1995 fui trasladado a Vicuña para asumir la dirección del Museo Gabriela Mistral, pero no renuncié a mis clases en Ovalle, por lo que debía viajar un día a la semana. Más tarde, habiendo aumentado mis tareas y responsabilidades administrativas en Vicuña, debí renunciar a ellas de forma definitiva.

En el colegio La Providencia conocí a religiosas, colegas y alumnas de gran calidad humana, y aprendí lo importante que es trabajar en un ambiente laboral donde primen valores como el respeto mutuo, la libertad pedagógica y la responsabilidad en el cumplimiento de los objetivos y la misión de un proyecto educativo. Esta lección y experiencia me han servido en el desempeño de mis funciones directivas en Ovalle, Vicuña y actualmente en La Serena.

Después de veintiún años de trabajo en Vicuña, en 2016 dejé la dirección del Museo Gabriela Mistral para asumir la del Museo Histórico Gabriel González Videla, en La Serena, cargo que sigo ejerciendo.

El 2017, a mis sesenta y seis años de edad, quise hacer un recuento de lo que había sido mi vida personal y profesional, y descubrí que mis primeros años en Punitaqui ocupaban un lugar destacado en mi memoria.

Los años felices que allí viví, mis impresiones de lugares, personas y costumbres, y sobre todo mi experiencia de la amistad, están registrados en el libro *Pueblo Viejo de Punitaqui. Relatos en blanco y negro*, que escribí en coautoría con Jorge Pinto Rodríguez, y que ahora compartimos con ustedes en esta segunda entrega, ampliada y corregida, que llamamos *Pueblo Viejo de Punitaqui y Valle de Elqui (1947-1970). Recuerdos de infancia y juventud*.

RELATOS DE RODRIGO IRIBARREN AVILÉS

El Minerillo

Cuentan que un día, en plena fiesta de la primavera y mientras se coronaba a la reina de Punitaqui, surgió un imprevisto con la escenografía. Por los parlantes del escenario comenzaron a llamar reiteradamente a quien era por ese entonces el maestro chasquilla del pueblo: «Se necesita con urgencia en el escenario a don Domingo Castillo Araya». Después de varios e insistentes llamados fallidos, se escuchó una voz que decía: «¡Chucha!... Ah, de veras que ese soy yo». Primero fue un murmullo, luego vinieron las carcajadas. Muchos de los allí presentes se enteraron, de esta curiosa manera, de que el Minerillo también tenía nombre.

Sus padres fueron Rafael Castillo y Laura Araya, que tuvieron siete hijos. Don Rafael buscó porfiadamente una veta aurífera que le proporcionase estabilidad económica a su grupo familiar, pero fracasó una y otra vez. Muchas veces debieron ir sus hijos a los cerros a buscar leña para vender en el pueblo y asegurar el sustento. No resulta extraño entonces que a uno de ellos, Víctor Valdivia le haya puesto el mote de Minerillo.

Mi tío cura, Antonio Olivares Carvajal, se había ordenado sacerdote el 6 de febrero de 1944. Después de varios años de hacer clases en el seminario de La Serena, su primera designación sacerdotal recayó en Hurtado, la

localidad más poblada de la parte alta del valle. Permaneció allí entre 1948 y 1953. Posteriormente fue vicario en Ovalle y luego, durante un periodo muy corto, ecónomo de Recoleta, entonces un pequeño caserío al norte de Ovalle. En ambos lugares lo acompañó una tía por parte materna, Jovita Carvajal Cortés, la encargada de hacer todos los menesteres domésticos.

Hasta hoy desconozco las circunstancias exactas por las que el sacerdote, durante su permanencia en Hurtado, logró un grado de cercanía y amistad con Jorge y Blanca, mis padres.

Don Antonio —como le decía la tía Jovita— asumió como párroco de Punitaqui en 1956. Al poco tiempo de haber llegado a la localidad de Pueblo Viejo, Antonio y Jovita recibieron el encargo de criar a un niño ajeno, de unos cinco años de edad, proveniente del caserío de Los Lavaderos, en el valle de Hurtado. De aspecto flacuchento, un tanto introvertido, tímido, soñador, con muchísima imaginación, bastante observador, sin muchos apegos ni afectos, al parecer nada de tonto y curiosamente enamorado. ¡Nunca tuve conocimiento de que alguna vez mis tíos se hubiesen arrepentido de recibirlo!

Muy cerca del viejo templo y la casa parroquial de Pueblo Viejo, casi enfrente de la familia Valencia Peralta, vivía el Minerillo. El pueblo era de unas condiciones materiales dignas, dentro de su pobreza, como era entonces el mundo rural en la mayor parte de Chile. La situación social del pequeño Domingo, que se convertiría en uno de mis mejores amigos, estaba más próxima al desamparo.

No fue extraño entonces que, un día cualquiera, el Minerillo apareciera por nuestra casa. La tía Jovita, que hacía del cristianismo una praxis, rápidamente le entregó afecto y alimento a diario. Así, el Minerillo se convirtió en un comensal más en nuestra cocina. Digo cocina, ya que la tía Jovita, el Minerillo y yo, casi no teníamos acceso al comedor de la casa parroquial, lugar reservado exclusivamente para el párroco. Todos los días, la tía Jovita cebaba cuatro sesiones de mate en distintos horarios y con distintos comensales. Partía a las diez de la mañana, una segunda tanda inmediatamente después de almuerzo, proseguía a la hora de onces y terminaba cuando ya se hacía de noche. En la mañana la acompañaban Marta Rivera y nuestras vecinas Rosa y Clarita Cortés. En la tarde le hacían compañía las niñas Codoceo (Tomas y Eva), que venían de El Higueral.

Como al tío Antonio le molestaba que la tía Jovita tomara mate, ella recibía a sus visitas en la cocina. A las siete de la tarde se cerraba todo acceso a la parroquia. En los últimos mates de la jornada, que tenían lugar en el

comedor, solo participábamos los miembros de la familia. En un extremo de la sala, el párroco; en el otro, separados por la mesa, nosotros: Marta Rivera, la tía Jovita y yo. Alrededor de un brasero, acompañados de una fiel radio, afloraban a los labios de la tía Jovita relatos de penaduras, apariciones diabólicas, algunos cuentos y poemas aprendidos en la escuela, seguramente en Sotaquí, cuando ella era pequeña; historias divertidas de Pedro Urdemales, como «El cartero», «El obispo», «El huevo de yegua», «*Dominus vobiscum*», eran parte de su repertorio. Otras veces, entre mate y mate, nos enseñaba a formar figuras con una lana enlazada. Cuando tenía seguramente otros compromisos, tejía con habilidad finos y hermosos paños y manteles a *crochet*.

Las únicas veces en que yo era invitado formalmente al comedor era para conocer mis avances en el aprendizaje de la lectura, enseñanza encomendada a unas viejas maestras radicadas en Pueblo Viejo que tenían una escuela privada: las hermanas Lina y Elisa Ríos.

Como en todo pueblo pequeño, en el mío no había en ese entonces nadie que se escapara de tener un apodo. A las hermanas Ríos se las conocía como las Canarias. Elisa era una buena instrumentista en guitarra, violín y bandurria, mientras Lina era la que impartía las clases. Resulta curioso que en este rincón de nuestra geografía se utilizara la bandurria, un instrumento parecido a la guitarra, con seis cuerdas dobles, que no tuvo una gran presencia en América, pero sí en España, particularmente en Canarias. Procedente de Coquimbo, de vez en cuando venía a Punitaqui otro hermano que, según se comentaba, también era músico.

La escuelita particular funcionó en una propiedad perteneciente a don Alberto Gallardo Lorca, en la esquina oeste de las calles Independencia y Doctor Marcial Rivera. Llegó a tener una matrícula de unos treinta niños, pero hacía el final de su existencia, cuando yo estudié allí, éramos solo unos pocos. Operó con bastante éxito aproximadamente entre 1945 y 1958.

Nadie recordaba el origen del apodo de las hermanas Ríos. Algunos creían que se debía a su calidad vocal y alguien insinuó que el motivo era su cabello rubio. Pero nada más lejano, pues eran trigueñas y tenían el pelo negro. Doña Lina me enseñó a leer y escribir. Con calugones de leche hechos con sus propias manos, las hermanas Ríos premiaban nuestros logros educativos.

Me resultaban muy curiosos algunos elementos del comedor del tío Antonio: los servilleteros de plata con las iniciales «A. O.»; las servilletas de

tela fina, inmaculadas y blancas, que la tía Jovita lavaba sagradamente; la pañera metálica; las cómodas sillas, y una mesa para varios invitados ¡a los que nunca vi llegar! ¡Era todo tan distinto a lo que había en la humilde cocina!

Sobre el mueble del comedor, había una campanilla que el tío Antonio llevaba a la mesa y hacía sonar entre plato y plato, o cuando ya había terminado de cenar. Pero había algo que me llamaba mucho más la atención: el aguamanil.

El aguamanil era de loza. La tía Jovita se encargaba de traer agua fresca de la noria para que su sobrino se lavara las manos. Era una verdadera ceremonia sacramental ver al sacerdote introducir los dedos de ambas manos en el agua y luego secarse delicadamente con la alba y bordada servilleta.

Ahora que han pasado los años, entiendo mejor la ceremonia del aguamanil: al no haber agua potable disponible, ni medio alguno para asearse cómodamente, salvo los lavatorios y picheles, este artilugio, un tanto fuera de época y lugar, se había convertido en una verdadera necesidad.

Por alguna razón, el tío cura se enteró de la presencia semiclandestina del Minerillo en su casa. Montó en cólera, principalmente porque podía ser un mal ejemplo para mí. De ahí a prohibir su ingreso, fue cosa de días. La tía Jovita ideó una estratagema que a la larga daría buenos resultados. El Minerillo llegaría a una hora determinada, accedería a la casa ya no por la puerta lateral próxima a la oficina del párroco, sino por la puerta principal, distante de la oficina y lugar ideal para observar si había moros en la costa. Se le habilitó un espacio especial en un cuarto viejo o bodega contiguo a la cocina. La puerta semiabierta de la cocina permitía servirle la comida y, aun sin verlos, yo podía conversar con él. Surgió así una amistad un tanto clandestina.

De tarde en tarde, cuando se presentaba la ocasión, nos arrancábamos a jugar a la medialuna. Este era un gran recinto con amplios corrales para el ganado caprino, propiedad de Hugo y Raúl Valdivia. El recinto debía su nombre a prácticas ganaderas de épocas anteriores, cuando solía hacerse el rodeo anual de los animales criados en los extensos campos abiertos, los que eran traídos a este lugar para su marcaje.

Ahí en la medialuna, el Minerillo mostraba sus habilidades, desarrolladas seguramente frente al imperativo de la propia necesidad. Cogía una cebra al azar, le maniataba con las piernas una de las patas traseras y, rápida pero delicadamente, se ubicaba en el lugar preciso para que este surtidor viviente de leche le permitiera beber de ella hasta hartarse. No era fácil acertar en la boca con el líquido tibio y por lo general se nos escurría por la cara y

la ropa. Reconozco que fui un fracaso en este hurto de leche, pero mi amigo Minerillo se preocupó de que yo también pudiera beberla directamente de la ubre.

Luego a la tía Jovita no le era difícil saber dónde habíamos estado, ya que llegábamos a la casa sucios, con el olor agrio de la leche, y perfumados con el aroma tan singular del guano.

Cuando los Valdivia faenaban una parte del ganado para hacer la salazón y convertirlo en charque, el Minerillo se las ingeniaba para conseguir algunos interiores y llevarlos a su casa. Ufano, al día siguiente portaba una especie de globo o pelota muy liviana, que no era otra cosa que una vejiga de caprino a la que le había insuflado aire.

Otras veces aparecía con un cincho o aro de hierro en desuso. De alguna parte hacíamos aparecer un alambrón al que dábamos forma de tal manera que nos permitiese guiar y hacer correr el cincho. Nos pasábamos horas desplazándonos alrededor de la plaza.

Las medias de mi tía Jovita, rellenas con trapos viejos o con hojas de diario —por lo general, del *Diario Ilustrado* que de vez en cuando recibía el tío Antonio— fueron nuestros primeros balones de fútbol.

Un par de años después recibiría la visita de mi hermana Ximena. Para envidia nuestra, poseía un balón celeste que, aunque un tanto duro, se desplazaba bastante bien y botaba que daba gusto. Con el nombre de carey se conocía el material del que estaba confeccionado.

Cuando ya se ponía el sol, numerosos niños y niñas nos juntábamos a jugar a las escondidas. Los escondites debían estar ubicados en la plaza de Pueblo Viejo. Rodeaba la plaza un tupido cerco de pinos. Algunos pimientos otorgaban, además de una magnífica sombra, el lugar ideal para que anidaran zorzales, tencas y tórtolas. Después de la temporada de lluvias, proliferaban los juncos y los lirios.

Como he dicho, aunque la energía eléctrica llegó a Pueblo Viejo en 1953, aún en 1956 no había luminarias en la plaza. En esa semioscuridad, jugábamos con nuestro grupo de amigos —entre los que estaba el Minerillo— entretenidas pichangas, las que se vieron interrumpidas cuando, de un sopetón, llegó la modernidad. De un día para otro se instalaron postes de hormigón con sus respectivas farolas. Para mala suerte nuestra, dos de ellos quedaron justo en medio de nuestros arcos. Por obligación debimos trasladar nuestro pequeño y protegido estadio a la calle Independencia, frente a la casa de doña Palmira.

El sano juego de las escondidas era un efectivo medio para sociabilizar, ya que participábamos niños y niñas. Pero a nadie le gustaba eso de «contar y salir a buscar». Más de alguno de nosotros tenía su propia compañera de escondidas. La plaza fue testigo de aquellos primeros besos inocentes. A mí, en lo personal, ¡pucha que me gustaban las escondidas!

Los huertos de los vecinos del pueblo sufrieron las embestidas de esta parvada comandada por el Minerillo. Las peras y otros frutos del huerto de doña Felisa eran los preferidos. Las pircas y tapias no eran obstáculos para estos minicacos que, teniendo frutas en su propio huerto, preferían deleitarse con el fruto ajeno.

En un par de oportunidades nos atrevimos a aventurarnos, siempre dirigidos por el Minerillo, a lugares un poco más distantes. Una vez le echamos el ojo a unos dulces y jugosos pepinos. No sé quién nos dio el dato: había que cruzar el callejón de El Higueral y llegar a un plantío cercano a la quebrada El Toro. Alguien, uno de los nuestros, advirtió que sería necesario ir con antifaz. Cada uno improvisó el suyo. No me fue difícil disponer del mío; utilizaría el mismo de siempre, con el que me caracterizaba para jugar a los bandidos. Era un antifaz blanco, atípico, incómodo y que, en realidad, apenas me cubría los ojos. Lo había confeccionado mi tía Jovita a partir de uno de esos alzacuellos duros de celuloide que usaban y usan todavía algunos curas; la visión, con ellos, se limitaba al panorama visible a través de unos pequeños orificios. Yo, inocentemente, creía que nadie se daría cuenta de quién era el que se ocultaba detrás de ese misterioso antifaz. ¡Ya se imaginarán de dónde provenía este regalo de la tía Jovita!

A pesar de la extrema oscuridad, que casi nos hizo abortar la operación, la cosecha de pepinos fue generosa. Entusiasmados y llenos de adrenalina llegamos de vuelta a la plaza. Grande fue nuestra decepción cuando descubrimos que todos los pepinos estaban verdes. Hace poco me recordó Max Mancilla que en otra oportunidad fuimos en busca de sandías y volvimos con zapallos. El calador de la que debía ser la más enorme y dulce sandía fue el mismísimo Minerillo.

Nunca me pareció que el Minerillo tuviera aspiraciones de ir a la escuela. Más bien, estoy seguro de que con la escuela de la vida ya tenía bastante.

Cuando se cerró la escuela particular de Pueblo Viejo, nos vimos obligados a asistir a la de Calle Larga. Para ello debíamos atravesar el estero y entrar por un callejón que nos conducía a unos potreros y luego a una cancha de fútbol, para llegar finalmente a la escuela. Solo los alumnos de Calle

Larga entraban por la puerta principal. Las escuelas n.º 16 y n.º 17, para niños y niñas respectivamente, funcionaban en un espacio común, separado únicamente por planchas de zinc, más conocidas como calaminas. Las salas de clases eran unos verdaderos galpones y la mayoría se repartía en el segundo piso. En nuestro tiempo se desempeñaban en la Escuela de Niños n.º 16 de Punitaqui los maestros Orlando Varas, Wilson Santander, Nilda Pinto, Elsa Grover, Inés Miranda y Laura Véliz. El director de la escuela era Altemiro Fonfach.

En esa nueva escuela (nueva para nosotros, ya que tenía muchísimos años), sería mi profesor Orlando Varas. Al parecer, la disciplina en ese entonces era primordial. Don Orlando, conocido como Caramba Hombre —algunos de sus colegas lo recuerdan como Carambeto—, tenía una facilidad para las cachetadas que daba gusto. ¡Eran otros tiempos! Todos fueron muy buenos maestros y formadores de muchos de nosotros. Don Orlando se había titulado de profesor en la Escuela Normal Rural Rómulo J. Peña, de Copiapó, en 1953.

En la Escuela de Niñas n.º 17 trabajaban las profesoras Erika Labrín, Marta Maturana, Carmen Araya y María Andrade.

Pueblo Viejo tuvo su propia escuela pública mucho antes de mi llegada. Algunos vecinos recuerdan que en algún minuto funcionó en la casa donde posteriormente vivió la señora Palmira. También existió, desde la década de 1930 y hasta comienzos de la década de 1950, la Escuela Particular Parroquial Arturo Prat n.º 7, emplazada en el ala norte de la casa parroquial, donde más tarde viviría Clarita Cortés con su familia, que incluía a los hermanos Torrejón. Profesores de esa escuela fueron, entre otros, Aurelio Santibáñez e Hilda Contreras.

El Minerillo esperaba pacientemente a que regresáramos para proseguir con nuestras jugarretas. A veces, cuando nos dirigíamos temprano a la escuela, lo divisábamos a la salida del callejón que llevaba «al otro lado» (como llamábamos también a Calle Larga). Permanecía sentado, muchas veces descalzo, en la parte alta del pircado que servía de límite a uno de los tantos huertos. Cobijado ahí, bajo esos frondosos higuerales, con una sonrisa pícaro y toda clase de argumentos y argucias, intentaba convencernos de hacer la cimarra. ¡Cosa que a veces conseguía!

A hurtadillas, emprendíamos pequeñas caminatas grupales estero abajo. Nos sentíamos felices de desafiar las indicaciones de los adultos. Por lo general, nos deteníamos al pie de alguna laguna del estero. El Minerillo se

sentía como un pez en el agua. Los demás apenas nos mojábamos hasta media pierna, donde comenzaban los pantalones cortos, verdaderos símbolos de nuestra niñez.

Para matar la mañana en esta «chancha» o cimarra, el Minerillo siempre disponía de más de una honda, valioso instrumento compuesto de una horqueta de madera, elásticos rojos o negros que había que encargar a Ovalle, y un trozo de cuero donde se introducía la piedra. No éramos muy hábiles cazadores, pero le disparábamos a lo que viniera. Con el tiempo, yo habría de desarrollar una buena puntería con este adminículo.

Mientras nos secábamos, no nos faltaban los temas de conversación que nos intrigaban o daban miedo. El *huecubu* o «cuero», capaz de succionar a las personas en la laguna Las Veas; la gallina con pollos que aparecía en la piedra del molino; la Cocamula y sus relinchos; la Llorona y sus gritos infernales; los duendes que acompañaban a mi tía Jovita en su camino diario al gallinero ubicado en la parroquia. Una de las historias que contaba el Minerillo decía que al atardecer, cerca del cementerio del pueblo en dirección a El Peral, siempre se aparecía un burro. Decía que en cierta oportunidad un niño que transitaba por ahí observó con curiosidad al animal y le pareció manso, por lo que lo montó «a pelo» sin dificultad. Pasó casualmente por el lugar un grupo de personas, entre las que había otros niños que, al ver la masedumbre del animal y ser invitados por el primer jinete, subieron, uno a uno, a sus ancas. Para sorpresa de los adultos, a medida que otros niños seguían subiendo al burro, este comenzaba a crecer más y más. Extrañado por lo que acontecía, uno de los testigos exclamó: «Ave María Purísima, ¡el burro pa' grande!». Fue entonces cuando el burro explotó, dejando a los niños desperdigados por los suelos. Despavoridos, adultos y niños huyeron del lugar, jurando más tarde, cuando contaban su aventura, que había en el aire un profundo olor a azufre.

Mi amigo Minerillo murió en un accidente de tránsito en 1977. Hay dos animitas a la vera del camino, en las proximidades de la quebrada El Gato, que recuerdan ese hecho. Una lleva el nombre de Mario Vicencio, el conductor del camión accidentado; la otra solo consigna la fecha del suceso, 27 de noviembre de 1977. Domingo Castillo Araya, más conocido como el Minerillo, seguramente tiene a alguien que lo recuerde.

El Minerillo hoy hace verdaderos milagros. Así lo atestigua una placa que hay en el lugar, que agradece «por el favor concedido».

Por la amistad concedida, ¡gracias, Domingo-Minerillo!

Allá la liebre..., allá la liebre..., allá la liebre

Comentaban algunos vecinos del pueblo que el año había sido bueno, pues había superado con creces los 100 mm de agua caída y el maná del cielo se había distribuido espaciosamente durante todo el otoño, el invierno e incluso la primavera. Los que disponían de tierras «de rulo», es decir, que dependían para el riego de las aguas lluvias, aprovecharon esta bonanza de san Isidro para sembrar los terrenos ubicados al norte del estero El Toro.

Detrás de la casa parroquial había unos terrenos de labranza que eran propiedad de la Iglesia, los cuales se entregaban en mediería a don Asencio Álvarez. Estas sementeras de trigo aportaban ingresos a la parroquia. Allí, a pocos metros de la casa, pude observar por primera vez las trillas «acolleras» que él organizaba.

El flujo del estero Punitaqui, en otras temporadas mezquino, estaba bastante crecido y dificultaba el paso «al otro lado». Los niños más pequeños teníamos prohibido acercarnos a su curso, algo que no siempre cumplíamos.

Desde el pequeño estanque de agua de la parroquia de Pueblo Viejo, alimentado por un añoso molino cuyas aspas de latón y madera se esforzaban a regañadientes por girar, era posible distinguir en lejanía, en un lugar que conocíamos como la medialuna, cientos de cabras que esperaban con paciencia su destino final. Otras, quizá presintiendo lo que les esperaba, se mostraban inquietas al ver el ropaje de sus parientes y amigas tendido en las alambradas y los cercos de los corrales.

Miles de cabras, en sucesivos arreos, habían llegado a la medialuna, propiedad de don Víctor Jesús Valdivia Valdivia. Don Raúl Valdivia había traído más de mil en uno solo. En las veranadas, había aprovechado de comprar otras tantas, condenadas por sus dueños a dejar este mundo por viejas, malas lecheras, aborrecer a los cabritos o, en el caso de los machos, por no reunir las condiciones exigidas para seguir haciendo perdurar la estirpe.

En la medialuna se faenaban aproximadamente veinticinco animales diarios. Nada se perdía: los cueros se ponían a secar y luego se enfardaban para llevarlos a Ovalle; la «grasa limpia», que provenía del estómago y los riñones, se utilizaba para hacer el pan, porotos y chicharrones, y la de otros lugares se echaba en grandes fondos con agua y sal, para producir sebo, materia prima que se vendía para fabricar velas. Las ubres, los riñones y las patas del animal se vendían a la gente del sector, lo mismo que los «salones» —huesos desprovistos de carne—, que daban sabor al «hervido» y al loco.



Existía la costumbre de secar los salones en la techumbre de los hogares. La lengua también se vendía como un corte especial.

Colgada de alambres de púa, la carne de los animales se salaba y se secaba al sol. Una vez seca, se «pateaba el charque», es decir, se golpeaba para darle una textura más blanda y poder enfardarla. Se enfardaban, por separado, el charque de lomo, la pierna y la paleta. Los de mayor valor eran el de pierna y el de lomo.

La mayor parte del charque se llevaba a Ovalle y desde allí principalmente a las salitreras del norte de Chile. Rubén López, Julio Alucema, Óscar Alvarado y Lázaro Contreras eran los comerciantes no solo de charque, sino también de gallinas vivas que transportaban en jabas de madera, frutas, queso de cabra, arrollado de cerdo y costillares. Llevaban la mercadería en camión a Ovalle, donde hacían hora hasta la salida del tren en la pensión María Elena, en calle Benavente; allí incluso les habilitaban gallineros especiales y bodegas para sus bultos. Se trasladaban en carretón a la estación del ferrocarril, desde donde partían, con dos días y tres noches de viaje por delante, a las oficinas Pedro de Valdivia, María Elena, Alemania, Vergara, Flor de Chile y Rica Aventura.

Las suaves colinas y lomajes, otrora yermos durante años, habían dado lugar a extensos y hermosos trigales que se mecían con la brisa de la tarde. La mirada se perdía en este paisaje en movimiento. Había madurado el trigo, hermosas espigas se erguían hacia el cielo: unas más pequeñas y enteramente rubias, y otras más grandes, con hermosas líneas negras. Debieron ser de las variedades Barba Negra, Capel y Florencia, o quizás Mata Yegua, que también se utilizaba.

Rápido se organizaba la siega del trigo, que se efectuaba en la época estival y, por lo general, sin usar maquinaria alguna. Cuando la superficie a segar era demasiado grande, se contrataban «tareas», por lo común, de una superficie de 20 brazadas. Un muy buen y experimentado trabajador podía sacar esta «tarea» en un día, siempre y cuando comenzara a mover la echo-na tipo cinco o seis de la mañana. La jornada no se extendía más allá del mediodía, debido al rigor de la canícula, y la siega se retomaba tipo cuatro de la tarde o cuando ya comenzaba a refrescar. Un poco antes de que se acabara la luz del día, se ponía fin a la «tarea».

En viejas carretas, y a falta de estas, cargadas en burros, las espigas eran llevadas a la era. Días más tarde, cuando la cuantía de la cosecha lo ameritaba, se organizaba la trilla a yegua suelta, y cuando la superficie era pequeña,

bastaba una trilla «acollerada», que implicaba menos gente que atender, menos animales y, en suma, menos gastos. La colaboración entre las familias era recíproca y al término del verano los vecinos tenían varias trillas en el cuerpo, las que reafirmaban los lazos de solidaridad tan propios de estos sectores. Renombradas eran las trillas de doña Eliana Tello, donde no faltó nunca la música, la cazuela o el hervido; las empanadas, el mote con huesillo y la chuica de vino (de quince litros), la damajuana (de diez litros) o la garrafa (de cinco), escondida bajo la parva.

La fisonomía de cerros y lomajes había cambiado. Miles de pájaros y liebres se daban un festín en estos verdaderos graneros al aire libre. Los propietarios de las siembras de trigo veían con mucha preocupación la proliferación de liebres, pues tras ellas venían los zorros culpeos y las chillas, que amenazaban también al ganado caprino y a las gallinas. En los alrededores del negocio de don Plácido Gallardo, como también en algunos accesos de la plaza del pueblo, surgió entre los vecinos la idea de hacer una cacería de liebres. El plan fue compartido por gente de otras localidades y, fundamentalmente, por los propietarios de las haciendas El Toro, Viña Vieja y El Hinojo.

Un domingo cualquiera, un poco antes de que Marta Rivera tañera las campanas del templo invitando a los feligreses a misa, prepararon las cabalgaduras y alistaron los escasos perros lebreles. A la hora convenida, un grupo numeroso de cazadores, a pie y a caballo, enfilaron rumbo a la quebrada El Toro por el callejón de El Higueral, desde donde subieron a las tierras onduladas que se utilizaban como sementeras.

Ya en el lugar donde se haría la carrera, se distribuyeron espaciadamente Raúl Valdivia, Jaime Araya, Rubén Moreno, los Berríos, los hermanos Codoceo (de El Higueral), Facundo Valenzuela, Domingo Garrido, Domingo Castillo (el Minerillo) y los hermanos Araya (de la localidad de El Toro). Había que correr las liebres entre un cerro y otro. Esta vez, entre el Mate Leche y el Pestadera.

Desde la parte trasera del huerto de la casa parroquial, mis amigos y yo teníamos una vista privilegiada. Ante nosotros se extendía un enorme anfiteatro natural, donde, entre los lomajes y las quebradas, la fuerte brisa parecía mover de un lado a otro a hombres, caballos y perros, que aparecían y desaparecían en lontananza. La misma brisa nos traía un grito que aún perdura en mis oídos: «Allá la liebre..., allá la liebre..., allá la liebre...», una letanía con la que los cazadores azuzaban a sus perros.

Cuando el sol comenzaba a trasponer los cerros hacia la costa y se aproximaba el momento que todos conocíamos como «la oración», los cazadores,

después de un bien regado almuerzo, casi siempre en casa de Domingo Garrido, emprendían el regreso al pueblo. Las cabalgaduras y los perros venían jadeantes y extenuados; los jinetes, exultantes de alegría; y los vecinos, expectantes por el resultado de la expedición. Muchas puertas y ventanas entreabiertas dejaban asomar la curiosidad, y permanecían así un buen rato.

Antes de que el manto de la noche cayera definitivamente, la voz y los nudillos de algunos hombres que habían participado de la cacería interrumpían el silencio de los tibios hogares: «Doña Jovita... doña Palmira... doña Mary... doña Rebequita... ¿desea usted una liebrequita?».

De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera

En el medio rural, hoy como ayer, la música mexicana, ya sean rancheras, corridos, huapangos, boleros u otros ritmos, cuenta con muchísimos auditores, unos que lo reconocen abiertamente y otros que solo lo son puertas adentro.

En el Pueblo Viejo de mi niñez, la música que más escuché fue esa, cada vez más popular gracias a la difusión del ciclo de oro del cine mexicano. Las radios de onda corta nos bombardeaban con esos ritmos, y crecí entre las canciones de misa de mi tío Antonio y las rancheras que lograba captar en alguna de las pocas radios que había en el pueblo.

En ciudades más grandes como Ovalle y La Serena, existían cines como el Nacional, el Cervantes, el Centenario. Estas empresas se asociaban con otras de Santiago para distribuir películas a lo largo y ancho del país. Don Isaías Aranda fue el primero en obtener una concesión de cine en Punitaqui, que funcionaba en calle Caupolicán, casi frente a la escuela vieja. Pero esa pequeña empresa no duraría mucho tiempo. En Los Mantos existía el teatro del sindicato, que de tarde en tarde exhibía películas para sus trabajadores. El auge minero y el movimiento de la población fueron aliados para que don Benedicto Campos retomara la idea de Isaías Aranda y le arrendara a don Gregorio Maturana un galpón en calle Condell. Don Gregorio, que era además propietario de un almacén, una tienda, una zapatería y del mineral de Cerro Grande, aceptó gustoso, pues le pareció un buen negocio.

La mayoría de las películas correspondía al último periodo de oro del cine mexicano, que difundía la figura del mariachi y promovía a cantantes que alcanzaron gran notoriedad, como Jorge Negrete, Pedro Infante, Luis

Aguilar y Miguel Aceves Mejía. También se exhibían, con gran éxito de taquilla, algunas películas de vaqueros o *western* de los EE. UU. Famosas fueron en Punitaqui *El mariachi desconocido* y *El vagabundo*, en la que actuaba Germán Valdés (Tin Tan), y *Tizoc (amor indio)*, con la participación de Pedro Infante y María Félix.

Don Benedicto hizo lo que pudo para dejar el galpón en óptimas condiciones. Anticipando que las funciones serían muy concurridas, dividió el inmueble en dos: una sección plana destinada a la platea que, en vez de mullidas butacas, disponía de sillas de madera y totora trenzada, y la popular galería, compuesta por una serie de tabloncillos en gradiente que servían de asientos. Sus hermanos Glen y Segundo se encargarían del proyector, la venta de entradas y la recaudación.

La familia Maturana no solo se aseguró de tener la mejor ubicación dentro del cine, sino que también instaló un mullido sofá traído desde su casa. De este modo, los propietarios del galpón contaron siempre con su propio palco.

Aunque tuviera que cruzar el estero, muchísima gente de Pueblo Viejo acudía al cine. Me acuerdo de que la mayoría de los adultos llevaba sus propios cojines y no faltó quien transportara algún otro asiento particular. Una vez el estero nos hizo su gracia. Había llovido bastante durante la noche y las primeras horas del día, pero, habiendo ya escampado, varios vecinos de Pueblo Viejo decidimos ir al cine. Al término de la función, cuando ya íbamos de regreso, vimos que el estero había bajado y venía algo crecido. No hallábamos qué hacer. Pero si había alguien que conocía el estero como la palma de su mano, ese era el Minerillo, que nos guio hasta la laguna Las Veas, donde cortó una caña y nos dijo que nos tomáramos de las manos para enfrentar la corriente de agua que se producía en la parte baja de la laguna. Paso a paso, fue midiendo la profundidad del torrente y nos llevó a la otra ribera, que alcanzamos sin novedad.

Dalibu Cabezas, Edgardo Pizarro, Lorenzo y Carlos Galleguillos, Jimmy y Max Mancilla, Jorge Alvarado y Mario Monárdez, entre otros niños y jóvenes de la localidad, se encargaban de difundir las películas que se exhibían en el cine. Los dueños los proveían de un megáfono de latón rojo y, en grupos de dos, debían recorrer un territorio previamente asignado. A eso de las cinco de la tarde y al grito de «Atención señores, hoy en selecta y noche se pasa esta gran película», se voceaban películas como *Angelitos negros*, con la actuación de Pedro Infante y Emilia Guiú, u otra que fue grito y plata, *Aquí*



están los Aguilar, con la actuación de Luis y Toni Aguilar. De esta forma, los vecinos se informaban de la cartelera y los niños, de a cuatro por jornada, obtenían como compensación una entrada gratuita a la función nocturna.

Para hacer rentable el arriendo de las películas que se conseguían en los cines de Ovalle, se hacían funciones paralelas en la planta minera de Los Mantos y en Punitaqui. En Los Mantos la película empezaba un poco más temprano, así que, en la medida que se desocupaba el primer tambor, Edgardo «Pimán» Pizarro, el «Nata» Aracena, los hermanos Astudillo y varios otros jóvenes lo trasladaban en bicicleta hasta Punitaqui. Con ese sistema, las funciones en el improvisado cine de Punitaqui no eran muy puntuales, ya que no faltaban los pinchazos de rueda, que obligaban a hacer el recorrido a pie con el tambor al hombro. ¡Proporcionales a la demora eran las pifias para los hermanos Campos!

La *marcha del coronel Bogey*, compuesta en 1914 y llevada al cine en 1957 en la película *El puente sobre el río Kwai*, fue utilizada como cortina antes de empezar la exhibición. En otras oportunidades y con el mismo propósito, Armindo «Pollo» Codoceo, un buen cantante local, interpretaba algún tema musical con gran éxito.

Era tal la demora entre la llegada y la instalación de cada tambor, que se encendían las luces del cine-galpón, oportunidad que muchas mujeres aprovechaban para sacar sus palillos, lana o hilo, y ponerse a tejer. Los niños repartían su atención entre los turrónes que vendían Nibaldo y Aliro Álvarez, y los queques que ofrecían los Cocoíta Valdivia.

A pesar del ataque sin piedad de las pulgas, que se hacían la América, los asistentes, adultos y niños, nos emocionábamos con esas simples historias de amor, desamor o infortunio. El mariachi, inseparable de su caballo, con sus ropajes tradicionales, su sarape, su gran sombrero y sus pistolas al cinto, era el estereotipo del hombre mexicano que se quería transmitir al mundo.

También llegaron películas producidas en Hollywood, como *The Lone Ranger*, más conocida como *El llanero solitario*. Era el tipo de personaje con el cual nos identificábamos los niños. Un par de días después de asistir al cine, prácticamente todos los niños de Pueblo Viejo montábamos en nuestros caballos, que no eran otra cosa que un palo de escoba y un hilo o cuerda que hacía de sujeción o rienda. Como nuestros héroes de las películas, usábamos antifaz.

A falta de un apodo, el Chato Salfate tenía dos, porque además lo llamábamos Corre la Bala, por su costumbre de andar con pistolones. Por largas horas recorriamos la plaza del pueblo dispuestos a salvar alguna vida o conquistar

a la más bella de las mujeres, en este caso, de las niñas de nuestra edad. Quizá, envalentonado por alguna película, uno de nosotros (es posible que yo mismo) decidiera cantarles una serenata a las niñas más guapas del pueblo. Éramos un grupo de seis o siete, de edades no muy distantes. A una casa, casi enfrente del almacén de los Valdivia, llegaban varias niñas procedentes de La Serena, las Riquelme López: Alicia, Juana, Inés y Sonia, nietas de doña Celia López, quien vivía en Pueblo Viejo. Las conocíamos genéricamente como «las catalanas».

Allí nos congregamos y, desde la vereda opuesta, comenzamos a cantar para que las catalanas salieran a su puerta, ya que la casa no tenía balcón como en las películas. No recuerdo si fueron uno o dos temas los que acribillamos, pero este no se me olvidó nunca:

De piedra ha de ser la cama,
de piedra la cabecera;
la mujer que a mí me quiera,
me ha de querer de a de veras.

Ay, ay, corazón, por qué no me amas

Aunque nos esforzamos para emular el falsete de oro de Aceves Mejía, les mentiría si les dijera que alguna de esas bellezas cayó rendida a nuestros pies. Apenas tuvimos tiempo para acercarnos, y yo aproveché el momento para obsequiarle a la Pecosita unas estampitas religiosas que me había conseguido de mala manera en la parroquia y otras que pertenecían a Edita, la hija de doña Palmira.

La Pecosita me sonrió, nos miramos y nos tomamos las manos. El corazón me latía muy fuerte. Unos minutos después de que las catalanas volvieran a entrar a su casa, retribuyeron a los noveles cantantes con algunos dulces frutos del huerto. Fue en ese instante que apareció la tía Jovita, preocupada porque ya no era hora de que anduviéramos en la calle. Muchos años después me enteré de que las serenatas eran una verdadera tradición punitaquina. Con motivo de algún cumpleaños o santo, grupos de amigos acudían a la residencia del festejado, cerca de la medianoche o a primera hora de la madrugada, para expresarle sus saludos y entregarle un regalito. Estos obsequios eran las llamadas «cuelgas», una gallina o un gallo capón faenado,

bollos, alfajores, chilenitos o mistelas, casi siempre dispuestos en un canasto. Las mistelas se hacían con aguardiente y palitos de culén o canela y, en Pueblo Viejo y sus alrededores, la cuelga acostumbraba llevar también queso fresco de cabra con formas de pajaritos, animalitos, remolinos, entre otras figuras. No era extraño que desde El Toro se trajeran cuelgas para saludar y festejar a alguien de Pueblo Viejo. En muchos casos, la cuelga sufría un hurto consentido por el propietario, ya que, como decía un dicho, especial para estas ocasiones: «¡Pajaritos volando!, ¡a la boca cuándo?».

Cuando las serenatas tenían lugar en la madrugada, los festejos solían iniciarse con «Las mañanitas». Otra canción que no podía faltar en el repertorio era «Allá en el rancho grande», que popularizó en el cine Jorge Negrete. Los festejados tenían la obligación de abrir sus ventanas y aceptar la música y los obsequios.

Manuel Mancilla, minero, cantor y padre de mis amigos Jimmy, Max, Patricio, Edwin, Mary Elena, Alejandra y Roxana, formaba con Juan Segundo Varas, también minero, un afiatado dúo que participaba en muchísimas celebraciones. «Malena canta el tango» era uno de los temas que más les pedían, un tango con letra de Homero Manzi y música de Lucio Demare, que popularizaría Aníbal Troilo y su orquesta típica a partir de 1942.

Manuel Flores y el vecino Lucho Barrios eran otros de los cantantes locales que no podían faltar en las trillas, serenatas y fiestas familiares. Manuel Flores, Manuel Mancilla, y Tito y Guido Cabezas formaban un grupo muy unido y parte importante de la bohemia de Pueblo Viejo.

Días después de nuestra infantil serenata, quizá emulando a algún personaje literario de mis primeras lecturas (como *Las aventuras de Tom Sawyer*), tomé, con siete u ocho años, la decisión de irme de la parroquia. A mi parecer, no existía en el mundo un lugar mejor para vivir que la casa de las catalanas. Y hacia allá partí. No recuerdo cuántas horas alcancé a disfrutar de la grata compañía de la Pecosa y sus hermanas, antes de que, una vez más, llegara a buscarme la tía Jovita, ¡quien hizo caso omiso de mis súplicas y aflicciones!

El 1 de noviembre

El templo parroquial de Pueblo Viejo era el único lugar de ese extenso territorio que contaba con un sacerdote. El único cementerio de Punitaqui se situaba en las proximidades de Pueblo Viejo. Cuando se producía un fallecimiento en

alguna de las localidades vecinas y no tan vecinas, los familiares debían sortear una serie de obstáculos para llegar hasta Pueblo Viejo. Con los medios disponibles, por mucha voluntad que tuviera mi tío Antonio, le era humanamente imposible desplazarse por todo este territorio tan vasto. El traslado de los difuntos de las familias de menos recursos, sobre todo de los caseríos más apartados, se transformaba en una odisea. Si ya resultaba complejo llevar el ataúd desde Ovalle hasta caseríos como Los Corrales, Portezuelo, La Lucha, El Pidén o La Rinconada, era un verdadero milagro que llegaran a tiempo los procedentes de lugares como El Ajial o San Pedro de Quiles, bastante alejados. Rubén López suplía muchas veces esa necesidad con sencillos ataúdes hechos en el pueblo. A veces, los cuerpos llegaban a heder dentro del templo. Nuestra curiosidad varias veces fue castigada con este desagradable descubrimiento.

Como era muy difícil viajar a Punitaqui solo para visitar las tumbas de familiares y amigos, el evento se planificaba con bastante antelación y casi siempre quedaba fijado para el 1 de noviembre. Ese día, las calles del pueblo estaban atestadas desde muy temprano. En la mayor parte de los lugares sombríos o callejones, cientos de caballos, asnos y mulares, algunos aún con sus monturas y riendas a cuestas, yacían amarrados a los cercos o árboles. Había un ir y venir en dirección al cementerio. Coronas y flores nuevas adornaban un número importante de los nichos. ¡El cementerio nunca tenía tanta vida como ese día! Los que deseaban emprender pronto el regreso, esperaban impacientes a que tuviera lugar la misa consagrada por el cura párroco. ¡Había tan pocas oportunidades de asistir a misa! Terminado el rito, cientos de personas enfilaban el camino al pueblo, curioso-seando o comprando en los diferentes puestos que se autorizaban cada año en todo el trayecto desde el cementerio. Al llegar, otros doblaban por calle Freire y se dirigían a la explanada frente a la parroquia, ya que ahí también se instalaban comerciantes.

Cerca del mediodía, desde los diferentes huertos se elevaban densos humos al cielo, pero no eran ni señales ni homenajes a los difuntos, sino leños que ardían para formar las brasas de los asados. Decenas de caprinos habían pasado a mejor vida y se habían estado oreando desde el día anterior: lejos de los perros, yacían cual piñatas colgadas de los árboles.

Las cocinerías hervían de gente. Los diversos grupos yacían a la sombra, reunidos por familia y localidad. Los más entusiastas, por lo general ya con un vinito en el cuerpo, preferían la quinta Los Aromos, en el huerto de la familia Valencia Peralta; los otros se dirigían donde las Castro: Irma y Olga.

Durante varios años, fue el Guatón Segundo —Segundo Díaz— el encargado de ambas quintas, donde para esas fechas tocaba una orquesta cuyo dueño y administrador era don Pablo Díaz. La orquesta estaba integrada por un guitarrista, un acordeonista y un percusionista, pero su elenco era variable, ya que participaban también sus hijos e hijas. El alma indiscutida del grupo era el Tuerto Pablo.

Satisfecho el apetito de los comensales, la orquesta comenzaba con sus sones. La gente se agolpaba alrededor de la pista de baile, un patio de tierra recién apisonado y regado para que no se levantara polvo. Como el jolgorio empezaba temprano, era habitual que más de alguien olvidara el propósito de su visita a Punitaqui y se sirviera, embelesado por la grata compañía, la música y el trago, una presa de carne, mientras la corona que con tanto esfuerzo había mandado a confeccionar yacía olvidada junto a un árbol. La mayoría de las coronas de flores estaban hechas de papel, pero también las había naturales. La familia Ortega no daba abasto para cumplir con los encargos, confeccionados con las ramas de un árbol que llamaban «paraíso».

Pasado un rato, vencida la vergüenza inicial de los parroquianos y roto el silencio por el sonido de las cuecas, se formaban las parejas que sacaban de los bolsillos de sus ropas recién estrenadas pañuelos de todos los colores. La algarabía era enorme y la sed agobiaba a bailarines y mirones. Los *¡salud!* se multiplicaban. Había vino y chicha para los mayores; para los niños, Orange Crush y Bidú. El administrador de la quinta sacaba cuentas alegres. No faltaba el curadito impertinente, pero la cosa nunca pasaba a mayores.

Al cabo de algunas horas, la preocupación femenina se empezaba a notar. El sol se ponía y era hora de emprender la retirada. No faltaba el bailarín entusiasmado que le decía a su pareja: «Total, el caballo me lleva solo», pero bastaba una mirada y un pellizco por debajo para que disimuladamente tomara sus pilchas y bártulos, y saliera sin chistar en busca de su rocín.

«¡Chao, don Pablo! Si Dios quiere, nos vemos el próximo año».

El cura párroco de Punitaqui, don Ángel Custodio Araya, en vista de tanto ebrio en la solemne misa del día 1 de noviembre, prohibiría más tarde la instalación de las fondas.

El 1 de noviembre era un día de recogimiento... pero también de mucha alegría, pues «los vivos estaban vivos y los muertos, muertos».

El callejón de don Plácido

Para abastecerse de los elementos cotidianos, los almacenes mejor surtidos de Pueblo Viejo eran el de los Valdivia y el de don Plácido Gallardo.

Además, aunque no era un almacén propiamente tal, por esos años el bazar de la parroquia, administrado por Berta Mena y Elisa Valencia, vendía almohadillas para alfileres, delantales de cocina, estampitas religiosas y zapatitos para el agua. Doña Rosario Santos era quien vendía las cajitas con sorpresas. Era casi una tradición que, al terminar el rezo diario, las niñas y los niños pasaran al bazar acompañados de sus padres. La recaudación se destinaba al funcionamiento de la parroquia.

Doña Margarita vendía carbón y doña Cruz vendía dulces, igual que doña Palmira Basoalto. También tuvieron pequeños negocios doña Berta Mena, Paula López y Nancy López. Posteriormente, se instalarían otro tipo de establecimientos como El Oriente, de propiedad de Santos Vicencio; El Tropezón, de Gustavo Valdivia y El Caminito, de Eliana Tello.

Durante la estación invernal aparecía por el pueblo una señora a la que conocíamos simplemente como la Chaguarera, que pasaba un par de semanas después de cada lluvia, canasto en mano, ofreciendo casa por casa el fruto del chaguar.

Sumamente solicitado era don Juan Pereira, a quien apodábamos Tapa Portillo, pues recorría el pueblo con un tarro con fuego, un cautín y soldadura, reparando ollas, sartenes, lavatorios, picheles y bacinicas.

Mención aparte para quienes éramos niños merecía don Alamiro Aracena, a quien apodábamos Masca la Tabasca, porque vendía helados en un carretón tirado por un burro.

Muy solicitado era también don Juan Avendaño, el encargado de recoger la basura en un carretón tirado por un fornido macho blanco.

El almacén de don Plácido tenía una clientela importante que provenía de las localidades vecinas. Los peralinos traían semanalmente recuas de burros con cargas de leña que eran vendidas entre los vecinos de Pueblo Viejo. Para elegir la mejor carga, los vecinos enviaban a sus niños a esperar a los peralinos cerca del cementerio. Era común que para ciertas fechas llegaran treinta o cuarenta cargas. Con el dinero recaudado, más el fiado que se registraba en una libreta, los peralinos hacían las compras de la semana en el almacén de don Plácido.

En una pequeña quebradilla que atraviesa el pueblo y desemboca en el estero, en el límite de las calles Doctor Marcial Rivera y Arturo Prat, a un

costado del almacén, era común observar a decenas de burros, caballos y mulares que sombreaban bajo unos grandes árboles a la espera de que sus amos terminaran las compras. Podían estar horas allí; en aquel Punitaqui, parecía que no había prisa.

Don Plácido tenía fama de hombre correcto. Era una persona muy querida por la comunidad. Lo ayudaba en el almacén su hermana Ana, que por su carácter riguroso era el terror de los niños. Católica ferviente, exigía a Marta Rivera, encargada de tocar las campanas de la iglesia, que lo hiciera sagradamente y sin falta, aunque fuera ella la única que asistía al rezo. A veces la acompañaban la tía Jovita, Berta Mena, Olga Maturana, Anita Bolvarán, Anita Gallardo y un niño pequeño, al que por su delgadez sus amigos apodaban el Manguera.

En cierta oportunidad, la tía Jovita me mandó de compras al almacén. El encargo era bastante sencillo: debía adquirir un paquete de fideos cabellos de ángel. Había mucha gente, pero, como yo era pequeñito, me dieron la preferencia. Un poco turbado por la presencia de doña Ana, se me olvidó qué debía comprar. Hasta que le pedí a don Plácido que me vendiera un paquete de fideos «pelos de ángel». La risotada fue general. Don Plácido siguió recordándome la anécdota por mucho tiempo.

Para agradecer la fidelidad de sus compradores peralinos, cada 17 de septiembre, don Plácido les organizaba una fiesta a cada uno de los asistentes, donde sorteaba un canasto grande con comestibles y gaseosas, y les regalaba dulces comprados a doña Palmira. Colaboraba, además, con los premios para los juegos populares de los niños. Al término del agasajo, se lanzaban fuegos artificiales.

Se dice, y es muy probable que así sea, que el padre de doña Palmira Basoalto González, minero del carbón de la zona de Curanilahue, era primo hermano de Nefthalí Reyes Basoalto, quien más tarde adoptó el seudónimo de Pablo Neruda. De lo que sí estoy plenamente seguro es de que doña Palmira endulzó con sus chilenitos, tortas, bollos de huevo y merengues la existencia de muchos de quienes crecimos en Pueblo Viejo. Endulzó también la vida de una docena de niños ajenos que crío junto con su única hija biológica, Edita Molina Basoalto.

La quebradilla, que aún existe en el lugar, hace muchos años que no lleva agua y la mayoría de sus árboles han desaparecido. Pero, aunque el inmueble que ocupaba el almacén está a maltraer a causa los últimos terremotos, el nombre del almacenero no ha caído en el olvido: la parte superior de la antigua quebradilla es conocida hoy como «callejón de don Plácido» y la parte inferior, como «callejón de la Rebequita Rosado».



El fin del mundo

A mediados de la década de 1950, el único medio de comunicación posible en Pueblo Viejo era la radio. Aunque parezca increíble, eran contados los hogares que poseían un aparato.

La frecuencia de onda corta hacía el milagro de que las emisiones llegaran hasta los más apartados rincones de nuestra loca geografía. Por lo tanto, era posible escuchar radios de Ovalle, Santiago, Valparaíso, pero también algunas de Argentina. La Norte Verde era muy popular, ya que llegaba a todos lados. Rebequita Rosado fue elegida reina de esa radio en 1933.

Creo, sin temor a equivocarme, que la única persona que recibía diarios o periódicos en Pueblo Viejo era mi tío Antonio. El *Diario Ilustrado* llegaba a sus manos con días de retraso, pero no eran las noticias lo que le interesaba, sino la voz de la Iglesia católica, que se manifestaba a través de diversos artículos periodísticos.

El contacto «civilizatorio» de los vecinos de Pueblo Viejo se producía durante los viajes a la capital de la provincia, cuando iban de compras o a recibir atención de salud, o simplemente a visitar a sus familiares. Aun así, Ovalle no era más que un pueblo grande o apenas un atisbo de ciudad pequeña.

Muchos mitos y tradiciones campeaban en estos rincones. Había una gran candidez entre sus habitantes, chicos y grandes. Una noticia anunciada por la radio era una verdad indiscutible, casi como un dogma o un acto de fe. Así que cuando alguien hacía predicciones sobre aguaceros, temblores u otros males, producía muchísima incertidumbre y miedo.

Había un personaje cuyas predicciones infundían en nosotros un gran temor: Carlos Muñoz Ferrada. Los medios radiales le daban gran cobertura a este astrónomo autodidacta que, según sus seguidores, había predicho el gran sismo de 1938 en Concepción. La difusión de aquel acierto no dejaba de otorgarle credibilidad y aceptación.

Aún me parece escuchar sus anuncios: «Aquí... desde su observatorio en Villa Alemana, a 104 kilómetros de Santiago de Chile, informa el astrónomo Carlos Muñoz Ferrada. Anote y, por favor, no me cambie nada, porque yo soy el astrónomo y el responsable de lo que digo...».

Aunque las autoridades intentaron acallar sus augurios, metiéndolo muchas veces en prisión por alterar el orden público y causar zozobra en la población, siguió ingeniándose para que las radios difundieran sus supuestos estudios. En algún momento comenzó a esparcir la noticia de que el planeta

Hercóbulus llegaría a las proximidades de la tierra y produciría cambios geofísicos y humanos, entre ellos, la aparición de volcanes, terremotos y epidemias incurables. Este planeta-cometa —según su descripción, era rojo y tenía una larga cola— sería el causante de la desaparición de la humanidad. Al menos eso fue lo que entendieron o recordaron los vecinos de Pueblo Viejo.

La incredulidad primero y el pánico después se apoderaron de muchos pobladores. ¡Como nunca el templo tuvo la asistencia de tantos fieles devotos! Algunos vecinos que no eran asiduos a las ceremonias religiosas del tío Antonio repentinamente vieron sus corazones henchidos de fe.

Muñoz Ferrada anunció con precisión el día en que el apocalipsis azotaría a la humanidad. Los niños no nos despegábamos de los adultos y, aunque yo no tenía del todo claro qué era la muerte, intuía que no era algo que debiera ser bien recibido.

A medida que se aproximaba la fatídica fecha, adultos y niños dormíamos cada vez peor y todas las conversaciones giraban alrededor del inminente fin del mundo y de los preparativos que cabía hacer.

El día previo a la hecatombe, la gente comenzó a congregarse en la calle Freire, frente a la parroquia, sin haberse puesto de acuerdo. No sé cómo ni por qué apareció alguien con una pelota. Hombres, mujeres y niños de todas las edades empezamos una feroz partida de fútbol sin árbitro, reglamento, arco ni tiempo. Las patadas, empujones y codazos iban y venían. No había compasión por nadie, total, al otro día nadie se podría lamentar.

Recuerdo perfectamente que oscureció y el partido no tenía visos de terminar. El propósito del *match* no era hacer goles, sino descargar tanta tensión acumulada. Tengo la sensación de que duró horas. Solo cuando la tarde dio paso a la noche cerrada, en silencio y cabizbajos, magullados y con moretones, los que vivían más lejos comenzaron a retirarse a sus hogares.

El momento de los abrazos y los llantos vino casi de inmediato. Estrechamos a nuestros amigos e intentamos ocultar los lagrimones. Nadie se fue sin mostrar sus heridas. Lo único que entendíamos era que no nos volveríamos a ver.

Mi casa estaba a unos pasos de la improvisada cancha de fútbol. El tío Antonio, como los demás, había escuchado a Muñoz Ferrada, pero no daba pábulo a esas cosas. Muy circunspecto, me dijo: «Solo Dios es el dueño y señor de nuestras vidas, solo Dios sabe de sus designios». El tono de sus palabras, más que el contenido, me provocó muchísimo más desasosiego. Esa noche, como tantas otras, me pondría bajo la protección de la tía Jovita.



Al día siguiente, muchos de los vecinos y vecinas que habían participado de la despedida de nuestra existencia intercambiaban gestos y miradas. Nadie se atrevía a hablar. Permanecieron así por largo rato, supongo que preguntándose qué les depararía el destino.

Fue muy curioso: nadie se alegró por el hecho de estar vivo. No hubo gritos ni jolgorio. ¡Quizá pensaban que la vida no era más que un breve tránsito hacia la muerte!

Un santo remedio

En el huerto de la parroquia, la tía Jovita había cultivado un herbolario nada despreciable. No faltaba la ruda para el dolor de estómago, los cólicos y las lombrices intestinales que casi siempre me acompañaban. Incluso cuando huéspedes no invitados hacían su aparición en mi cabeza, la ruda y un buen peine contribuían a desalojarlos. Había alguna matita de paico, también para los parásitos, pero especialmente para curar los empachos que mi propia tía me diagnosticaba periódicamente por comer tanto trigo crudo. El cedrón y la menta, además de servirle para el mate, eran efectivos para combatir los cólicos y mejorar la digestión. No faltaba el toronjil, el toronjil cuyano y el poleo, que combatían otros malestares y afecciones comunes, como los resfríos y los dolores de cabeza. Al fondo del patio, crecían matas de palqui e hinojo.

El uso de estos «montes», como aún llaman en los sectores rurales a estas plantas, se complementaba con parches de papa para aliviar el dolor de cabeza y cerote de vela caliente, que se vertía en diario previamente entibiado con una plancha a carbón. El diario se ponía en el pecho y servía para combatir la tos y las enfermedades respiratorias. A veces la receta popular cambiaba y, en su lugar, se utilizaba una bolsita roja que contenía alcanfor y que había que llevar colgada en el pecho por varios días. Los «cambuchos», por lo general confeccionados en papel de diario (para eso también servía el *Diario Ilustrado* de mi tío cura), eran eficaces contra el «aire» y el dolor de oídos.

La creencia en el mal de ojo tenía una fuerte raigambre en el poblado. No había recién nacido que no llevara su cinta roja en un lugar visible del traje. A veces no bastaba con la cinta y también se le colgaba una medallita.

Aunque menos usual, también existía el temor de que el mal de ojo afectara a los árboles frutales y animales pequeños. Varias veces vi naranjales protegidos con cintas rojas.

Muchísimos años más tarde, en la década de 1980, fui testigo de cómo esa tradición se mantenía incólume en algunos lugares de la provincia. Viajaba con mi familia de Ovalle a El Chañar, en Río Hurtado. Hacía un calor insoportable y el viejo microbús estaba a plena capacidad e incluso llevaba gente de pie. A poco andar, saliendo de Tabaqueros, un niño comenzó a llorar con tal magnitud que no faltó quien pidiera al conductor que detuviera el vehículo. Las voces se alzaron de distintos lugares: «Alguien le hizo ojo. ¿Hay alguien que tenga sal? ¿Hay alguien que tenga un pañuelo blanco? ¿Hay alguien que tenga leche materna?». Ante la falta de respuesta, una pasajera le preguntó al conductor si sabía dónde podría haber, a la orilla del camino, palqui para santiguar a la criatura. El viaje continuó y otra mujer preguntó si alguien tenía un rouge rojo. Y esta vez fue la vencida. No fueron los padres los que llenaron de cruces rojas la cara del pequeño, sino la autora de la idea. Sin embargo, el llanto no aminoraba. Como temiendo lo que pudieran pensar los demás, una persona les susurró a los padres que su hijo estaba demasiado abrigado y que su ropa era de lana. Tras dudar un momento, los padres liberaron al pequeño de varias prendas y al cabo de algunos minutos, el niño dejó de llorar y la calma volvió al vehículo. Quedaban cinco horas para llegar a nuestro destino.

En Pueblo Viejo, cuando los remedios caseros ya no aliviaban el mal, muchas veces se recurría a la opinión sabia de don Juvenal Lazcano, quien atendía en su residencia de calle Coquimbo esquina Independencia, en Ovalle. En ese caserón lleno de plantas, árboles y corredores, don Juvenal veía las «aguas» de los pacientes y extendía el tratamiento para la enfermedad.

En Pueblo Viejo casi todo el mundo hablaba de los duendes. Nadie, creo, ponía en duda su existencia. Era *vox populi* que en las cercanías del bazar de doña Elisa se los podía ver corretear de un lado a otro. Según la tía Jovita, en su trayecto diario al gallinero, frente a unos cuartos viejos ubicados en el extremo norte de la parroquia, donde antes funcionaba la Escuela Parroquial, varios duendes, risueños y juguetones, la acompañaban a darle comida a las gallinas saltando de un lado a otro.

Con eso no había problema, pero otras cosas raras habían comenzado a suceder. Algunas gallinas cantaban como gallos. Eso era muy malo.

Solo una vez vi a la tía Jovita muy preocupada al volver del gallinero. Estaba pálida y parecía asustada. Mientras recolectaba huevos desde los distintos nidales, había encontrado uno muy pequeño y bastante deforme. De acuerdo con la tradición, solo podía ser un «huevo de gallo» y el coludo debía

de estar detrás. El diablo se hacía presente en el huerto de la parroquia y solo a unos metros del templo. ¡Por bastante tiempo pasé unos sustos terribles!

Era tan común la presencia de los duendes que ya nadie les temía, aunque algunas personas mayores aseguraban que había «duendes buenos» y «duendes traviesos».

En el extremo norte de la casa parroquial, vivía Clarita Cortés con algunos de sus hijos y nietos, entre ellos, mi amigo Saúl. Había una situación que intrigaba a nuestros vecinos. Saúl amanecía permanentemente con muchísimos rasguños, heridas que no tenía al acostarse. Le cortaron las uñas, le pusieron guantes para dormir, pero los rasguños continuaban. Los vecinos buscaron una explicación, pero nada los dejaba satisfechos.

No recuerdo cuál de los adultos aseveró que los rasguños se debían a los duendes traviesos que había en la casa. Me imagino que fue la misma persona que luego propuso la solución. ¿Serían capaces de hacerlo?, ¿sería de verdad una solución?

No estuve presente cuando los adultos embadurnaron al pobre Saúl con excremento. Al otro día, como de costumbre, fui a verlo; estaba envuelto en una sábana que hasta el día anterior había sido blanca. El hedor era insoporable. Los adultos me explicaron que el o los duendes traviesos, que odiaban el mal olor, no volverían a molestar a mi amigo. No estoy seguro de que los rasguños hayan desaparecido, pero después de esa experiencia, dudo que los duendes siguieran con sus travesuras.

En la casa parroquial, ¡un santo remedio!

Pilón... Pilon... Pilon

La pequeña huerta de la parroquia se mantenía como un vergel. Había varios árboles frutales que proveían a la tía Jovita de la materia prima para elaborar mermelada. Había incluso, muy cerca del estanque, un pequeño parrón que el tío Antonio cuidaba con especial celo. Me acuerdo de que, cuando la vid comenzaba a madurar, los racimos eran cubiertos con bolsas de papel para protegerlos de las aves. Pero lo que el tío Antonio no sabía era que había otro tipo de pájaros, de cabello negro o rubio, que no picoteaban los racimos, sino que se los llevaban enteros, a veces con bolsa y todo. Mario Monárdez, el Minerillo y los hermanos Mancilla Hess eran algunos de los que le hacían estas gracias al tío cura, claro que con mi complicidad.

Había también, muy cerca del corredor donde se ubicaban las habitaciones, el comedor y la cocina, un viejo peral, que de tarde en tarde daba algún fruto. A ese peral yo le tenía cierto afecto, ya que siempre proveyó de la materia prima para que alguien, cuyo nombre no recuerdo, me hiciera trompos un tanto rústicos y pesados, que, modificadas con dificultad sus púas, pasaban de cucarros a seditas. Por si alguien no lo recuerda, el trompo «cucarro» es el que salta y brinca, que hace cabriolas como una cueca mal bailada. El «sedita», en cambio, es el que gira sobre sí mismo con tanta galanura y suavidad que da gusto ponerlo a girar en la palma de la mano.

Viajar a Ovalle era para los adultos una odisea. Ordenar el equipaje, con todos sus paquetes y canastos, y hacer el listado de las compras. Lavar la ropa de los niños, y sobre todo a los niños, tomaba mucho tiempo, en parte porque no se hacía muy a menudo.

Para mí, viajar a Ovalle era toda una aventura. De solo saberlo, me ponía más inquieto que de costumbre; para la pobre tía Jovita me convertía en un dolor de cabeza. Bien lavadito y peinadito, con los pantaloncitos cortos o la jardinera más presentable, esperaba que pasara la movilización. Por esa época no había micros, solo unos vehículos que posteriormente comenzaron a ser conocidos como «camiones mixtos». Eran viejos camiones de los años cuarenta o anteriores, a los que se les había modificado la cabina para aumentar su capacidad. La parte trasera llevaba corridas de tabloncillos que permitían transportar pasajeros y carga, incluidas las aves y otros animales que se transportaban a la feria de la ciudad para su venta.

Solo cuatro camiones mixtos hacían el recorrido de por lo menos una hora y media: el Patito, el Noble, el Cholo y la Esmeralda. El primero era amarillo (de ahí su nombre) y hacía el recorrido más largo, ya que venía de La Rinconada. Su propietario era don René Olivares. El Noble, de don Alfredo Díaz, partía desde Los Mantos y recorría todo Calle Larga antes de emprender el camino a Ovalle. La Esmeralda, propiedad de don Juan Gallardo, hermano de don Plácido, trasladaba la mercadería para el almacén más grande que existía en Pueblo Viejo. Este camión salía desde Pueblo Viejo hacia Calle Larga en dirección a Los Mantos, y finalmente rumbeaba hacia Ovalle. En este viejo camión con nombre de embarcación heroica, muchos de los niños de Pueblo Viejo ¡conocimos el mar!

El Cholo era propiedad de don Cesáreo Álvarez. Salía también de Calle Larga o Pueblo Nuevo. En la década de 1940 y quizá un poco antes, circularon desde Punitaqui hasta Ovalle tanto los camiones mixtos como las góndolas,



parecidas a las que, por la misma fecha, hacían el recorrido del ferrocarril Coquimbo-Rivadavia. Las góndolas eran mucho más cómodas para los pasajeros, pero no podían llevar tanta carga como los camiones mixtos. En vano la autoridad intentó suprimir los camiones mixtos, y con el tiempo se impusieron hasta hacer desaparecer a las góndolas que iban de Punitaqui a Ovalle: el Renaico y la Orita, propiedad de don Isaías Aranda; el Rápido, de don Ramón Valenzuela, y la Esmeralda, de don Juan Gallardo.

Qué alegría me producía llegar a Ovalle. Era un espectáculo recorrer la feria que se instalaba en avenida Ariztía. Muchísima gente, proveniente de los cientos de poblados de la provincia del Limarí, se reunía allí. La polifonía coral de los feriantes, la picardía de algunos, el conocimiento y la confianza mutua, eran fuertes razones para decidirse entre una mercancía y otra.

Había multiplicidad de colores en el suelo y aromas en el aire, donde se mezclaban los olores de los condimentos y las flores con los del queso de cabra y los cueros, que, apilados en enormes rumas, esperaban comprador en plena vereda. Muchos de ellos nos habían acompañado en nuestro viaje a Ovalle.

Terminadas las compras con la tía Jovita, nos dirigíamos a la casa de la tía Ana Carvajal y del tío Ramón Ortiz, trabajador de la maestranza, en calle Tangué, a pasos del mercado. Esas visitas se me hacían eternas, pues me encantaba ir al mercado y veía con preocupación que se acercaba la hora de tomar la movilización para regresar a casa.

En el mercado tenía un puesto preferido: el que ofrecía, colgados como moños de ajo o pilastras de mariscos, gran cantidad de trompos. Por lo general, eran de dos tamaños, pero tenían la misma hechura, porque eran confeccionados industrialmente. Casi con codicia, miraba las pequeñas líneas tricolores que los adornaban de arriba abajo. A veces mi tía me compraba uno.

De vez en cuando llegaba otra variedad de trompos al mercado de Ovalle. Eran más anchos y más bajos, y nosotros los llamábamos «trompas». En el campo era mal visto jugar con ellos, porque suponíamos que eran para niñas, aunque nunca vi a ninguna jugar con uno.

En el mismo puesto de los trompos había unas figuras de madera sujetadas por una lienzo y dos pequeños palos verticales. Al apretar la parte inferior, la figura daba cabriolas de todo tipo. La más popular era la de Condorito.

También había frascos con canicas o bolitas. Estaban las corrientes o «de piedra» y las más codiciadas o «de vidrio», a las que llamábamos «tincanque»

o «tiriti». En casa teníamos algunos rodamientos de hierro y otros tincanques muy codiciados y escasos, confeccionados en hueso. En la calle Federico Alfonso, frente a la casa de la familia Maturana y cerca de la casa de los Galliguillos, todos los niños del sector jugábamos a las bolitas y al trompo. De algún lugar se había traído tierra arcillosa, que cuidadosamente manteníamos con agua y piedras lisas recolectadas especialmente en el estero.

Daba gusto jugar al «parcito», a «los tres hoyitos», a la «troyita». Para el «hachita y cuarta» se requería una superficie mayor, así que ocupábamos la calle entera. Mientras un trompo giraba —bailaba, decíamos nosotros— dentro del círculo (o troyita), los demás intentábamos darle «quiñes», es decir, fuertes golpes con las púas de los nuestros. Existía otra modalidad para este mismo juego. Se hacía bailar el trompo en la troyita («camita» lo llamaban algunos) y si al terminar de girar quedaba dentro del círculo, los demás podían tirarle quiñes hasta que alguno lo sacara de ahí. Había que tener habilidad y puntería para lograrlo. También jugábamos a «las rayitas»: hacer bailar el trompo, subirlo a la palma de la mano y pegarle con la púa al borde de alguna moneda o *chiche* (tapa de gaseosa) mientras seguía girando, para hacerla avanzar hacia un punto previamente acordado. Esto se llamaba «corrido». Después de varios corridos, cuando el trompo ya estaba perdiendo velocidad, se ponía de costado y se lanzaba de tal manera que el borde le pegara un *pape* (golpe) a la moneda o tapa de gaseosa. Ganaba el que llegaba primero al punto establecido. Las reglas permitían jugar solo con corridos o con ambos procedimientos a la vez.

Más que el calendario, la verdadera señal de que el invierno cedía y daba lugar a la primavera era que don Alamiro apareciese por el pueblo voceando sus helados.

Cuando esto sucedía, voluntariamente revisábamos el estanque de agua de la parroquia y lo limpiábamos de hojas y lamas. Como ya había empezado una de las sequías más grandes de la región, la noria rara vez tenía suficiente agua.

En Pueblo Viejo existían varios molinos de viento para extraer agua. Waldo Álvarez tenía tres o cuatro, y la parroquia y la medialuna tenían cada una el suyo, igual que Víctor Valdivia, Santos Rojas y Antonio Gallardo.

Mirábamos con cierta incredulidad el viejo molino de la parroquia, el que ni Ño Cota (Manuel Rojas) ni Cara Sucia (Fernando Ortiz) habían venido a reparar. Se me hacía que el estropeado armatoste sufría; tal era el ruido que de él emanaba. Solo un milagro permitiría que alguna vez se llenase el

estanque. Crujían los maderos, y los pedazos de latón de sus aspas vibraban a la menor brisa como si quisieran desprenderse. Los émbolos, que debían subir el agua de la noria al exterior, apenas se movían. Había poca esperanza de que tuviéramos un lugar donde escapar del calor y, peor que eso, no vendrían a bañarse ni Frida (Pía) ni Verónica (Pila) ni Mary Elena ni Alejandra.

No recuerdo bien si alguien nos enseñó o si en alguna parte lo escuchamos, pero ¡había un cántico para llamar al viento! Muchísimos años después alguien me comentó que era una tradición de alguna parte de España. Un grupo de niños y niñas de diversas edades nos juntábamos a un costado del estanque y del molino de la parroquia y, esperanzados y suplicantes, gritábamos por horas a todo pulmón: «¡Pilón... Pilón... Pilón!...». Hasta que, a veces, el cántico hacía el milagro.

¡Ay!, Estercita

Dentro de las restricciones impuestas por el tío Antonio y la tía Jovita, estaba que yo no debía mirar hacia una casa o negocio de calle Condell que estaba a unos pasos del galpón que hacía de cine, cuando recorría Calle Larga para ir a la escuela. Como es lógico en un niño de ocho o nueve años, la prohibición fue un aliciente para curiosear, primero desde lejos, y más tarde para ir derechamente a fisgonear a ese lugar donde sonaba música ranchera y abundaban la risa estridente, los labios de carmín encendido, las miradas inquietantes y una alegría desbordada.

No era raro que la clientela de esta cantina o «cabaret» —como le decía la gente—, cuya propietaria era doña María Egaña, llegara en movilización propia, la que permanecía amarrada en las cercanías, casi siempre a la sombra de un pimientero servicial. Los que venían por más tiempo, o requerían mayor sigilo, guardaban su cabalgadura detrás del portón. Desde el exterior se podían escuchar las risas de los parroquianos y de las féminas que les alegraban la vida a estos entusiastas, sedientos y, por lo general, generosos clientes.

Los más viejos todavía recuerdan la belleza de algunas de las niñas que no solo les rompieron el corazón, sino también la billetera a muchos punitaquinos, como la Mary y la Sin Destino.

La cantina de doña María Pintada resistió el paso de los años. Quizá para darle un vuelo más alto, los propios vecinos la rebautizaron El Aeropuerto. Ya en la década de los ochenta, gente del lugar se refería a ella como la Torre 10 —como la teleserie del mismo nombre—, ya que las nuevas anfitrionas

eran bastante altas para el promedio, muchísimo más voluminosas, con curvas amplias y pronunciadas, y un cariño proporcional a la cartera del cliente.

Algunas décadas antes, cuando el mineral de Los Mantos estaba en pleno apogeo, la calle Caupolicán concentraba las cantinas y los cabarés más respetables. El local conocido como La Rosa Negra, de propiedad de doña Rosa Neira, era uno de los más apetecidos. Allí los mineros de Los Mantos venían a sacudirse el polvo —y echarse algún otro—, gastándose el «suple» y a veces hasta el sueldo completo. Otros eran clientes habituales de El Nene, un local de idéntica reputación.

Al final de la calle Caupolicán, casi al llegar a la planta, en lo que ahora se conoce como Pueblo Nuevo, se encontraba un local conocido como Villalobos. Allí se expendía chanco y cazuelas, y también había niñas comprensivas de esas que entregan amor tarifado.

Por los mismos años, había otro cabaret, el Faisan Dore, que tenía una clientela más selecta. No era extraño ver aparecer a los ricos hacendados de Camarico y sus alrededores, quienes estaban prendados de una belleza local, la Estercita Gallardo. Hay quienes aseguran que se la podía ubicar en el cabaret El Tío Pepe. Estercita tocaba el piano, parece que sin mayor lucimiento, pero tenía innumerables admiradores de todas las edades y grupos sociales.

Dicen antiguas vecinas y vecinos de Punitaqui, que don Federico Alfonso, gobernador y alcalde de Ovalle, conspicuo dirigente del Partido Radical, y también alcalde de Punitaqui, no solo estuvo a un tris de perder los estribos en el Faisan Dore, por culpa de la Estercita, sino también cualquier pretensión en las ligas mayores de la política.

¡Ay!, Estercita.

Padrino cacho

Salvo por las fiestas religiosas, las trillas y las Fiestas Patrias, no eran muchas las circunstancias en las que los pobladores de Pueblo Viejo podían participar en masa en algún evento.

Un velorio, aunque resulte difícil de creer, era una de las ceremonias a las que asistían más personas. Además del sinnúmero de familiares y amigos del finado, se congregaban los infaltables que acostumbraban ir a cuanto velorio se hacía, conocedores de que no iba a faltar un buen vino, un consomé o una cazuelita a medianoche. Conforme avanzaban las horas, el ambiente se tornaba más distendido. No faltaban los que, en un rincón de la habitación, recordaban algún

chascarro o hecho memorable del difunto, al principio esbozando sonrisas compungidas y luego con risotadas correspondidas por sus auditores.

Aunque estaban prohibidos en todo el país desde mediados del siglo XIX, en este y otros medios rurales todavía se realizaban los «velorios de angelitos». Así lo comprobé en uno de nuestros viajes anuales a la Fiesta del Niño Dios de Sotaquí, mientras vivíamos en Pueblo Viejo. El pequeño estaba sentado en una especie de silla bastante alta apoyada en la pared, seguramente sujetado por debajo de la ropa. Vestía una túnica blanca de género de buena calidad y llevaba una corona sobre la frente. Sus manos habían sido puestas de tal manera que parecía estar rezando. Sostenía un ramito de flores y un pequeño rosario blanco. A ambos lados de su espalda sobresalían dos alitas de cartón.

Durante todo el día la muchedumbre se detenía frente al angelito y luego continuaba hacia una sala donde se congregaba bastante gente.

Desconozco la razón por la que esa familia me eligió para llevar la cruz de madera blanca que presidió la ceremonia de trasladar el cuerpo hasta el cementerio. En Punitaqui y sus alrededores también se realizaban velorios del angelito.

Muchísima gente asistía a los bautizos y matrimonios que tenían lugar en el templo, de puro curiosa nomás, pues después venía el comidillo sobre el traje de la madrina, del padrino, de los padres de la criatura o de los novios, dependiendo de la ceremonia.

Los niños teníamos un interés especial, ya que existía la costumbre de que los padrinos nos lanzaran monedas. Terminado el evento, les gritábamos: «Padrinos, padrinos, padrinos» y, si se demoraban en retribuir nuestro alborozo o la cantidad de monedas que tiraban al aire era insuficiente, coreábamos: «Padrino cachooo, padrino cachoooo», lo que era una verdadera afrenta para los aludidos. Sin importar su condición social, los padrinos iban aperados de monedas de diverso valor, ya que sabían lo que les esperaba si no eran lo suficientemente generosos, y a nadie le gustaba pasar vergüenza. Lo que nunca supe, a lo mejor por ser muy pequeño, era que existía una variación todavía más lapidaria del grito: «Padrinos cachos, son más pobres que las bolas del macho». Con razón los primeros gritos de «Padrino cacho» surtían efecto tan rápido.

En esa época, yo disfrutaba de tener información privilegiada. Era el primero en estar al tanto de bautizos, casorios y misas, así que comandaba a los grupos de niños que exigían monedas. Terminada la ceremonia, partíamos

a comprar golosinas donde don Plácido y, dependiendo de la estación, nos arrancábamos donde la familia Valencia para darnos una «llena de brevas». Como verdaderos tordos, nos subíamos a los higuerales. El pago de la llena nos autorizaba a trepar a los árboles y comer en la mata hasta hartarnos, pero no podíamos llevarnos los frutos para la casa.

Recuerdo las monedas de veinte y cincuenta centavos; también las había de un peso, de cobre y con la imagen de Bernardo O'Higgins en el anverso. Después llegarían las monedas de aluminio o de una aleación parecida.

Casi al término de la década, aparecieron las monedas de diez pesos o «un cóndor» y las de cinco pesos o «medio cóndor», ambas de aluminio. Debido a la inflación imperante, algunos de los padrinos aún nos lanzaban monedas de cobre. «¡Padrino cachoooo! Son más pobres que las bolas...».

La Virgen del Carmen y la República

De acuerdo con la tradición oral, el primer templo propiamente tal que tuvo el pueblo era de adobe y madera, y se había construido alrededor de 1900, un par de años después de que se creara la parroquia. Dicen que era un edificio imponente y que habría tenido un estilo gótico. Se vio tremendamente afectado por el terremoto del 6 de abril de 1943, por lo que la autoridad arzobispal dio la orden de demolerlo.

El nuevo templo, mucho más pequeño que el anterior, perduró hasta el 14 de octubre de 1997, cuando un nuevo sismo acabó con él. La actividad religiosa y social del Punitaqui de mi infancia giraba alrededor de este segundo templo. Matrimonios, bautizos y funerales eran muy concurridos. También lo eran las novenas y los rezos vespertinos que se hacían todos los días. El rezo diario del rosario tenía lugar al interior de los hogares.

Había familias, como la de doña Olga Maturana Machuca, que tenían una devoción particular a determinados santos. Doña Olga celebraba en su casa la fiesta de san Antonio, con la imagen patronal traída especialmente desde la localidad de El Higueral.

Durante las primeras semanas de septiembre, llegaba a Pueblo Viejo la imagen peregrina de la Virgen del Rosario, de El Peral. Sus portadores, un grupo de entre cuatro y cinco personas, hacían gran parte del recorrido a pie: tres que cargaban el anda, un tamboritero y otro que llevaba una bandera blanca. Su propósito era recaudar dinero para realizar la fiesta en honor de la virgen de su localidad.

Con el mismo propósito, aparecían una vez al año vecinos de Maquehua.

La Semana Santa era un periodo de muchísima oración y recogimiento. Partía con el Domingo de Ramos y se prolongaba hasta el Domingo de Resurrección. Cuarenta días antes del Domingo de Resurrección, ya se habían cubierto las imágenes del templo.

Temprano en la mañana del Jueves Santo, las madres de los niños más pequeños o aquellas que criaban niños ajenos, como la tía Jovita, calentaban agua en una olla o tetera puesta al brasero y los sometían a un concienzudo lavado de cabello con corteza de quillay, deslizándose minuciosa y repetidamente un peine por toda la superficie de la cabeza, hasta cerciorarse de que no había ningún «extraño» y todo estaba en regla.

Después de almuerzo nos permitían jugar un rato, pero no debíamos reírnos en voz alta ni andar corriendo por la calle. Cuando se aproximaba la hora de ir al templo, nuevamente se calentaba agua y se realizaba un exhaustivo lavado de pies. Nos ponían zapatos nuevos (cuando había) o los que estuvieran en mejores condiciones. En mi caso, gracias al esfuerzo de la tía Jovita, los calcetines o calcetas habían quedado de un blanco inmaculado. Así, el tío Antonio, que haría el lavado de pies en el templo, no pasaría vergüenza con este sobrino postizo.

Quienes habíamos sido seleccionados para representar a los apóstoles en la ceremonia del lavado de pies del Jueves Santo nos ruborizábamos con el solo hecho de tener que exponernos ante un lugar atestado de feligreses; más aún yo, con esa relación tan directa con el sacerdote. Pero teníamos un estímulo especial, sabíamos que cada uno de los doce apóstoles recibiría una pequeña cantidad de dinero en efectivo. No éramos los Judas, sino unos niños a quienes se recompensaba por portarse bien y soportar una larga ceremonia.

Durante el Viernes Santo, casi todo el pueblo ayunaba. No se podía escuchar música. No se podía barrer, porque se le estaría barriendo la cara a Dios. Las imágenes religiosas del templo permanecían cubiertas con telas moradas o negras, lo que tornaba bastante lúgubre el lugar, sobre todo para los más pequeños, que de verdad sentíamos miedo. Las campanas permanecían silentes desde el Gloria del Jueves Santo hasta el Gloria de la Vigilia Pascual, el Sábado Santo. Los repiques del badajo metálico eran reemplazados por el sonido seco de las «matracas» de madera, instrumentos confeccionados en la localidad, pero que correspondían a una vieja tradición española, y que algunos niños y no tan niños (Ismael Hernández, Moisés Hernández, Wilson Alucema, Ramón Maturana, Max y Jimmy Mancilla, Iván Cortés y

otros) hacían sonar por las principales calles del pueblo, a la vez que anunciaban a viva voz el primer, segundo o tercer llamado, para el comienzo de las ceremonias religiosas. El Viernes Santo se realizaba el solemne vía crucis, que terminaba en un pequeño cerro del sector sur del pueblo, tradición que aún se mantiene.

El domingo en la mañana tenía lugar la misa de Pascua de Resurrección. Nunca supe de conejos o huevitos de chocolate, ni de que los primeros anduvieran escondiendo a los segundos. No recuerdo haberme dado o haber visto grandes comilonas de pescado durante la Semana Santa, pero sí haber cumplido con el ayuno del Viernes Santo. Era una semana muy sobria y recogida.

Recuerdan los vecinos del pueblo que por la década de 1940 y la anterior también hubo otras fiestas religiosas bien concurridas pero que no perduraron en el tiempo. Durante el mes de junio (el día 24), se realizaba la procesión de San Juan (Evangelista), el patrón de la juventud. Era una fiesta muy similar a la de la localidad de El Peral, con bailes religiosos, puestos de ventas y un gran número de peregrinos. Algunos punitaquinos de antaño aseveran que cada vez que «salía San Juan» en procesión, al día siguiente llovía. También se celebraba la fiesta del Corazón de Jesús y el Niño Dios.

Era tradición en aquella época que el Jueves Santo se bendijera solemnemente el pan. Cada familia llevaba el suyo al templo.

El Viernes Santo comenzaba con la media misa en la mañana (sin consagración). Después de almuerzo era el turno de las tres horas, una ceremonia tan antigua como la Semana Santa misma, pues ya es mencionada por la peregrina Egeria en 1338 d. C. Se realiza para conmemorar las tres horas de agonía de Jesús en la cruz (pasión de Cristo). También recibe el nombre de sermón de las siete palabras de Cristo en la cruz.

Adormilados pero con júbilo, los pobladores de Pueblo Viejo escuchaban el tañer de las campanas el día domingo. A las cinco de la mañana, las calles recién comenzaban a desperezarse, quedaba poco para iniciar la ceremonia del Domingo de Resurrección. Antes del tercer repique del badajo, ya la mayor parte de la gente ocupaba un lugar en las afueras del templo. Los feligreses se organizaban en dos grupos, uno presidido por las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y el otro por la de la Virgen del Carmen. En señal de duelo, esta última vestía un traje más oscuro que el tradicional. El grupo de la Virgen del Carmen bajaría por calle Independencia y el otro lo haría por Federico Alfonso. Ambos debían confluír en la avenida Doctor Marcial Rivera.

La idea era que, simbólicamente, en ese lugar de la plaza de Pueblo Viejo se produjera el reencuentro de la Virgen María con su recién resucitado hijo. Ya en avenida Doctor Marcial Rivera, todos los participantes comenzaban a hincarse ceremoniosamente. Al cabo de un par de minutos, siempre en silencio y en actitud de recogimiento, se ponían de pie. Con la misma compostura ejecutaban una serie de reverencias a ambas imágenes, y regresaban todos juntos por calle Independencia hacia el templo, donde tendría lugar la misa de resurrección, que terminaba cerca de las siete de la mañana.

La procesión de la Virgen del Carmen se realizaba los 17 de septiembre. Muchas de las actividades que se programaban para ese día correspondían a las festividades patrias. Había juegos populares y una hermosa velada en la plaza, en la que participaban los niños y niñas de la Escuela Parroquial Arturo Prat n.º 7. Los maestros, don Aurelio Santibáñez, primero, y luego la señorita Hilda Contreras, eran los encargados de solemnizar los 17 de septiembre. Al término de la velada organizada por la escuela con motivo de las Fiestas Patrias, le correspondía el turno a la procesión de la Virgen del Carmen. Para homenajear el paso de la procesión, se construían elaborados arcos con arbustos y flores frente a las casas de don Plácido Gallardo y doña Eliana Valdivia, en calle Prat. Al paso de la imagen, los niños le recitaban poesías aprendidas en la escuela.

El 17 de septiembre los vecinos también arreglaban y engalanaban como mejor se podía el carretón de la basura. Este rústico transporte, estructurado a base de gruesos maderos y una armazón de hierro, cuya fuerza motriz era un mular, tenía el privilegio de albergar y pasear a la República, simbolizada en una bella chiquilla del pueblo. Orgullosa, la muchacha llevaba sobre el pecho una bandera chilena y en la frente una corona de laurel. La acompañaban a pie, a ambos costados del carretón, dos personas con trajes de marino. Entonando a viva voz el himno de Yungay —«cantemos la gloria del triunfo marcial, que el pueblo chileno obtuvo en Yungay»— y otras tonadas marciales, los niños y adultos del pueblo desfilaban gallardamente por sus calles homenajear a la República.

De este modo, durante los 17 de septiembre, se festejaban en Punitaqui las Fiestas Patrias y la fiesta de la Virgen del Carmen. El mundo laico y el mundo religioso confluían en un mismo y diminuto lugar. Pero, aunque lo hacían en armonía, mientras la Virgen del Carmen iba vestida con sus mejores ropajes, alhajada con espléndidos adornos florales y porteada en andas, la República debía hacer cabriolas de equilibrio en el carretón de la basura.

Al chancho solo se le pierde el grito

La faena de un cerdo siempre fue motivo de algazara en toda la zona rural de nuestra región. En el área de Punitaqui, donde el agua siempre escaseó y los recursos siempre fueron exiguos, se transformó en la tabla de salvación de muchas familias. La elaboración de arrollado, prietas, chorizos, paté, chicharrones, queso de cabeza, grasa, sumada al expendio de costillares, pernils y patitas, permitió no solo obtener algunos ingresos, sino también mantener y renovar los vínculos con los vecinos y la gente del sector.

La única carnicería propiamente tal que existía por aquellos años era la de don Antonio Codoceo, pero quienes proveían a los pobladores de productos elaborados eran don Rubén López y su esposa Tina Tello, en su bolichito ubicado en calle Condell. No faltaban entonces los encargos a don Rubén.

Durante la temporada estival, cuando tenían lugar las trillas más grandes, las cabezas de cerdo y las patitas para el causeo eran sumamente codiciadas. Por aquel entonces (1956-1960) aún no existía un club deportivo en la localidad, pero ya se avizoraba la aparición de un equipo de niños: Los Náufragos. El único recinto deportivo que había en Pueblo Viejo era un potrero privado cercano al templo parroquial. Una tarde de suave y esperanzadora lluvia, fue arado por su propietario, don Antonio Gallardo, ante la impotencia y el pesar de un grupo de pequeños, quienes observaron desde la explanada de la casa de Dios cómo el viejo tractor profundizaba su herida en cada surco.

Desde tiempos inmemoriales existía en el sector rural la costumbre de poner un señuelo rojo en el lugar más visible de la propiedad cuando se faenaba un animal, y uno blanco para avisar que había amasijo de pan. Sin embargo, ni don Rubén López ni doña Palmira Basoalto necesitaban promocionar sus productos cárneos o los que salían del horno de barro con otra señal que no fuera el diario cotilleo y la fuerza de la costumbre, tratándose de una localidad tan pequeña como la mía.

Cuando don Rubén y su familia terminaban la titánica tarea de elaborar arrollados, prietas y chorizos, después de haber faenado a los animales, se podía ver a familias completas salir de sus hogares en dirección a su «bolichito». Todos iban muy alegres y, hubiesen encargado o no algún producto, portaban bolsas de las que sobresalían hogazas de pan.

A medida que nos aproximábamos al lugar donde el cerdo había sido faenado, la brisa hacía llegar un inconfundible olor a especias. El murmullo de la gente se hacía cada vez más intenso. Tengo el recuerdo nítido de



entrar junto a la tía Jovita y Marta Rivera, y avanzar entre los parroquianos que esperaban la autorización de los dueños de casa para proceder al *sopiao* —algunos lo llamaban «sopeo»—, sentados alrededor de un fogón alimentado con ramas de grueso churque. El gran fondo humeante del caldero, donde hervía un líquido de color rojizo, se llevaba casi todas las miradas. El aroma inundaba el ambiente y alertaba al estómago. La atmósfera de contemplación habría hecho que un observador desinformado pensara que se trataba de una ceremonia mágico-religiosa, cuya ofrenda estaba bajo ese líquido espeso de apariencia infernal.

Cuando la concurrencia era ya suficientemente numerosa, el dueño invitaba al *sopiao*. Entonces los mayores distribuían los panes entre los integrantes de su núcleo más cercano. Pan en mano, nos mirábamos sin que ninguno se atreviera a ser el primero, hasta que, superada la timidez, grandes y niños introducíamos nuestras marraquetas en el líquido hirviente donde se habían hecho los arrollados. Aunque teníamos la sensación de que una gran cabeza afeitada y aderezada nos observaba desde el fondo, ¡engullíamos con fruición ese pan *sopiao*! El líquido caliente corría por mis manos y se convertía en una preocupación más para la tía Jovita y Martita Rivera.

Hasta agotar su provisión de pan, vecinas y vecinos permanecían alrededor del caldero, aprovechando para interiorizarse de los últimos sucesos del pueblo. Seguramente nuestros antepasados se habían reunido alrededor del fuego y de la comida. ¡El *sopiao* era mucho más que un ritual gastronómico! ¡Era una actividad social de reafirmación del carácter y la identidad de Pueblo Viejo!

En el sector de El Toro, las familias Montenegro, Maluenda y Jopia eran expertas en estas faenas, y en La Higuera destacaba doña Eliana Tello. En la casa de don Hugo Alvarado también se mataban y faenaban cerdos.

En estos lugares cercanos a Pueblo Viejo, no solo se comía, sino que también se bebía, se bailaba y se socializaba. Al término de la actividad, se rifaba la cabeza del cerdo. Pero no era una rifa como las que conocemos hoy, sino que tenía algunas características particulares. El propietario le asignaba un valor y vendía unas especies de acciones, que en realidad eran una cantidad limitada de porotos. Los interesados compraban el número de porotos que les permitía su presupuesto y lo apostaban al juego de dados con los demás propietarios. Había también quienes no apostaban directamente, sino «a las manos» de algún apostador. Ganaba

la cabeza la persona que se quedaba con todos los porotos. Si el juego se alargaba demasiado, los dueños de las acciones podían llegar a un acuerdo y repartirse la cabeza.

El cerdo era un animal muy útil, no requería grandes gastos y se alimentaba de despojos. Como decían en esos pagos: «¡Al chanco solo se le pierde el grito!».

¡Adsum!

El clima no acompañó a la provincia de Coquimbo a fines de 1950 ni en la década siguiente. Entre 1960 y 1962 una inclemente sequía se instaló en la zona y el periodo terminó con uno de los años más secos del siglo: 1968. Por más que nosotros hacíamos nuestro trabajo llamando al viento con el «¡Pilón, pilón, pilón!», al rudimentario armatoste de aspas desvencijadas ya no era posible exprimirle más agua de la noria.

La inestabilidad hídrica hacía desaparecer temporalmente los sembradíos de trigo «de rulo». En la medialuna, el ganado caprino había disminuido considerablemente. Los vecinos Hernán Valdivia, Antonio Gallardo, Santos Rojas y Waldo Álvarez habían profundizado las norias y arreglado los molinos todo lo que habían podido, pero no había caso; las napas se hacían cada vez más veleidosas.

En el sector que comprendía la parroquia de la Inmaculada Concepción de Punitaqui había mucha pobreza y cesantía. Desde el exterior y a través de Caritas Internacional llegaban víveres que canalizaba la misma parroquia. Posteriormente, sería Caritas Chile, creada en 1956, la que se encargaría de coordinar la ayuda. Algunas de las piezas viejas del pasillo que corría paralelo a la calle Freire se habían convertido en improvisadas bodegas y la labor del tío Antonio era cada vez más demandada.

Un hecho que tuvo lugar en la zona centro sur de Chile vendría a oscurecer aún más las expectativas del alicaído Norte Chico. Todas las radios que se escuchaban en la frecuencia de onda corta informaron de la gran tragedia del terremoto de Valdivia, el 22 de mayo de 1960. Esta noticia había causado gran impacto en todas las familias de Pueblo Viejo, pero fundamentalmente en aquellas que habían sufrido los embates del sismo del 6 de abril de 1943, conocido como el terremoto de Sotaquí o terremoto de Ovalle, del que aún quedaban huellas en las viejas construcciones de adobe y madera. Como ya he dicho, el templo antiguo de Pueblo Viejo se había venido abajo como consecuencia de ese terremoto.

En la época en que yo viví ahí, testigos mudos de aquella edificación eran unos gruesos y altos muros de adobe que circundaban la parte norte del templo más pequeño que se había construido después. Si bien la casa parroquial resultó bastante dañada como consecuencia del sismo del 43, se salvó de la picota y se mantuvo en pie hasta 1997, cuando el templo y la casa parroquial pasaron a mejor vida a causa del movimiento telúrico de ese año.

Habían transcurrido casi cinco desde que el tío Antonio dejara la parroquia de San Francisco de Recoleta y se hiciera cargo de la parroquia de la Inmaculada Concepción, en Punitaqui; cinco años también desde que yo, originario de Lavaderos, en la excomuna de Samo Alto, fuera entregado para que me criara con la tía Jovita.

¡Se había hecho ligero el paso del tiempo en un pueblo en el que se desconocía la prisa!

Mi mundo en Pueblo Viejo era pequeño. De vez en cuando se ampliaba el horizonte cuando la tía Jovita iba de compras a Ovalle. El viaje de Ovalle a La Serena me parecía larguísimo; insoportable el trayecto de la cuesta Las Cardas.

La Serena me resultaba una ciudad inmensa, remota y ajena. Recuerdo que las pocas veces que me llevaban a visitar a mi padre, dormíamos en una casa de calle Infante, muy cerca de calle Las Casas, frente a la parte posterior del Liceo de Niñas. Nuestra pieza se inundaba de luz y de sonidos desde muy temprano. El traqueteo de los cascos de los caballos que tiraban los coches por calle Infante, seguramente provenientes del viejo mercado, donde también tenían su abrevadero, era nuestro despertador durante esas breves visitas.

En la intersección de las calles Las Casas y Vicuña, me encontré en más de una oportunidad con una tropilla de burros, o de burras, para ser más exacto. Precedía su llegada el grito de «¡Leeeche de burraaaa!» que inundaba todo el ambiente y hacía que los vecinos del sector se asomaran a las puertas de sus casas. La tropilla estaba formada por tres o cuatro animales, sobre uno de los cuales se movilizaba el vendedor, que pertenecía a los Cacharpa, una familia numerosa que vivía a orillas del río. A la burra que producía la leche le cubrían el lomo con una cobija multicolor. El jumento que servía de medio de transporte no llevaba montura, sino una simple cubierta de paño para evitar que su transpiración estuviera en contacto con el jinete. La medida de venta de la leche era un vaso pequeño al que la gente le decía «dedal», aunque era más grande que un dedal costurero.

También había muchas vendedoras que voceaban sus productos a pie, llevando un canasto de mimbre cubierto por un saco harinero: «¡Maaa-chaaa, luuuuucheee...!».

En uno de los pocos paseos que hice con mi padre en La Serena, muy cerca del Faro, al final de avenida Francisco de Aguirre, vi a un buen número de mujeres vestidas con faldones muy largos y oscuros, que me recordaron a Anita Gallardo, Bertita Mena y Anita Bolvarán, quienes, de luto riguroso, asistían a los ritos de Semana Santa en Pueblo Viejo. Entre murmullos ininteligibles por la distancia, dando pequeños saltitos, a duras penas sorteaban las olas que se levantaban en la orilla producto de la marea. Todas lograron avanzar hasta que el agua les llegó a la cintura y, como impulsadas por un *twist*, empezaron a mover sus pies y caderas. Después de bastante rato, sacaron sus bolsas o pinguas con machas y las llevaron hasta la orilla, donde poco a poco las fueron acopiando. Repitieron la operación varias veces hasta que, cerca del mediodía, llegaron unos hombres en carretas o carretelas y echaron las machas en sacos paperos, los cargaron y emprendieron viaje muy apurados. Las mujeres, completamente mojadas, desgredadas y con los moccos colgando producto del enfriamiento, recogieron en silencio sus elementos de trabajo y se dirigieron a algún lugar cercano para cambiarse de ropa.

De aquella época, no guardo recuerdos ni de los grandes templos ni de los hermosos edificios del Plan Serena, pero sí de esos sonidos, y de esas figuras incansables que entraban y salían del agua.

El cura párroco también viajaba de Punitaqui a La Serena de vez en cuando, para reunirse con los demás párrocos y con el obispo, y en una oportunidad volvió con cara de preocupación. El obispo de la diócesis le había pedido que se hiciera cargo de la parroquia de la Inmaculada Concepción, en la ciudad de Vicuña.

Fiel a su consigna, el tío Antonio dijo: «¡Adsum!».¹

«No sin pena dejé esos lugares, difíciles algunos para ser atendidos debidamente, pero con gente de quienes me precié siempre de ser su amigo», diría mi tío muchos años más tarde.

No hubo mucho tiempo para despedidas. La tía Jovita se encargó de vencerme —y en alguna medida lo logró—, argumentando que vivir en Vicuña me permitiría estar más cerca de mi padre y terminar mejor mis estudios de preparatoria. Con dolor, tendría que dejar a mis amigos de Punitaqui.

¹ ¡Aquí estoy! (presente, disponible).

Una mañana del verano de 1961, un vehículo cargó los pocos bultos y maletas de la familia, y partió rumbo a Vicuña. Me tocó viajar en la parte trasera, que era completamente cerrada, por lo que no pude ver nada de la cuesta Las Cardas ni de las vueltas y revueltas del camino antiguo que unía La Serena y Vicuña.

Así abandoné la calle Freire y me instalé en calle Gabriela Mistral. La nueva casa parroquial quedaba justo frente a la plaza, tal como en Pueblo Viejo. Estaba en muchísimo mejores condiciones, era más grande y disponía de un montón de habitaciones que daban a un largo corredor en forma de «L». El huerto también era mucho más grande, no había molinos, y unos sucios canales se encargaban del regadío. Allí conocería las matas de plátanos, los guayabos y los caquis. Para mi fortuna, el huerto se comunicaba con las ruinas del antiguo Teatro Parroquial, donde aún era posible encontrar restos de celuloide, afiches e impresos, envases de gaseosa y un sinfín de pequeños objetos que por bastante tiempo alimentaron mi fantasía.

En una concurrida ceremonia, en febrero de ese año, el arzobispo Alfredo Cifuentes le hizo entrega de la parroquia a mi tío Antonio, quien reemplazaría a Tomás Guillermo Álvarez. Acompañarían al nuevo párroco los sacerdotes españoles José Vilar y Abelardo Carpi. Estos últimos, aficionados a la cocina y a la buena mesa, dejarían recuerdos gratos en la familia, pues durante su estadía no faltaron las enormes paellas, preparadas, eso sí, con un ingrediente muy local: los caracoles del huerto, que yo debía recolectar.

Desde mi llegada, sentí que debía adaptarme a esa linda ciudad, donde, medio siglo antes, un alemán-chileno de apellido Bauer había satisfecho su más recóndito capricho: erigir una curiosísima torre almenada de pantomima, confeccionada en madera del sur, para sostener un reloj que rara vez dio la hora.

En marzo, ya estaba matriculado en la Escuela Superior de Niños n.º 1 de Vicuña, cuyo director era don Renato Álvarez. Y hacia fin de mes, participaba de lleno en concurridos partidos de fútbol que tenían lugar en el centro de la Plaza de Armas (pila de por medio), donde se juntaban los Caroca Lazo, los Munizaga Miranda, los Retamales Barraza, el Chilo Aguirre, los Julio Rojas, los Vigorena Pérez, los Álvarez Miranda y otros tantos. Lejos físicamente, quedarían junto al estero y los gigantes domeñados de Pueblo Viejo, los Mancilla Hess, las niñas Mazuela Hess, las catalanas, los Maturana, Ana y Maudy Valencia, la Chila, la Mafie y Saúl Torrejón, Domingo Castillo Araya y todos los que, producto de los años y de mi frágil memoria, involuntariamente llegué a olvidar.

ÁLBUM FOTOGRÁFICO



Pueblo Viejo.



Pueblo Viejo a fines de los cincuenta.



Pueblo Viejo a fines de los cincuenta.



Maitencillo, Punitaqui.



Cementerio de Pueblo Viejo.



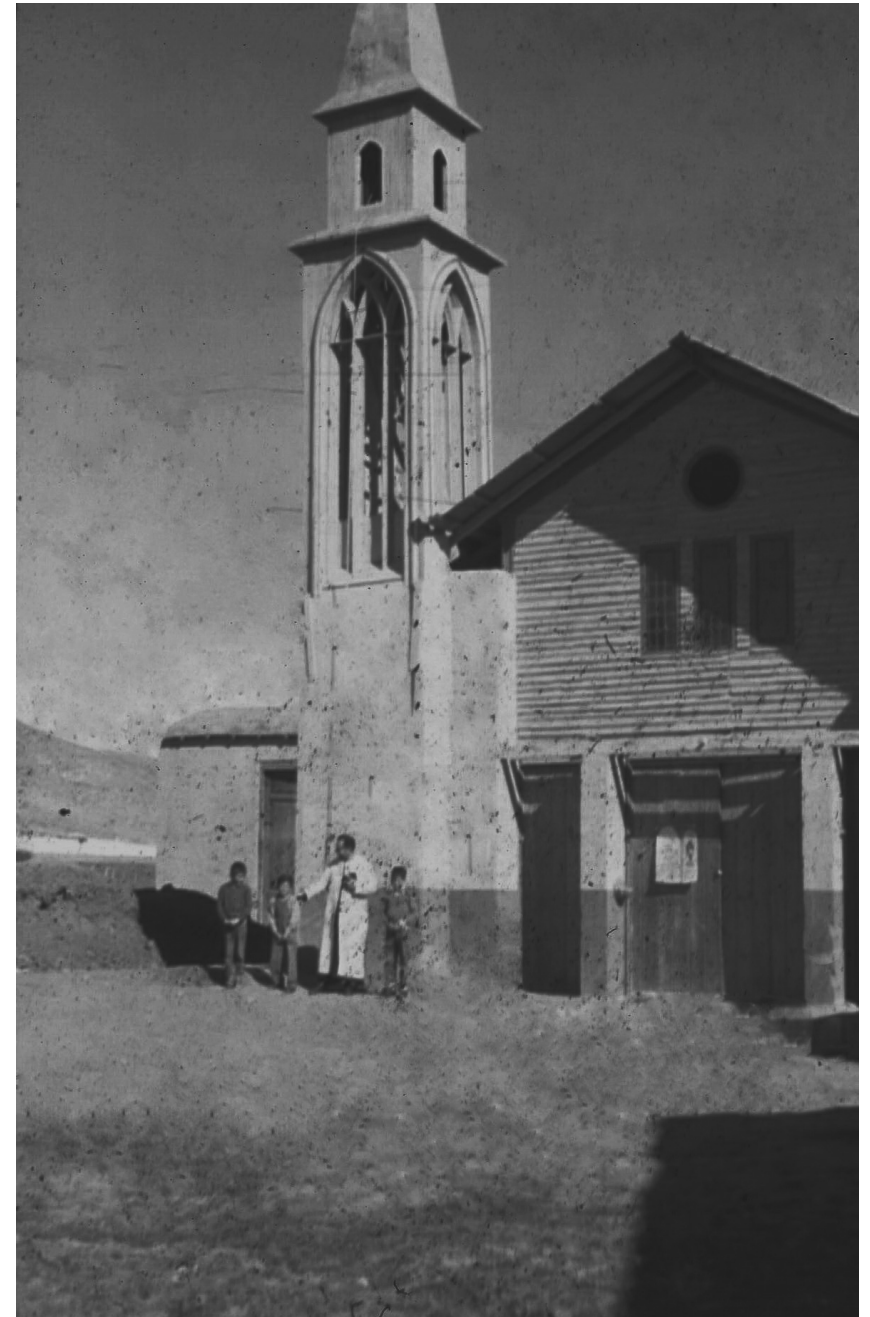
Góndola la Esmeralda.



Actividad religiosa.



Actividad religiosa.



Iglesia de Pueblo Viejo.



Maitencillo, Punitaqui.



Trilla en las cercanías de Pueblo Viejo.



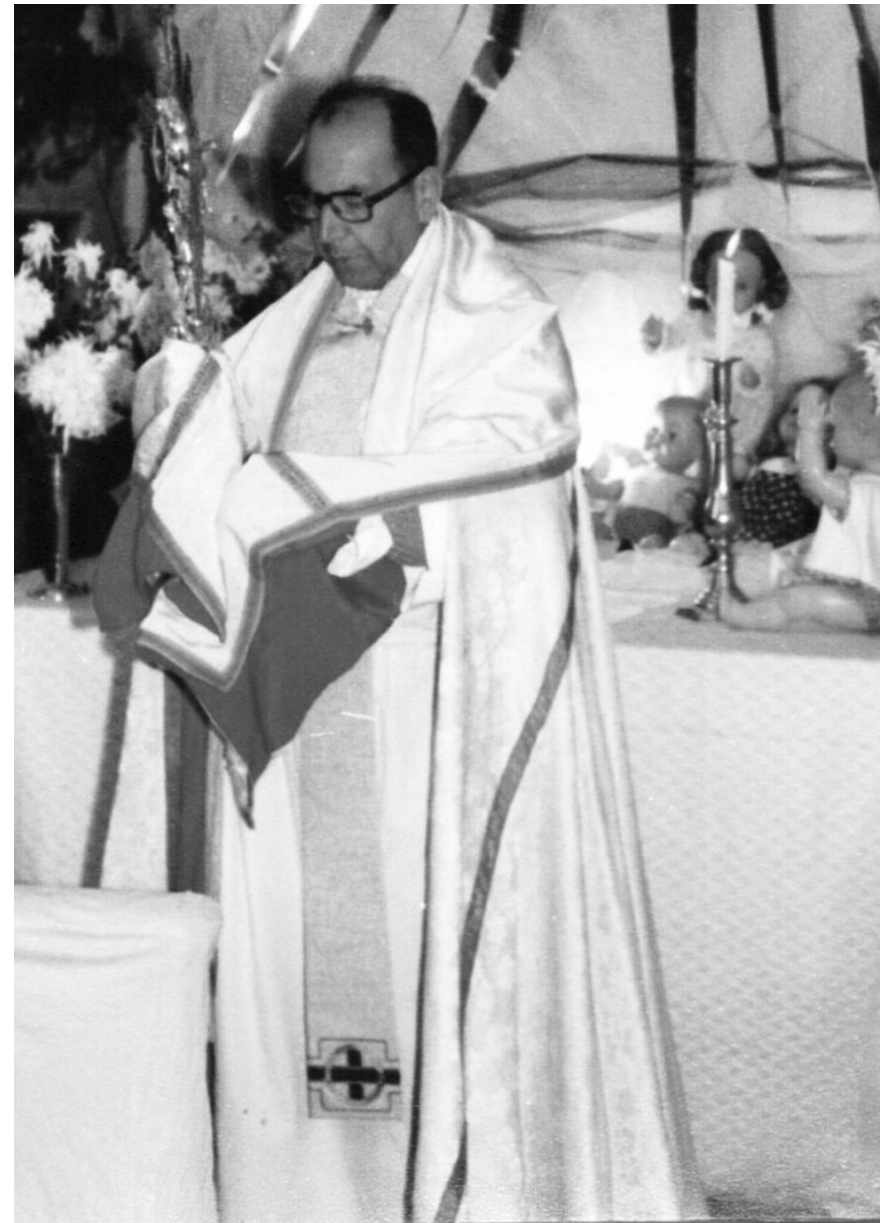
Hermanos Mary Elena, Max y Verónica (Pila) Mancilla Hess.



Rodrigo Iribarren, Editha Molina y Mario Monárdez.



Editha Molina y Mario Monárdez.



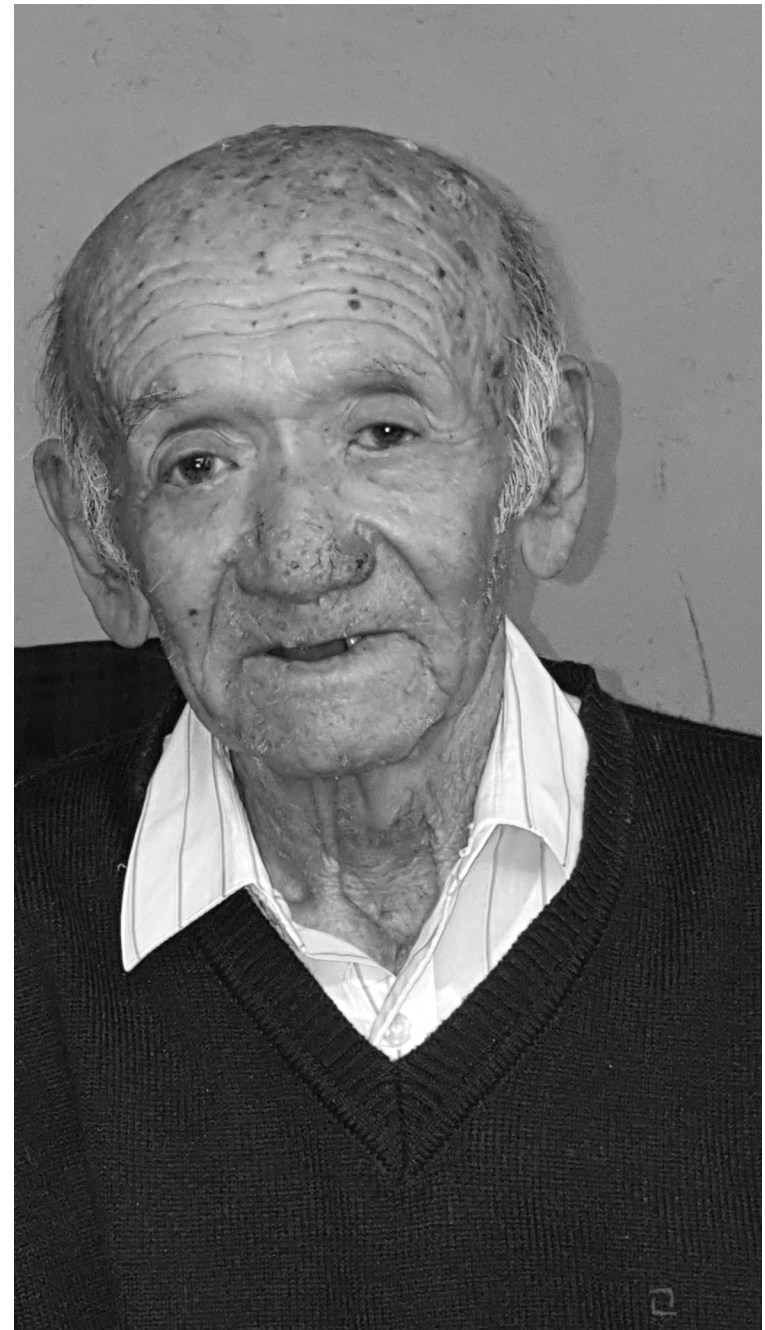
Antonio Olivares Carvajal, cura párroco.



El cine.



La escuela.



Gustavo Valdivia.



Eliana Valdivia.



Laguna de Las Veas.



María Teresa Galleguillos, Rodrigo Iribarren e Iris Galleguillos Contreras.



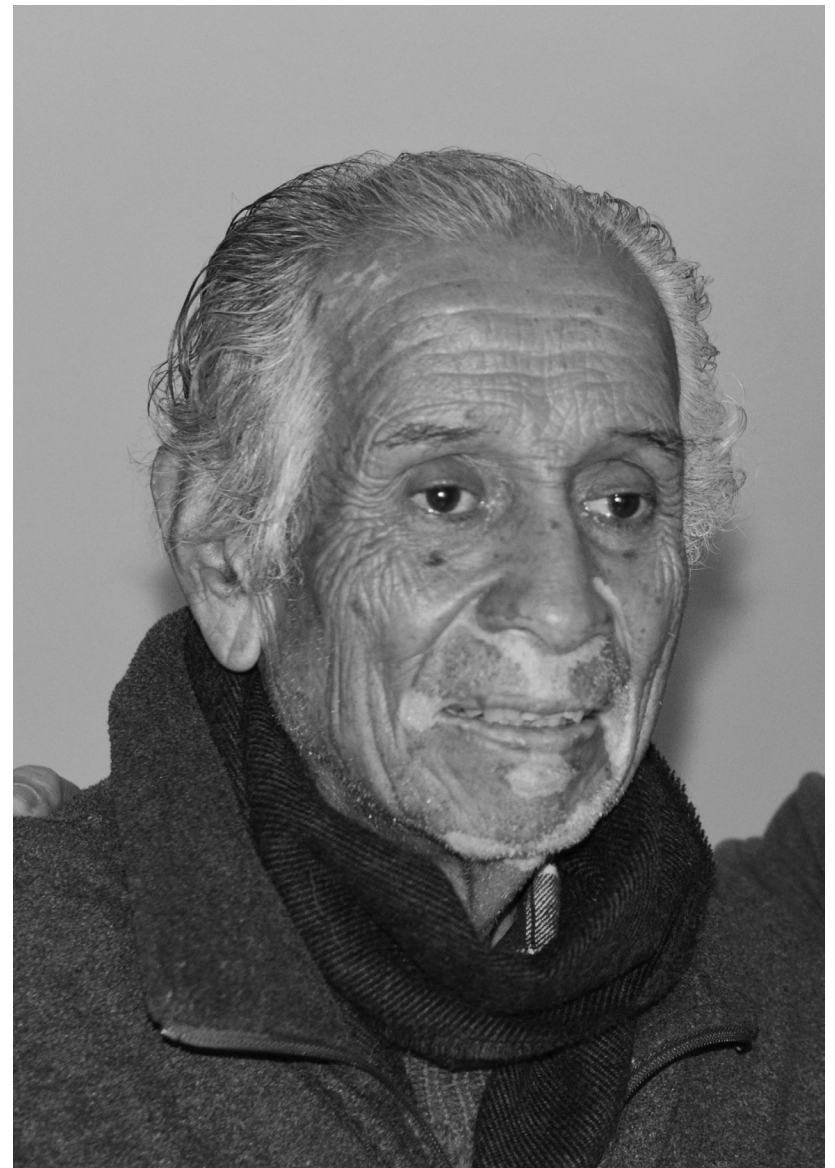
Rosa Cortés.



Marta Maturana.



Marta Rivera Milla.



Orlando Varas.



Mauden Valencia.



Palmira Basoalto y su hija, Editha Molina.



Este libro fue compuesto por el equipo de
Ediciones Universidad de La Frontera durante
el confinamiento de 2021.

Para los textos del interior se utilizó la fuente Skolar Latin,
diseñada por David Březina.

